



MIGUEL DE UNAMUNO

POR TIERRAS
DE PORTUGAL
Y DE ESPAÑA

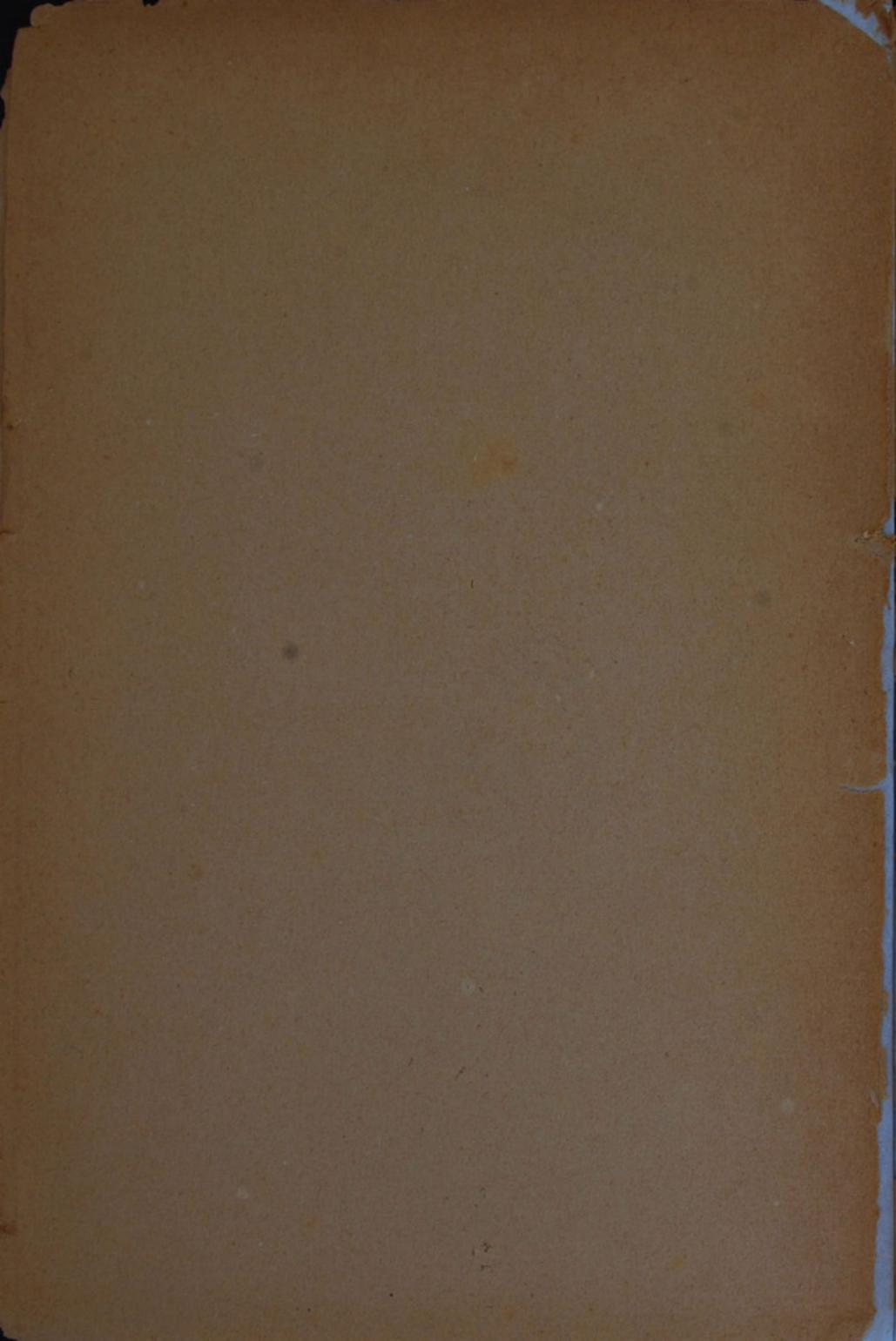
BIBLIOTE-
CA RENA-
CIMIENTO



Fernando de Navarra.

*a Felipe
II*

POR TIERRAS DE
PORTUGAL Y DE ESPAÑA

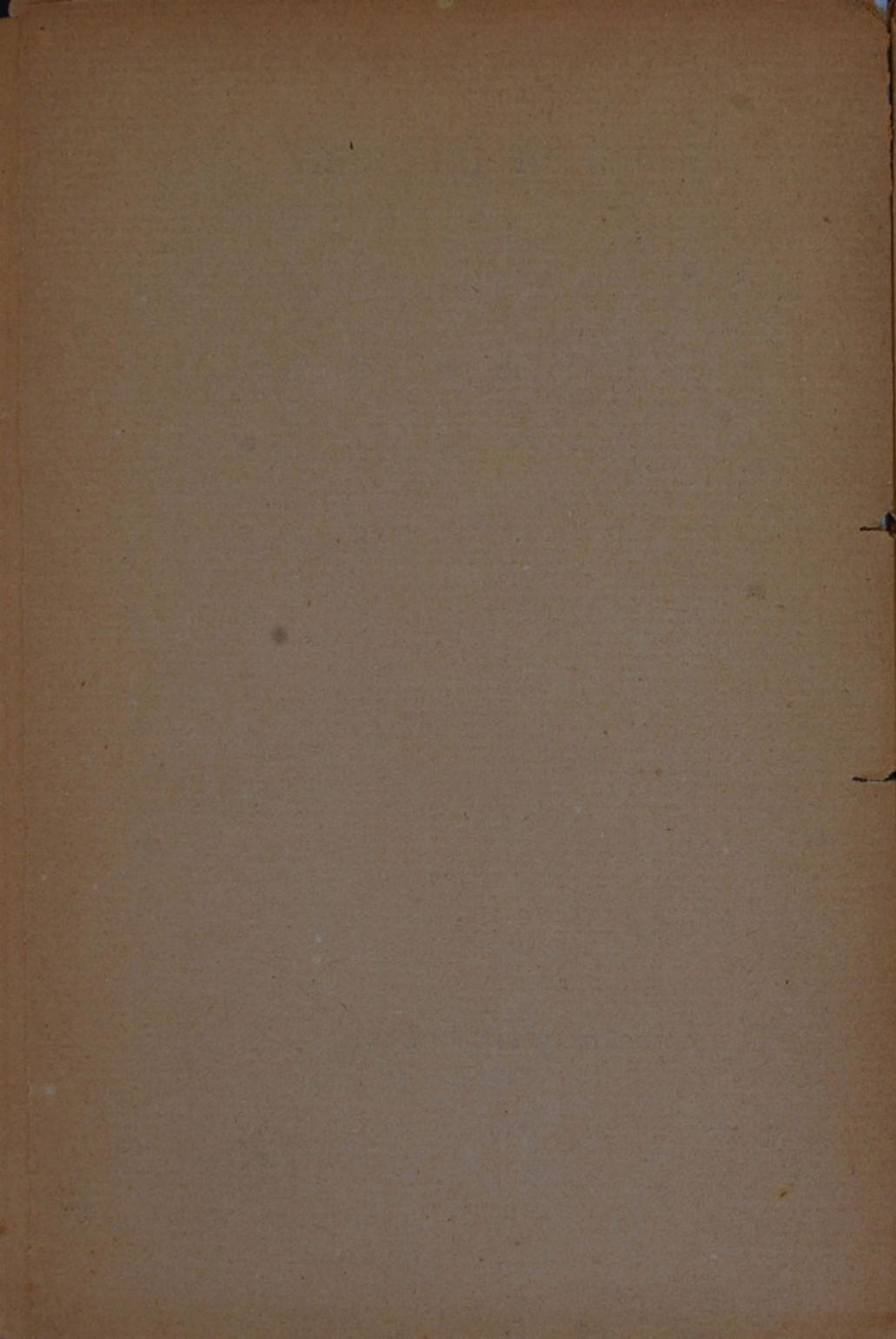


MIGUEL DE UNAMUNO

:POR TIERRAS:
DE PORTUGAL
:Y DE ESPAÑA:



MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COM.^a, EDITORES
Pontejos, 8.
1911.



EUGÉNIO DE CASTRO

Eugenio de Castro, el delicadísimo poeta portugués, es conocido del gremio literario argentino y sudamericano, por la traducción que de su *Belkiss* hizo Luis Berisso. *Belkiss* es, según parece, la obra del poeta coimbricense que ha sido recibida con más favor por el público; ha sido traducida más que las otras, y va su autor á publicar la segunda edición de ella. Y no es, sin embargo, la que yo creo preferible.

Obras de una exquisita finura y delicadeza ha dado al público Castro desde que en 1884 publicó sus *Crystallisações da Morte*, pero entre ellas ninguna, á mi entender y sobre todo á mi sentir, sobrepuja á *Constança*, publicada en 1900. Y es que *Constança* es su obra más profundamente portuguesa, aquella en que su alma ha conseguido vibrar más al unísono con el alma de su pueblo. Parece como si su mano, al escribirla, se hubiese convertido en el arpa cólica de su pueblo, vibrando al soplo del alma de éste. La lírica de *Constança* es la más alta y más noble lírica, aquella que, siendo profundamente colectiva, es, por eso mismo, profundamente personal.

Constanza fué la mujer del infante D. Pedro, el de la infortunada Inés de Castro, cuyos trágicos amores inmortalizó Camoens. Hasta hoy, la atención y el interés todos se habían concentrado, como en casos análogos sucede casi siempre, sobre la amada del príncipe, disipándose casi por completo la dulce pero crepuscular finura de la esposa legítima, de Constanza.

La pasión que alguien llamaría ilegal, la pasión no protegida ni por la ley civil ni por el sacramento religioso, aparece siempre, y es natural que así sea, como mucho más interesante y más poética que la otra. Su poesía es más trágica, más de espectáculo, más visible y más aparatosa. La tragedia del alma de la pobre Constanza, enamorada también de Pedro y no con menos pasión acaso que lo estuviera Inés, no es tragedia á cuya comprensión lleguen todas las almas. Y es esta tragedia íntima y silenciosa, la de la pobre esposa que ve cómo su más íntima y fraternal amiga le roba el corazón de su Pedro, es este martirio el que nos cuenta Eugenio de Castro en versos de una dulzura y una *saudade* exquisitas y profundas.

Esta figura de Constanza, que llena el más sentido y el más portugués de los poemas de Castro, parece á ratos un símbolo de Portugal mismo, de ese hermosísimo y desgraciado Portugal que desde el día lúgubre de Alcazarquivir parece vivir vagamente sumergido en ensueños de pasadas grandezas.

Representaseme Portugal como una hermosa y dulce muchacha campesina que de espaldas á Europa, sentada á orillas del mar, con los descalzos pies en el borde mismo donde la espu-

ma de las gemebundas olas se los baña, los codos hincados en las rodillas y la cara entre las manos, mira cómo el sol se pone en las aguas infinitas. Porque para Portugal el sol no nace nunca: muere siempre en el mar que fué teatro de sus hazañas y cuna y sepulcro de sus glorias.

La literatura portuguesa—de ella en general os hablaré otro día—tiene dos notas dominantes, y son la amorosa y la elegíaca. Portugal parece la patria de los amores tristes y la de los grandes naufragios.

Hay, á este respecto, una obra portuguesa honda y ahincadamente representativa, una obra henchida de pasión dolorosa. Es el *Amor de perdição*, de Camilo Castello Branco. Pocas cosas podéis leer de más trágica y más reconcentrada pasión. Y en ella hay también, junto á la Inés de Castro, que aquí es Teresa Clementina de Alburquerque, una especie de Constanza, Mariana, que no siendo ni esposa de Simón Botelho, el enamorado de Teresa, le acompaña y le sirve en su prisión, y, luego que él muere en el buque que lo lleva al destierro, se arroja al mar abrazada al cadáver de aquel á quien amó sin poder ser correspondida. Pocas figuras, en las literaturas todas, más firmemente trazadas que la de esta Mariana.

La pobre Constanza sufre en el corazón de su corazón al descubrir cómo el amor hacia Inés está devorando el alma de Pedro. Y este dolor la purifica y la sublima hasta el punto de pensar en huir con un paje para ser tenida por una artificiosa adúltera y dejar así que Inés y Pedro, libres de remordimientos, puedan amarse á las claras.

Hermosísimo es el pasaje en que Constanza se atavía y se arregla y trata de hermosearse para reconquistar el cariño, no la compasión, de su marido; pero, donde el poema llega á la más alta y más pura poesía, es donde Constanza invoca y llama al dolor.

El culto al dolor parece ser uno de los sentimientos más característicos de este melancólico y *saudoso* Portugal. En el maravilloso poema *Patria*, la obra más desigual, pero también la más intensa y más robusta del más grande de sus poetas vivos—y uno de los pocos, poquísimos, que en esta época tan poco poética quedan en Europa toda—, de Guerra Junqueiro, las estrofas más vibrantes son aquellas en que el condestable Nunnalvares—cuya vida narró egregiamente Oliveira Martins—invoca al dolor.

Aún más acaso que en nosotros los españoles se encuentra en los portugueses el culto al dolor. Y en ellos no toma cierto carácter de ferocidad bravia que entre nosotros tomó. Su ansia de martirio no los ha llevado tanto como á nuestros abuelos les llevó al desvarío de martirizar á otros.

Nunca olvidaré la mañana en que en el regalado sosiego de Coimbra, en el retiro de casa de Eugenio de Castro, en ella, leíamos éste y yo aquel pasaje de *Os trabalhos de Jesús*, de Frey Thomé de Jesús, en que el buen fraile nos describe las miserias, apreturas y sufrimientos que padeció Cristo durante los nueve meses que hubo de estar encerrado en el seno de su Madre. Este buen fraile portugués, que escribió su obra estando cautivo de los moros en Marruecos, tenía una fertilísima imagina-

ción para inventar refinamientos del padecer. Su libro, todo efusiones líricas y encendidas jaculatorias, es un largo himno—muchas veces difuso y muchas enfático, y de un énfasis más español que portugués—al dolor.

Entre estos himnos al dolor, pocos, os lo repito, más intensos que el puesto por Eugenio de Castro en boca de la dulce y desgraciada Constanza.

Quero-te muito, ó Dôr! amo-te inmenso! Y termina este canto, el cuarto, con la suprema fórmula de la resignación: ¡Hágase la voluntad del Señor!

Me decía una vez Guerra Junqueiro que el español más creyente y más piadoso, alguna vez en su vida, al encontrarse en momentos de grande contrariedad y aprieto, ha dejado escapar de su boca una blasfemia, un *me chiflo en Dios*, v. gr.—modifica la frase propia—, mientras que el portugués más incrédulo y más impío, en semejante circunstancia suspiraría un *válame Nossa Senhora!*

Pero donde el poema alcanza la hermosura indecible de una puesta de sol en otoño, es en su canto final, en aquel que empieza:

Constança vae morrer...

La muerte de Constanza, rodeada por los dos amantes, su amiga y su marido, á los que al fin deja solos, es una de las escenas más hermosas que he leído en toda literatura. «Adiós, mi Pedro...», exclama Constanza con una sombra de voz, y Pedro, loco de conmoción, blanco como la nieve, henchidos de llanto los negros ojos, abrázala febrilmente y, entre

sollozos, le da un violento prolongado beso. Al fuego de este beso, la agonizante parece revivir: el rostro se le enciende, pasan por sus ojos meteoros; no le falta ya el aire; sonríe contenta. Es que ese beso—; el último!—contenía todo el amor, toda la fiebre del primero. ¡Oh, qué dichosa muerte le dió Pedro! Mas he aquí que ve á Inés... No, debe llevar aquel beso á la sepultura. «Ven acá, Inés mía...», le dice con sonrisa de infinita dulzura; acoge en sus brazos á la linda Inés, la abraza mucho,

da-le el beso de Pedro y luego exhala serenamente el último suspiro...

Toda el alma dolorosa y soñadora de Portugal.

Y en este poema *Constança* aparece por dondequiera templando y serenando el cuadro, el paisaje estupendo de Coimbra, de esa maravilla de Coimbra, de la que guardo un imprecédero recuerdo. En ella pasé los días más serenos y más fecundos de mi vida, recorriendo en compañía de Castro las riberas del Mondego.

Leed también *O Rei Galaor*; leed el *Sagramor*, de este mismo poeta, y habréis de agradecerme, estoy seguro de ello, el consejo. Pero leedlos en portugués, que para los de habla castellana no es dificultad.

Me dicta estas líneas la reciente publicación de Eugenio de Castro *A Sombra do quadrante*, colección de exquisitas poesías líricas. Entre las cuales hay cinco sonetos, sobre todo, dedicados á sus cinco hijos, que son un encanto de delicadeza y de dulzura.

Y en este último libro parece continuar la vena de su inspiración continuamente portuguesa, este su nuevo camino que coincidió, me parece, con su entrada en la vida matrimonial.

En su primera época apareció Castro á muchos de sus compatriotas, enamorados ciegamente de lo que llaman *vernacular*, como un poeta exótico, imitador de la poesía francesa novísima. A esto se atribuía el que hubiese sido tan pronto acogido y amparado en el *Mercur de France*, y á haber sido acogido y amparado por esta publicación debe, sin duda, su boga entre los jóvenes literatos sudamericanos. Pero no supieron ver esos sus compatriotas que le encontraban poco castizo, cómo por debajo de las galas de la literatura, que llamaré internacional, palpitaba el espíritu más arraigadamente portugués.

Le ha sucedido lo mismo que á su paisano Eça de Queiroz. Mientras su nombre y sus obras van cobrando prestigio y fama fuera de Portugal, su patria, es frecuente encontrar portugueses ilustrados y cultos que lo rechazan y reniegan de él, reputándolo un afrancesado y un desdeñador de su patria. Y, sin embargo, por debajo de la vestidura á la francesa, ¡cuán hondamente portugués no resulta Eça de Queiroz! Su desesperanza y su desaliento son portugueses, y portuguesa es también su burla. Mas á fe que es bien natural el que sus paisanos escatimen perdonarle sus desdeños y sus sarcasmos.

Y ésta es historia que se repite. Aparte otras razones, raro es el pueblo que soporta el que uno de sus ingenios le venga impuesto de fuera. Toda celebridad, en cualquier orden que

sea, formada y robustecida fuera de su propia patria—aun no habiendo salido el sujeto de ella—, es mirada con cierta desconfianza, con recelo y mal reprimida mala voluntad por sus paisanos. Parecen decirse: ¡y que ahora nos resulte una eminencia este hombre á quien estamos viendo y oyendo hace tanto tiempo sin haber sospechado semejante cosa!...

He pensado muchas veces en lo interesante que sería trazar lo que podríamos llamar la tabla de los valores del mérito literario ó artístico de los literatos ó artistas de un país dado, tal como lo forman sus connaturales y tal como lo forman los extranjeros que los conocen. Si aquí, en España, por ejemplo, ó en Francia, se consiguiera hacer una especie de sufragio entre gentes de letras y aficionados, estableciendo la jerarquía de nuestros escritores ó de los suyos, y luego se pidiera esa misma determinación jerárquica á ingleses, alemanes, italianos, etc., conocedores de la literatura francesa ó, en el otro caso, de la española, habría de sorprender, sin duda, la alteración de los valores.

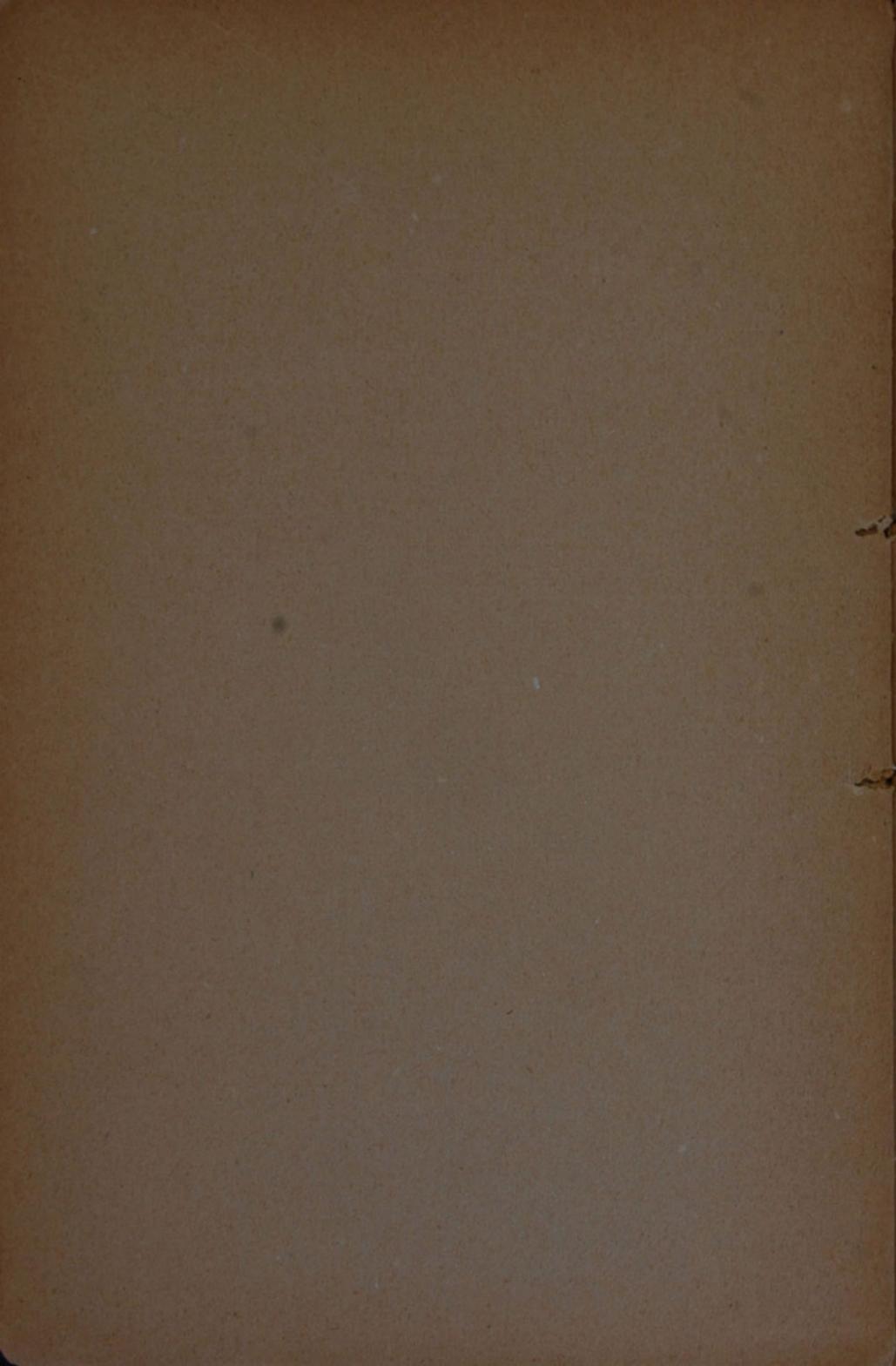
Cada vez que hablo con algún francés aficionado á las bellas letras—y lo mismo me pasa, aunque no en tanta medida, con ingleses y alemanes—, nuestras mayores discrepancias de juicio arrancan, no de que yo desestime ó rebaje á autores que él ensalza y glorifica, sino de que yo muestre mi predilección y gusto por otros autores franceses también, que él, su compatriota, tiene en poca estima. Su punto de vista, el punto de vista nacional, es muy otro que el de un extranjero.

Para los portugueses casticistas, atenedos á

una tradición literaria más raquítica y más estrecha aún que puede ser la de nuestros casticistas españoles, Eugenio de Castro era un *nefelibata*—uno que anda por las nubes—, mote con que en Portugal se conoce á los que aquí llaman *modernistas*, á falta de otro nombre, ó *decadentes*, ó cualquier otro término que no quiera decir nada. En el interior de España, adonde llegan pocos extranjeros, todo el que hable una lengua que ellos no entiendan es *gabacho*—como ahí es *gringo*—, y lo mismo les suena el francés que el noruego ó el ruso. Hace treinta ó cuarenta años, y aún menos, á todo el que profesaba ideas filosóficas, no comprendidas por nuestro vulgo doctorado, se le llamaba aquí krausista, lo cual era algo así como el *gabacho* que os decía. Y así en Portugal *nefelibata*, mote que no sé quién introdujera, aunque sospecho fuese el latoso pedante Teófilo Braga.

Otro día os hablaré de la literatura portuguesa contemporánea en general.

Salamanca, Marzo de 1907.



LA LITERATURA PORTUGUESA CONTEMPORÁNEA

Os hablaba últimamente del poeta portugués Eugenio de Castro y de su obra, y os decía que me proponía deciros alguna vez algo sobre la literatura portuguesa contemporánea en general, así como otro día os hablé de la catalana.

Aquí, en España, no es la literatura portuguesa todo lo conocida y apreciada que debería ser, aun siendo las dos lenguas tan afines que, sin gran esfuerzo, podemos leer el portugués. Diferénciase del castellano mucho menos que el catalán, y, sobre todo, el portugués escrito.

Mas, aun siendo los dos países vecinos aislados los dos, en cierto modo, del resto de Europa, yo no sé qué absurdo sino nos ha mantenido separados en lo espiritual. En Madrid es más fácil encontrar un libro inglés, alemán ó italiano que no portugués, y en Portugal hay Facultad de Medicina en que sirven de texto en Histología obras de nuestro Ramón y Cajal, pero... en francés.

En cierta ocasión, viajando un amigo mío por Portugal, hubo de acercarse al despacho del administrador del hotel, en el cual despacho había un cartel con recomendaciones á los viajeros, escrito en francés, italiano, alemán é inglés. Mi amigo, viajero infatigable, que chapurreaba algo cada uno de estos idiomas, se acercó al administrador y le dijo: «vous parlez français, n'est pas?»; á lo cual contestó: «nâo, nâo falo francés»; entonces: «¿lei parla italiano?», y el otro: «nâo, nâo falo italiano»; en seguida: «¿you speaking english?», y «nâo, nâo falo inglez»; y, por último: «sprechen sie deutsch?», á lo que: «nâo, nâo falo alleman». Y mi amigo entonces: «hombre, ¿habla usted español?», y el portugués á esto: «sí, señor, entiendo el español». «Pues, bueno—agregó mi amigo—, dígame, antes de continuar, una cosa: usted no sabe ni francés, ni italiano, ni alemán, ni inglés, y tiene ahí una recomendación en esas cuatro lenguas, y en la única que usted parece conocer fuera de la suya propia, en castellano, no aparece; ¿cómo así?» A lo que el portugués contestó en castellano correcto: «Dígame, señor, ¿en qué hotel de España ha visto usted recomendaciones ó advertencias en portugués?» Mi amigo se calló. Pero pudo muy bien decirle que ni allí hace falta el español ni aquí el portugués, pues nos entendemos bastante bien hablando cada cual nuestro idioma.

Y siendo así, ¿á qué se debe este alejamiento espiritual y esta tan escasa comunicación de cultura? Creo que puede responderse: á la petulante soberbia española, de una parte, y á la quisquillosa suspicacia portuguesa, de la

otra parte. El español, el castellano sobre todo, es desdefioso y arrogante, y el portugués, lo mismo que el gallego, es receloso y susceptible. Aquí se da en desdeñar á Portugal y en tomarlo como blanco de chacotas y burlas, sin conocerlo, y en Portugal hasta hay quienes se imaginan con que aquí se sueña en conquistarlos.

Y, sin embargo, Portugal merece ser estudiado y conocido por los españoles.

Hago un viaje allá por lo menos una vez al año, y cada vez vuelvo más prendado de ese pueblo sufridor y noble. Pero á lo que me he aficionado decididamente es á la literatura portuguesa. A la moderna, quiero decir.

Sin negar el valor de algunos de los clásicos portugueses, debo decir que, á mi entender, la literatura portuguesa, en cuanto merece leerse, data del siglo pasado, del período romántico, de la época de Almeida Garrett y de Herculano. Y creo que su verdadera edad de oro es la actual.

Comparándola con la literatura catalana, he de decir que, si bien ésta es más rica y variada hoy que la portuguesa, la encuentro menos original, con sello menos propio.

Lo catalán nos sabe unas veces á español (castellano); otras, á francés; algunas, á italiano, y casi siempre á fruta de trasplante, mientras que en portugués abundan los frutos silvestres, que son como fresas montesinas. No cabe la comparación entre Verdaguer y João de Deus, v. gr., en el respecto del poder, del alcance y de la envergadura de genio. Verdaguer toca un arpa de cien cuerdas, mientras que João de Deus toca un guitarrillo de solo

dos ó tres; Verdaguer tuvo el aliento épico; João de Deus no pasó de suspirar amores y tristezas. Pero, dentro de esta diferencia, lo de Verdaguer nos suena á algo más conocido, á algo más dentro de la corriente central europea, y muchas veces á algo genuinamente castellano—unas veces recuerda á Zorrilla, otras á nuestros místicos—, mientras lo de João de Deus lleva un sello especialísimo.

Juan de Dios Ramos, conocido por João de Deus, el más grande lírico portugués entre los muertos, es, en efecto, intraducible. Es la sencillez suma, y, como me decía una vez Guerra Junqueiro, el más grande lírico portugués entre los vivos y uno de los mayores hoy del mundo, ha llegado á las veces á la expresión única. Y ha llegado á ella en pura sencillez. Porque es difícil encontrar nada más espontáneo, más simple, menos artificioso que la lírica de João de Deus. Toda su obra se encierra en un breve volumen (*Campo de flores*), y aun de él podrían muy bien suprimirse las dos terceras partes; pero lo que queda es un encantador prodigio de gracia, de frescura y de sentimiento.

Quental es otra cosa. Los famosos sonetos de Antero de Quental—en su patria le llaman Antero á secas, como llaman Camilo á Castello Branco—son algo huesoso y duro con frecuencia: el elemento conceptual y abstracto aparece muy descarnado, no siempre bien recubierto por la fantasía. Pero ¡qué hondura de desesperación!, ¡qué intensidad de congoja religiosa! El pobre Antero, que acabó por suicidarse, es una alma que puede ponerse junto á las de Thomson (el del siglo pasado), Senancour, Leopardi, Kierkagard y los más grandes

desesperados. En España no tenemos nada que se le parezca. Campoamor resulta á su lado un falsificador del escepticismo. Quental ha sido una de las almas más atormentadas por la sed del infinito, por el hambre de eternidad. Hay sonetos suyos que vivirán cuanto viva la memoria de las gentes, porque habrán de ser traducidos, más tarde ó más temprano, á todas las lenguas de hombres atormentados por la mirada de la esfinge.

Este tono de tristeza, ya os lo dije otra vez, es característico de la literatura portuguesa. Lo encontráis diluído en las vagarosas soñaciones de Antonio Nobre, que tanto influyó en un tiempo en la juventud portuguesa; aquel Antonio Nobre autor de un soneto, de un soneto de la más amarga desesperanza patriótica; de aquel soneto que acaba: «Amigos, ¡qué desgracia haber nacido en Portugal!»

Este tono de desesperación resignada, ó de resignación desesperada, aparece á cada momento en la literatura portuguesa. De él sólo se libran, ó mediante el refugio de la burla, asilo de las almas desesperadas, ó gracias á cierta arrogancia que en el fondo es española.

La nota zumbona y satírica va en Portugal del brazo con la nota erótico-elegíaca. Parece un pueblo que no sabe sino llorar ó burlarse. Y el burlarse suele ser un modo de llorar. Enrique Heine se burlaba por no desgarrarse el pecho á gemidos. ¿Y creéis que la burla de Eça de Queiroz, de sus implacables sátiras, no son tan dolorosas y tan quejumbrosas como la más plañidera elegía? Leed *A ilustre casa de Ramires*, y leed después *A cidade e as serras*, obras las dos traducidas ya al castellano.

Pero, si queréis conocer á Queiroz, ante todo su *Correspondencia de Fadrique Mendes*. Aquí veréis lo corrosivo que es un espíritu supercrítico.

En Corrêa d'Oliveira llora Portugal, y en sus poesías se aspira el más fino perfume campesino. Leed *Ara*, leed *Raiz*, leed *Parábolas*. A ratos llega á la suprema sencillez y á la delicadeza de João de Deus.

Y hay dos portugueses más bravíos, más enérgicos, más fuertes, los que se indignan y estallan en fulminaciones proféticas. Estos me resultan más ibéricos, menos exclusivamente portugueses, mas no por eso menos hondamente tales.

Hablando de Camilo Castello Branco, me decía una vez Guerra Junqueiro que Camilo, aquella alma tormentosa y apasionada, fué más español que portugués, que á las veces hay en él lo fúnebre quevediano. Y á mí, en efecto, me sorprende cómo su *Amor de perdição* no se ha hecho hasta ahora popular en España—sospecho que sería traducido cuando en 1861 se publicó—, pues me parece la novela de pasión amorosa más intensa y más profunda que se haya escrito en la Península, y uno de los pocos libros representativos de nuestra común alma ibérica. Ramalho Ortigao, crítico cultísimo, decía en un estudio sobre Camilo que lo novelesco de éste es transportado á las condiciones de la vida contemporánea, lo novelesco de los españoles del siglo XVII. «Procede—dice—inicialmente de la dinastía de los «Amadises» y de los «Palmerines», y participa del genio peninsular de toda la literatura poética subsiguiente; del lirismo contemplativo de Santa

Teresa, del misticismo dramático de Calderón y de Lope de Vega, de Hurtado de Mendoza y de Quevedo.» Y, ¿cómo este hombre, tan representativo y tan fecundo, es entre nosotros tan desconocido? ¿Le llegará, aunque tarde, su día, como le ha llegado á Eça de Queiroz, superiores uno y otro en intensidad y en profundidad á cualquiera de nuestros novelistas españoles contemporáneos?

Y el mismo Guerra Junqueiro, que me decía eso de Camilo, ¿no es un ingenio ibérico más bien que portugués? A mí me resulta muchas veces hondamente español, siendo hondamente portugués. Pero de él y de su obra quiero hablarlos otro día aparte. Acaso el culto á Víctor Hugo le veló algún tiempo su propio espíritu, como hoy lo tienen apartado de la poesía especulaciones de orden metafísico á base de ciencia experimental. Conoceréis muchos su *Morte de D. João*, su *Velhice do Padre Eterno*, y, sobre todo, *Os simples* y *Patria*. En estos dos poemas se encierra el alma de Portugal, del Portugal campesino, resignado y sencillo en el primero, y del Portugal heroico y noble en el segundo, que es una obra dantesca.

Mucho os diría sobre el genio peninsular, y cómo él abarca y corona lo español y lo portugués; pero, cuanto pudiera yo deciros á tal respecto, lo dijo egregiamente Oliveira Martins, de quien Menéndez Pelayo decía que fué el historiador más artista que ha tenido la Península en el pasado siglo, y yo creo que el único historiador artista de ella. El más artista y el más penetrante. Su fantasía llegó á profundidades á que la fatigosa y la fatigada ciencia de otros no ha llegado. Su *Historia da civilisa-*

çao ibérica debería ser un breviario de todo español y de todo portugués culto, y no debía haber tampoco americano, de los que tan á menudo buscan en nuestra historia y casta los antecedentes de la suya, que no conociera ese libro admirable.

En vez de repetir una vez más los lugares comunes respecto á lo que fué el alma española en los tiempos del descubrimiento y conquista de América, bueno fuera ir á buscar en libros como el de Oliveira Martins riquísimas sugerencias.

En sus breves páginas se encuentra más doctrina, más sociología y más psicología que en muchos tomos cargados de noticias.

No conozco ninguno de los famosos estudios de personajes de Taine, sus estudios sobre Robespierre, Dantón, Marat, Napoleón, en los *Origines de la France contemporaine*, sobre los poetas ingleses, sobre Lafontaine, sobre Balzac, etc., que supere al estupendo capítulo de la *Historia da civilisaçao ibérica*, en que Oliveira Martins estudia á Iñigo de Loyola. Y leed también su *Vida de Nunn'Alvares*, el condestable, y repasad luego las estrofas de fuego que en boca de este guerrero asceta pone Guerra Junqueiro en su *Patria*.

Y veo que, si sigo hablándoos de literatura portuguesa contemporánea, esto no va á acabarse tan pronto, y dejó lo mucho que me queda por deciros á tal respecto para otra ocasión, que se me presentará con cualquier pretexto.

Y ahora, ¿son en las Repúblicas del Plata tan poco y tan mal conocidas las producciones literarias y científicas del Brasil como aquí son

poco y mal conocidas las de Portugal? No sé por qué me inclino á sospechar que sí.

Ahí, entre naciones de lengua española, hay una, y una gran nación, en vía de rápido progreso, de lengua portuguesa.

¿No debería ser esto una razón para que los americanos de lengua española se interesaran por el espíritu que se vierte en lengua portuguesa? Un providencialista creería que el haber metido Dios ahí una gran nación de habla portuguesa entre las naciones de habla española es para que un día se integre ahí, como aquí se integrará, el común espíritu ibérico, al que le están aquende y allende al Océano reservados tan grandes destinos.

Salamanca, Marzo de 1907.

LAS SOMBRAS DE TEIXEIRA
DE PASCOAES

Cuanto yo viva vivirá en mí la visión del Táme-
mega, cruzando el encantado rincón de Ama-
rante, en tierras de Portugal. Guardaré para
siempre—Dios quiera que para después de
muerto—la memoria de aquellos días arranca-
dos al tiempo en compañía de Teixeira de Pas-
coaes, y en el íntimo ambiente de su casa natal
y solariega, y de aquella subida con él y su
generoso padre Teixeira de Vasconcellos á la
cima del Marón, que tiende, como rendida cola,
una falda dulce hacia las rientes tierras del
Miño y se asoma, sobre escarpadas garras, á
los campos de Traz-os-Montes.

Me he asomado á aquella santa ventana—
minha santa janella—donde el poeta medita y
dice adiós al sol, y habla al viento y saluda á
la aurora y lee en el infinito; me he asomado,
con él, á aquella ventana, á beber con los ojos
el agua del Támeга que va

*compondo de neblina
a's arvores, ao monte e á dura fragoa...
elegias d'orvalho á luz divina
e endeixas de romanso e cantos de agoa...*

Y con él, con el poeta dulcísimo, con Teixeira de Pascoaes, me he detenido, en su Amaranthe, á ver la entrada de la noche, el ojo de luz del Támea, bajo el arco del puente, y le he visto, bajo el nocturno cielo.

*Tamega obscuro, agoa dormente...
o' rio, á noite, a arder todo estrellado!
agoa meditativa ao luar nascente,
agoa coberta de azas ao sol nado!*

Sí, también lo he visto al nacer el sol, cubierto de alas de neblina. Y este río es todo él poeta, río también de aguas refrescadoras y musicales.

Conocí á Teixeira de Pascoaes, aquí, en esta ciudad de Salamanca, recibiendo él el deslumbramiento de estas doradas torres. Después leí su *Sempre*, su *Vida Etherea* y se me confirmó el poeta.

Volví á verle en la ciudad de Oporto, cuando su padre estaba allí de gobernador, y hablamos, hablamos largo y tendido, de literatura portuguesa, sobre todo, en una de aquellas cervecerías de la plaza del Rey Don Pedro. Fué el ardor con que me habló del *Amor de perdição*, de Camilo Castello Branco, lo que me hizo leer ese eterno modelo de obras de pasión, muy superior, á mi juicio, al *Manon Lescaut*, del abate Prevost, aunque el ser aquel libro portugués le tenga oscurecido junto al francés. El *Amor de perdição*, de Camilo, es uno de los libros fundamentales de la literatura ibérica (castellana, portuguesa y catalana).

Y luego volví, no ya á departir, á convivir con Teixeira de Pascoaes, en aquel rincón de

su Amarante, en medio del Portugal campesino y sencillo, padre del Portugal navegante y heroico.

Un día Ulises dejó la esteva del arado para ir á la guerra, hizo del leño de sus bosques un corvo navío de negra proa, convirtió la esteva en remo y partió á luchar, y rendida Troya volvió á sus lares y de nuevo el remo se hizo esteva, y por las noches, cabe el hogar, contemplando el onduleo de las llamas de fuego que le recordaban el vaivén de las olas marinas, contaba á sus hijos y nietos los trances de la guerra y de sus errabundas navegaciones. Así Portugal.

Pero aún más que memorias de sus tiempos de gloria, nos dan sus poetas suspiros y quejas, *saudades* y dulzuras líricas. Y nos las dan en una lengua que es un halago, sobre todo para los que tenemos hechos los oídos al recio martilleo del huesudo castellano.

Dijo Cervantes del idioma portugués que es el castellano sin huesos, y, retrucándole, cabría decir que el castellano es el portugués osificado. En el encanto que ese idioma nos produce entra por parte el que creemos oír los frescos baluceos infantiles del nuestro propio, sin que quiera yo decir con esto que el portugués no ha progresado. Hay en él para nosotros algo de juvenil: nos produce un efecto parecido al del habla de nuestros primitivos: Berceo, el Arcipreste de Hita, Don Juan Manuel. Y tiene voces que nos acarician los oídos y la imaginación: *saudades, soturno, luar, nevoeiro, magoa, noivado...* voces cuya alma es intraducible.

Y esta lengua engendra una poesía campe-

sina, profundamente lírica, erótica ó elegíaca, naturalista ó soñadora.

Los poetas portugueses son, en general, poco eruditos, ni aun en letras. Su lectura no es mucha ni muy variada, y su cultura mucho más vernácula que lo que ellos mismos creen. La enorme influencia que en la formación del ingenio de Guerra Junqueiro, el primero de los poetas portugueses de hoy y uno de los mayores del mundo, tuvo Víctor Hugo, prueba lo que digo.

Todo poeta, decía Coleridge, es músico y es filósofo, y hace pocos días me decía Junqueiro que la poesía es cristal musical. El cristal, la cristalización de sensaciones, ideas y sentimientos bellos, es la filosofía poética. Y toda la filosofía portuguesa hay que ir á buscarla en sus poetas; porque en cuanto á la otra, á la que más específicamente llamamos filosofía, el pueblo portugués es aún más infilosófico que el español, y cuidado que éste lo es mucho.

Vamos, pues, á extraer la filosofía poética del último libro de Teixeira de Pascoaes *As sombras*, de éste su canto que es luz de sol en él filtrada:

*Meu canto é luz do sol em mim filtrada;
vou á cantar... e canta a luz do céu.*

Ya su título *As sombras*, las sombras, es un hallazgo, y así se lo dije al autor cuando me lo leyó, antes de enviarlo á la Prensa, en Amarante. La filosofía poética de Teixeira de Pascoaes es una filosofía sombrasa—no sombra. Las realidades se diluyen y disuelven en sombra en ellas, y las sombras se cuajan y con-

solidan en realidades. El sueño y la vela pierden sus linderos derritiéndose uno en otro: la vida se convierte en sueño y el sueño en vida. Y así resulta una filosofía infantil y antigua, de la infancia del hombre y de la infancia de la humanidad, de cuando el poeta era algo sagrado y espontáneo.

Para Teixeira de Pascoaes, la obra del hombre tiene más realidad que el hombre mismo. Juan Valjean sobrevive á Víctor Hugo, y Ofelia á Shakespeare. Doctrina ésta expuesta varias veces—yo mismo la he desarrollado en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*—, pero que aquí el poeta la convierte en sustancia poética.

Y esto da á la poesía de Teixeira de Pascoaes la vaguedad que tanto la caracteriza, y con ella cierta difusión que es su defecto capital. Defecto sin el cual no sería lo que es ni valdría lo que vale. No hallaréis en sus composiciones esas estrofas densas, compactas, de espesísimo cristal, esculpidas, diamantinas, tales como se encuentran en Carducci y como yo me he esforzado por hacer en mis propias poesías; las de Teixeira de Pascoaes se alargan y desvanecen como sombras de crepúsculo. Pero ¡qué hermosamente!

Encerrado en su «torre de bruma y de silencio» es un corazón sonámbulo.

*este meu coração, profundo rio
que desliza, somnâmbulo, entre outeiros
de materia que soffre e sonha e reza...
e se derrama, em formas espectraes...*

un corazón que busca la noche «cuando todo

es alma, y el cielo recuerda el cuerpo de Cristo ensangrentado, y los montes son Calvarios, donde los árboles, con su largo cabello desgrefiado, de hinojos en tierra y ojos en el cielo, orvallados de luz, piadosamente, enjugan á las estrellas de donde mana sangre de vida y dolor eternamente». (Y perdóneme el que haya reducido á prosa castellana el verso portugués.)

Ese amor á lo vago, á lo sombroso, le hace desear

*nao ser a estrella e ser a claridade
ser apenas o Amor, nao ser quem ama,*

y, en su anhelo de perder toda materialidad grosera y asidera, le hace exclamar hermosísimamente:

*Assim a flôr
jamais poderá ser ó seu perfume,
e o coração jamais será o Amor!*

Y otra vez, hablando de Jesús, dice:

era vida sem corpo, era só Vida!

Y este idealismo no es el idealismo terrible de la terrible sentencia pindárica de que el hombre es sólo sueño de una sombra, es un idealismo manso. Su anhelo práctico purificar-se del cuerpo, platónicamente, del cuerpo, al que decía el poeta:

*Tu és a imperfeição de que sou feito;
a noite que meu corpo solitario
derrama sobre as cousas porque passa...*

hablando de su pobre sombra inseparable, que nació cuando él vino al mundo y con él ha de bajar á la sepultura.

Y esto le lleva á desear fundirse en la naturaleza, á perder su cuerpo, su sombra, en el cuerpo, la sombra universal. La exaltación de idealismo le lleva á la naturaleza.

Un panteísmo naturalista, vago é informe, instintivo más que reflexivo, poético más que filosófico, traspira de las mejores páginas de esta obra. Es un panteísmo que le lleva al amor á los animales, como puede, entre otras composiciones, verse en los sonetos hermosísimos *Os olhos dos animaes*; *Boudha*—en que narra cómo el Buda, encontrando á un perro lleno de gusanos, le libró de éstos; mas luego, compadecido de los gusanos, se volvió, cortó un pedazo de carne de su brazo y, bendiciéndoles, dióles de comer—; *Frei Joao Bernardes*—el ermitaño de la sierra de Cintra, que vivía con una gacela á la que leía los versos místicos que iba componiendo, en cuyos ojos veía la luz primera de la aurora y ella, la gacela, en los ojos del santo la estrella vespertina que le mandaba recogerse, en paz y amor, en la gruta—; *Marco Aurelio*—cuando, meditabundo, aplastó, sin querer, un bicho. Cuatro espléndidos sonetos rebosantes de poesía.

Y con el amor á los animales, el amor á las plantas—; bellísima la composición *A uma arvore e a minha irma*, su hermana María, dulce y hermosa planta humana!—y á la tierra toda.

Una vez, exclama:

*Antes fosses, ó triste sombra minha,
como a sombra pacífica dos montes;*

*sombra profunda e grave que se alonga,
conforme o sol declina, e se avizinha
a noite dos sombrios horizontes
n'um alvorar de paz e solidao...*

otra ·

*Montes da minha aldeia, ai, quem me dera
ser, como vós, de terra e solidao!*

pero sobre todo, egregiamente:

*pois se me sinto irmao dos que sao vivos,
tamben me sinto irmao dos que morreram
das pedras e dos montes pensativos.*

Y este panteísmo le lleva á querer juntar á Jesús con Pan—así, *Jesús e Pan*, se titula otro de sus libros—, y otra vez á hablarnos del sempiterno casamiento de Venus con Jesús, cosa que hará horrorizarse á algún timorato que no tenga de Jesús idea más clara que de Venus.

Y por debajo de ello un cierto franciscanismo algo budhista, pero no del San Francisco español, el del Greco y Alonso Cano, hosco y huraño, sino de un San Francisco portugués, cuyo cristianismo no es el nuestro.

—El Cristo español—me decía una vez Guerra Junqueiro—nació en Tánger; es un Cristo africano, y jamás se aparta de la cruz donde está lleno de sangre; el Cristo portugués juega por los campos con los campesinos y merienda con ellos, y sólo á ciertas horas, cuando tiene que cumplir con los deberes de su cargo, se cuelga de la cruz.

¿Es que no hay dolor en este panteísmo portugués? Lo hay, y mayor aún que en el recio

ascetismo castellano. La cuerda del dolor es la que más y mejor suena en la poesía portuguesa, que es poesía doliente y dolorida. En el primero de los ascéticos portugueses, Fray Thomé de Jesús, brilla un sutilísimo ingenio para refinar los dolores—véase sus *Trabalhos de Jesús*—; el poema de Guerra Junqueiro *Patria* es un poema de dolor, y un poema de dolor es la *Constança* de Eugenio de Castro.

Entre las composiciones del libro de Teixeira de Pascoaes hay una, *A sombra da Dôr*, la sombra del dolor, profundamente portuguesa. Es dolor, pero dolor hecho sombra, dilatado; mas, á la vez, dulcificado,

*para que esteja em cada ser humano
sempre presente á dôr da Humanidade!*

Y este dolor es lo que une el pasado al porvenir. (Por no reproducir la composición toda, no prosigo en esto.)

Y este dolor se abraza al amor.

El abrazo del amor y la muerte ha sido fuente perenne de poesía, aun siglos antes del estupendo canto de Leopardi. En Portugal mismo, uno de los más hermosos de los sonetos de Antero de Quental es *El amor y la muerte*. Y ¿quién no recuerda la celeberrima poesía de Swinburne á Nuestra Señora de los Dolores, es decir, á Venus, la diosa del amor? La tal poesía recuerda—aunque habida diferencia de lo que va del ingenio inglés al lusitano y que Teixeira sospecho no ha leído á Swinburne—aquel pasaje de *A sombra do Amor* que reza así:

*E Venus Dolorosa, Mae das Dôres,
d'um negro véo cobriu a branca face!
O' Venus da Afflicçao e dos Amores,
O' Venus da Tristeza e da Alegria!
E seus olhos de sol, ei-os que choram!
vêde-lhe o branco seio trespassado
por sete espadas, que primeiro foram
sete raios da estrella da manhã!*

Y no sólo sufre el Amor, no sólo Venus sufre, sufre Dios mismo en el universo

*o n'elle está
pregado e ensanguentado; e os astros são
os cravos que o sustentam sobre a Cruz,
e sou corpo divino é escuridao!
e seu sangue divino é luz de estrella
que de suas feridas, sempre abertas,
escorre, e se derrama, e se congela
em arvoredo, em ave e lyrio triste!*

Y después de esto, aún me queda mucho, muchísimo por decir respecto á esta poesía de las sombras. ¿Voy á reproducir aquí el libro? No; leedlo. Y leedlo empezando por las poesías más cortas: *A quéda* (La caída), los sonetos *Cançao da Nevoa*, *Cançao du'ma sombra*. Y deteneos también en aquellos pasajes en que el autor evoca, envueltas en *nevoeiro* de sombra, recuerdos personales, como aquel de su santa abuela que viene de allende el mundo á visitar la tierra de sus sueños y viene con cuerpo de niebla, aureola esplendorosa que contempla y habla al poeta, su nieto; que busca sus manos para besárselas y éstas se alejan como rastro de sol al declinar

*e na tristeza pallida da ausencia
meu triste coração fica à chorar...*

Y según vayáis leyendo estas poesías som-
bras, lentas, difusas como la niebla, irán
como niebla resbalando sobre vuestro corazón
y dejándooslo más blando, más dulce, más
sosegado. Y unas veces os herirán metáforas
osadas, que surgen del rodante río de niebla,
como aquello de la

*nebulosa que se sente
ja grávida de Deus!*

y luego tal cual verso suelto, de esos que se
nos quedan agarrados al hondón de la memo-
ria y se nos ponen á cantar en ella cuando me-
nos lo esperábamos; versos sueltos que suelen
no ser sino pura música, enlace de palabras que
andaban buscándose desde que el idioma na-
ció; de esos versos en que, quien nació poeta,
se complace á las veces más que en una com-
posición entera. Una vez os herirá aquel

para o teu verde coração divino;

luego será lo de

no líquido horizonte de tua boca;

más adelante os pararán las

sete lágrimas frías do silencio...

y así una y otra y otra vez, porque el libro pu-
lula en versos de éstos que son transparentes
perlas musicales.

Un libro, en fin, de hondísima poesía y un libro hondamente portugués. Y por serlo, hondamente universal. Teixeira de Pascoaes une el nombre de su Támea á los nombres del Sena, el Eurotas, el Tíber, y hace bien, como hace bien en exclamar:

Virginia, Eloísa, Ophelia, Mariana!

uniendo el nombre de la hija del herrador del *Amor de perdición* de Camilo á los nombres de heroínas de ficción cuya fama es universal.

Hubiérase este libro publicado en francés por cualquier artífice literario—aunque uno de éstos no podría haberlo hecho—del bulevar con amigos en el cotarro del *Mercure* que se los hubiesen jaleado, y á estas horas empezaría á tener imitadores por esas tierras. Pero se trata de un oscuro poeta portugués que vive su vida y sus cantos á orillas del humilde Támea, en el dulce retiro de Amarante.

Pero yo, como gusto de estas flores casi ignoradas, que nacen y florecen lejos de los grandes caminos de los pueblos y donde el polvo de ellos no las aja, voy á buscarlas para luego llamar á otros á que de ellas también gocen.

La sombra de estas poesías de Teixeira do Pascoaes no se disipará de mi alma sino cuando se disipe de ella la sombra de aquel dulce Támea, que va componiendo versos de neblina á los árboles, al mundo y á la dura roca, elegías de orvallo á la luz divina y endechas de remanso y cantos de agua... es decir, nunca.

Salamanca, Febrero 1908.

EPITAFIO

Hace unos ocho días hablaba yo en esta ciudad de Salamanca con el gran poeta portugués Guerra Junqueiro, que venía evitando presenciar los sucesos que ya entonces se preveía habían de llegar. Y hablándome del rey Don Carlos, después de encarecer una vez más el rebajamiento moral de ese pobre monarca que de tan trágica manera ha concluído, añadía: «no sé en qué parará esto; pero creyendo, como creo, que en Portugal sobra una familia y que el rey es un monstruo de perversión, si pudiese desde aquí matarle con el pensamiento, no lo haría». A los pocos días, anteayer domingo, 2, estando todavía en esta ciudad Guerra Junqueiro, llegó la noticia del asesinato del rey Don Carlos y del príncipe heredero D. Luis Felipe.

Supongo á mis lectores enterados de los sucesos. El rey, abandonado de todos los políticos, á quienes había desairado y ofendido, tuvo que echarse en manos de Juan Franco, que inauguró una era de dictadura y amparó las trampas regias preparando la justificación de los adelantos que el monarca había sacado del

Tesoro público. Se nos decía y repetía que toda la agitación de Portugal era tempestad en un vaso de agua y sólo cosa de los políticos. Yo mismo llegué á creerlo. En tanto, el partido republicano crecía con hombres prestigiosos que se pasaban á él desde las filas monárquicas, é iba engrosando. Preparaba una sublevación popular para fines de Enero; fué delatada la conspiración, y los implicados en ella fueron presos ó tuvieron que huir. Y cuando menos nadie lo esperaba, llega la noticia del asesinato del rey y del príncipe en Lisboa.

Se ha dicho que, moralmente, ha sido Juan Franco, el dictador, quien lo ha matado. Yo creo más exacto lo que Guerra Junqueiro decía: esto ha sido, propiamente, un suicidio.

El rey Don Carlos — Dios le perdone — no necesitaba de Franco para atraerse la odiosidad de su pueblo. Era casi unánimemente execrado. Había conseguido unir á sus súbditos en un sentimiento común respecto á él: un sentimiento de odio mezclado con desprecio. Está bien que la Prensa de todas partes haya execrado el asesinato, así lo pide la moral que profesamos con mayor ó menor sinceridad; pero como yo creo que por encima de todos los amores se debe poner el amor á la verdad, he de decir que los tiros al rey partieron de las entrañas mismas del pueblo portugués. Y si la ejecución del rey Don Carlos es execrable, lo es como la ejecución de todo reo. Don Carlos estaba juzgado y condenado por su pueblo.

He estado varias veces en Portugal, trato con muchos portugueses y á ninguno he oído jamás defender al difunto rey. No tenía, en rigor, ni un solo partidario. Contábanse de él

cosas execrables y horrendas. He oído á personas que le trataron, y hasta á alguno que fué ministro suyo, cosas realmente incontables en público. Oliveira Martins, aquel poderosísimo entendimiento—acaso el más robusto que tuvo en el pasado siglo Portugal—, salió del Ministerio diciendo que el rey era un monstruo de perversidad. Y hay que oír contar las circunstancias que precedieron al suicidio de Moucinho de Albuquerque, el héroe de Africa, que al volver de su gobierno colonial, rodeado de inmenso prestigio, fué nombrado ayo de los hijos del rey y acabó suicidándose.

La Historia recogerá acaso un día algo de todo esto—mucho de ello ha hundido la piedad ó el servilismo en el olvido—y juzgará al desgraciado Don Carlos.

Pero de entre las muchas cosas, todas ellas vergonzosísimas, que del desdichado monarca he oído, la que acaso me parece más grave, aunque desde el punto de vista de la moral corriente pueda á los más no parecer serlo, es que despreciaba á su pueblo. El más grave pecado de Don Carlos, su pecado imperdonable, es que despreciaba á Portugal. Solía decir hablando de la patria en que reinaba: *isto é uma piolheira*, esto es una piojera. Y así como el Evangelio dice que los pecados contra el espíritu no tienen remisión ni en esta vida ni en la otra, así el desprecio de un soberano hacia su pueblo es pecado irremisible.

Y agravaba su culpa el que no era un hombre privado de inteligencia ni vulgar en tal respecto. El difunto Don Carlos ni era un tonto, ni puede decirse que fuese una inteligencia enteramente vulgar. Lo que fué siempre es un redo-

mado egoísta y un desenfrenado gozador de la vida. Su cuerpo era reflejo de su alma: lo físico en él revelaba lo moral. Era del tipo de Falstaff.

Y este desgraciado monarca hizo una especie de pacto con Juan Franco, el dictador, á quien ahora culpan muchos de la muerte de aquél y de su hijo. Incluso la misma reina viuda.

El pacto fué que Franco daría al rey lo que necesitaba, oro, justificando de una ó de otra manera los adelantos ó anticipos ilegales del Tesoro público y aumentándole la lista civil, y el rey daría á Franco lo que éste apetecía con frenesí de monomaniaco: el Poder.

Porque el apetito de poder de que estaba aquejado Franco era una verdadera locura. Recordando aquello que se cuenta del negociante yanqui cuando decía á su hijo: *my son, make money, honestly if you can, but make money*, hijo mío, haz dinero, honradamente si puedes, pero haz dinero, cabe decir que el lema de Franco era: retén el Poder, honradamente si puedes, pero retenlo.

Entre los portugueses que conozco, hasta los más hostiles al ex dictador reconocen, cuando hablan serena y desapasionadamente, que Franco tenía en un principio ciertas buenas intenciones y se proponía, si le hubiera sido posible, introducir orden y rigor en la desquiciada y corrompida administración pública portuguesa. Pero, antes que ello y sobre ello, era su propósito ejercer y detentar el Poder.

Y para poder llevar á cabo esos sus presuntos buenos propósitos había un gran obstáculo, y era la causa misma á que debía el Poder:

el haber transigido con las trampas del rey. Es difícil cimentar una administración honrada con un poder que debe su origen á un quebrantamiento de la estricta honradez pública.

Franco hizo cosas atropelladísimas para reducir la cuantía de las deudas del rey. Y llamarlas deudas es lo más moderado que cabe.

Y, en el fondo, para el dictador se trataba, más que de ser honrado, de parecerlo. La virtud era para él un arma. Al servicio de su frenético apetito de mando tenía una enorme dosis de hipocresía. Mentía con el corazón en la mano, según frase de Guerra Junqueiro. Y así llegó á engañar á muchos en sus propósitos de regeneración económica. Y ayudaba á que se le creyera, el hecho de que Franco, siendo como es riquísimo, dueño de una enorme fortuna personal, no había de suponerse que buscaba lucro.

Y uno y otro, el rey y su ministro, desconocían á su pueblo. Lo cual nada tiene de extraño, porque lo desconocían—y siguen tal vez desconociéndolo—los más de los portugueses europeizantes ó europeizados, y no lo conocemos tampoco muchos que llevamos algún tiempo fijándonos en él y haciéndolo objeto de parte de nuestro estudio.

El pueblo portugués tiene, como el gallego, fama de ser un pueblo sufrido y resignado, que lo aguanta todo sin protestar más que pasivamente. Y, sin embargo, con pueblos tales hay que andarse con cuidado. La ira más terrible es la de los mansos.

Y no me extraña que, en el complejo sentimiento producido en el ánimo de los portugueses aquí emigrados estos días por la noti-

cia del regicidio, entrase en no pequeña parte algo de orgullo nacional. Execraban la ejecución, pero parecían decir: «ya ven ustedes de lo que somos aún capaces». Al leer en los periódicos que uno de los regicidas era español, se le escapó á uno de estos emigrados este desahogo: «no, no; todos ellos eran portugueses, estoy seguro».

Sin complicidad alguna, ni aun remota, en el acto, sorprendidos por la noticia de él, se enorgullecían de que en su patria hubiera habido hombres con el coraje suficiente para cumplir esa ejecución terrible y como la han cumplido, cara á cara y exponiéndose, y no como Morral atentó contra nuestros reyes el día en que éstos se casaron, tomando precauciones para poder zafarse.

Y entonces dije yo á Guerra Junqueiro la diferencia grande que hay entre los anarquistas gallegos y los catalanes. Y es que, habiendo como hay en la Coruña relativamente tantos ó más anarquistas que en Barcelona—yo creo que más—, en la capital gallega no ha habido atentados con bombas, de esos que realiza un hombre aislado pudiendo hacerlo á mansalva, como en la capital catalana los ha habido con deplorable frecuencia, y en cambio los obreros coruñeses han andado una vez, á consecuencia de una huelga, á tiro limpio en las calles, cosa que no ha sucedido en Barcelona. Y la sangre portuguesa es la misma sangre gallega.

Ni el rey Don Carlos, pues, ni Juan Franco conocían á su pueblo. Y aquél probó muy bien no conocerlo en sus famosas declaraciones al redactor de *Le Temps*, declaraciones que eran una verdadera provocación á la mansedumbre

de un pueblo. Este dormía, y entre el rey y el dictador lo despertaron.

Ello es muy doloroso, pero es lo cierto, que la conciencia de los pueblos dormidos no despierta sino con actos de violencia. Y aún más doloroso es que, por lo común, no basta con una sola de esas sacudidas; el durmiente vuelve á dormirse, aunque con sueño más ligero, y necesita nueva excitación.

Y dejando lo concreto del caso, hay que reconocer todo lo trágico de la esclavitud de un monarca.

Un presidente de Consejo de Ministros, un presidente de República, es un hombre que se ha dedicado á la Política, escogiendo con más ó menos conciencia y albedrío esta profesión; es uno que ha buscado su puesto, presentando su candidatura ó dejando que otros la presenten. Un rey, no. Un rey es un esclavo de nacimiento que, como casi todos los nacidos en esclavitud, no tiene fuerza de voluntad ni claridad de conciencia para sacudirse de las cadenas que al nacer le recibieron.

¿No sería terrible que se obligase á los hijos mayores á seguir la profesión de sus padres?
 ¿No lo estimaríamos como una intolerable tiranía?

Podría hablarse de abdicaciones. Pero es muy raro, rarísimo, que sean capaces de abdicar los que para reyes nacieron. Aquí, en España, abdicó el trono Don Amadeo; pero este segundón de la Casa de Saboya no nació para rey de España ni fué criado para ello. Y, por lo tanto, no se le había imbuído esa especie de honor regio de que son víctimas los pobres reyes,

como somos casi todos víctimas del especial honor de nuestra profesión ó nuestra clase.

Alguna vez he escrito, hablando del socialismo, que comprendo muy bien se haga uno socialista por amor á los ricos tanto como por amor á los pobres, pues lo que liberte á éstos de su pobreza libertará de su riqueza á aquellos. Y así comprendo que en las convicciones republicanas de alguien entre por algo un cierto sentimiento de compasión hacia los pobrecitos reyes, tomando en cuenta que aquello que liberte á los buenos pueblos de los malos reyes, libertará á los buenos reyes de los malos pueblos.

Y es tal la condición de los reyes, que nadie estima los atentados de que son objeto al mismo nivel que cualquier otro atentado á un particular. «Son gajes del oficio», dicen que dijo Don Alfonso XII después de uno de los atentados contra él dirigidos. Aun considerado como crimen el regicidio, hay que convenir en que la mayoría de las veces es un crimen de derecho público, no de derecho privado.

Y en este caso concreto del regicidio de Don Carlos, no se debe perder de vista que se ha llevado á cabo en un pueblo como Portugal, donde está abolida hace tiempo la pena de muerte y donde ha llegado á haber disturbios públicos para impedir que se ejecutara á un condenado á ella. Es una prueba más de lo que es la ira del manso.

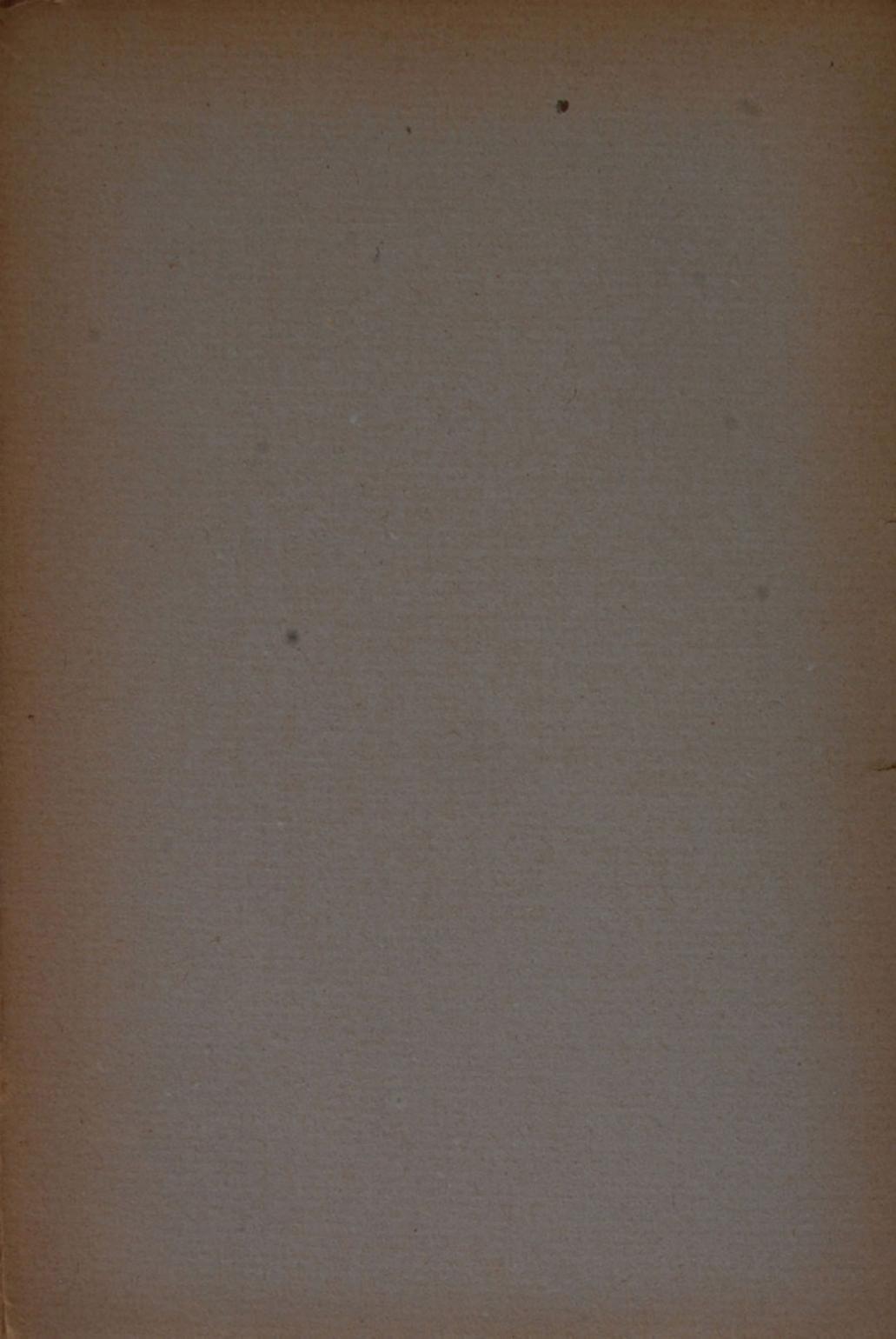
En ese pueblo dulce, apacible, sufrido y resignado, pero lleno por dentro de pasión, los crímenes de sangre son raros, muy raros, rarísimos, pero entre los que ocurren suele haber-

los mucho más atroces y violentos que aquí, en España, donde, por desgracia, son tales crímenes más frecuentes, mucho más frecuentes que allí.

No me cabe duda de que á más de un lector habrá de parecerle un poco implacable y no del todo piadoso este epitafio. Creo, sin embargo, que la suprema piedad es la de la verdad, y he procurado decir lo que dentro de dos, de cuatro ó de veinte años diría sobre esta muerte. Un rey es siempre un sujeto histórico, tal como esto entendemos. Y el dolor que su muerte causa, aun en sus parientes, deudos y amigos—cuando los tiene verdaderos—, es un dolor histórico, ó, mejor dicho, es un dolor litúrgico y oficial. Al ponerles el terrible Hado fuera de la condición general doméstica de los demás hombres, les ha puesto fuera de los comunes sentimientos domésticos.

Y para concluir cabe decir: descanse en paz el infortunado Don Carlos, pero descanse también Portugal en paz. Si es que á un pueblo, y á un pueblo como Portugal, puede deseársele descanso.

Salamanca, Febrero de 1908.



DESDE PORTUGAL

A raíz del regicidio del 1.º de Febrero, última escena trágica de la historia de Portugal, que es, siglos hace, un continuado naufragio, pudieron algunos creer que iba á cambiar el rumbo de su vida pública. No los que lo conocen. Aquel acto, tal vez justiciero, en todo caso fatal, fué de una justicia, de una fatalidad anárquicas.

Se han discutido los adelantos—*os adiantamentos*—á la Corona, y el Sr. Alfonso Costa, republicano, los ha llamado en la Cámara robos. ¡*Roubos, sim, roubos!*, y lo repitió entre apoyos de sus compañeros políticos. Y la Cámara aprobó los adelantos, cuya cuantía no se conoce aún con exactitud. Hay quien los hace subir á más de doce millones de francos.

Era una cuestión de moralidad, sin duda; pero, frente á la corrupción monárquica, ¿qué ideal presentaban ó presentan los republicanos?

No hace aún muchos días que Juan Chagas, en la sesión titulada *As minhas razões*, que publica en *O Primeiro de Janeiro*, de Oporto, decía, frente á los que llaman jacobinos á los republicanos portugueses, que éstos jamás hicie-

ron de la República una cuestión de derecho; declarando, por el contrario, á cada paso estar prontos á reconocer una Monarquía que simplemente gobernase bien. «Desde José Falcão, exclamando: «¡ Si la Monarquía nos puede salvar, que nos salve!», hasta Alfonso Costa, ofreciendo la cooperación del partido republicano á una Monarquía que se inspire en principios de moral y de justicia, esto ha sido así, y yo pregunto dónde se ha dado un hecho semejante desde que hay republicanos en el mundo. En rigor, puede decirse que en Portugal no hay republicanos—los republicanos no reconocen género alguno de Monarquía, mala ó buena—, sino ciudadanos que en vano han pedido la felicidad á la Monarquía.» Y acaba Chagas diciendo que si la Monarquía muere, no muere á manos de los republicanos, que no han hecho sino decirle que viva.

En tanto, en las papelerías donde se venden postales se ve el retrato de Buiça, el regicida, junto al del joven rey Don Manuel, y hasta junto al de su padre Don Carlos, la víctima. Lo he visto aquí, en Oporto, en Aveiro. Y los retratos de los personajes republicanos por dondequiera, hasta en los rótulos de un nuevo licor. Es la moda.

Se coge un diario, y es natural, trae algo sobre la cuestión de los adelantos; pero trae más, mucho más, sobre el hambre, la crisis del vino, la mala cosecha del maíz, y trae muchas noticias de fiestas por dondequiera. De antiguo se venía diciendo que los duelos con pan son menos; puede también decirse que el hambre es menor con fiestas. De estos concursos de gente alegre saca migaja el mendigo, y aquí

la mendicidad, la pordiosería, es una institución más enraizada y más extendida aún que en España.

El Miño se divierte. En Oporto hay un club de los fenianos, otro de los girondinos, pero bajo estos nombres no son sino Sociedades para organizar festejos públicos. Sobre todo, fuegos artificiales, que es un arte eminentemente portugués.

La diversión parece que es parte de la felicidad, y en Portugal, según el republicano portugués Chagas, no hay sino ciudadanos que han pedido en vano la felicidad á la Monarquía. La felicidad. ¿Y qué felicidad es esa que piden los ciudadanos á un Gobierno? ¿Es que el Gobierno, es que la Monarquía, no sabe organizar festejos? ¿Qué felicidad? ¿La de una *Beocia antigua, harta de senaras*, según la frase de Oliveira Martins?

Estos días he estado leyendo aquí, en el seno de este elegíaco Portugal, una de las más hermosas é intensas obras del gran historiador Oliveira Martins, su *Portugal contemporáneo*. Guerra Junqueiro la cree, según se lo oí una vez, la mejor de sus obras. Yo no diré otro tanto, porque no soy portugués. Y Oliveira Martins no me parece, como á Menéndez y Pelayo, el historiador más artista que dió en el pasado siglo la península ibérica, sino el único historiador de ella que merece tal nombre. Es decir, algo más grande y más hondo que un artista. Este hombre es una de mis debilidades. ¡Cuánto he aprendido en esa su obra triste, como él mismo la llama!

Oliveira Martins era un pesimista, es decir, era un portugués. El portugués es constitucio-

nalmente pesimista ; él mismo nos lo repite. ¿ No es acaso la flor amarga de este espíritu la poesía desesperada y dura de Antero de Quental ? ¿ Encontró acaso alguna vez la desesperación acentos más trágicos, más hondamente poéticos en su rígida armazón metafísica, menos artísticos ? La poesía del dolor está en Leopardi templada por el arte, pero el portugués no es artista.

« Para él—dice de Herculano Oliveira Martins—, para él que, como lusitano, nada tenía de artista (prueba, sus novelas), la literatura era una misión y no un diletantismo. El Universo, la Historia, la Sociedad, no se le presentaban como asuntos de estudios sutiles y curiosos, de observaciones finas ó profundas, de cuadros brillantes, vivos ó conmovedores, sino como objeto de afirmaciones ó negaciones, inspiradas por la convicción estoica. » El artista fué Almeida Garrett, el hombre « bruñido, pintado, postizo, tapando la edad después de haber inventado el nombre para ahidalgarse » ; pero este mismo hombre, bajo el peso de un dolor, viéndose en la cama con la pierna rota, sin postizos, escribió la tragedia portuguesa en que la poesía destruye al arte ; escribió el *Frei Luiz de Souza* ; tragedia « ni clásica ni romántica ; trágica en la bella y antigua acepción de la palabra ; superior á las escuelas y á los géneros, dando la mano por sobre Shakespeare y Goethe á Sófocles. En un momento único de intuición genial—sigue diciendo Oliveira Martins—, Garrett vió por dentro al hombre y sintió el palpitar de las entrañas portuguesas. ¿ Qué oyó ? Un coro de aflicciones tristes, una resignación heroicamente pasiva, una esperan-

za vaga, etérea, en la imaginación de una moza tísica y en el desvarío de un escudero sebastianista ».

Artista suele ser Eça de Queiroz ; pero éste es un extranjerizado que en el fondo descubre, por su feroz burla agresiva, su prosapia. Su celebrada ironía no es la ironía francesa ; Queiroz no se desliza sin apoyarse, sino que se apoya y hasta se ensaña.

Y estos elegíacos pesimistas no creen en la patria. «Las poblaciones rurales y las urbanas, la propiedad y el capital, sin el nexo de la industria, aisladas, no se penetran. Si el capitalista compra tierras, es para arrendarlas, viviendo siempre de la renta. Y capitalista y propietario, provinciano el uno, cosmopolita el otro, ninguno siente palpitar en sí el alma de la nación.» Ese rasgo de polarizar el sentimiento nacional entre el provincialismo y el cosmopolitismo, es uno de los más profundos rasgos de Oliveira Martins. «Una granja y un banco, he aquí Portugal », dice. Y así es. De un lado el campo, el campo portugués, en que es tan dulce vegetar, como vegetara en el otoño de su vida y de sus ilusiones aquel noble Passos Manuel que en el remanso de Alpiaca apañaba aceitunas, comía sus fréjoles, leía su periódico, y, apretando á su hija en los brazos y contra su pecho, procuraba olvidar los infortunios de su patria ; y de otro lado Lisboa, la ciudad cosmopolita, llena de *brasileiros* beocios, materialistas, sin fe ninguna en nada duradero.

¿Es extraño que, en este ambiente blando y triste, el austero y estoico Herculano exclamara al morir : *isto da vontade da gente morrer!* ¿Es extraño que Rodrigo, el desdeñoso,

acabara murmurando: *nascer entre brutos, viver entre brutos e morrer entre brutos é triste?* Y ¿no recordáis aquel final de soneto de Antonio Nobre: *Amigos, ¡qué desgraça ter nascido en Portugal!?* ¿Y las ironías amargas de Eça de Queiroz? Callemos algunos versos de fuego ya de Camoens.

No todos sienten así, sin embargo. Hay los bien hablados. Hay los que creen que Portugal es pequeño, «pero un terrón de azúcar», como decía á Link el corregidor de Vizeu. «Portugal es una vasta Barataria en que reina el rey Sancho», decía Garrett. Y en ella se encuentran bien los que no sienten la necesidad de ideales trascendentales, de ideales sociales.

¡Cómo dolió á los portugueses conscientes de su portuguesismo—y con razón les dolió— aquellos dos terribles versos de la estrofa 18 del canto I del *Childe Harold*, de Lord Byron, aquel «¡pobres, viles esclavos!, pero nacidos en el más noble escenario—, ¿por qué, Naturaleza, gastar tus maravillas para tales hombres?»

*Poor, paltry slaves! yet born 'midst noblest scenes,
Why, Nature, waste thy wonders on such men?*

¡Qué acentos inspiró á Herculano este apóstrofe! Pero ¿por qué lo sintió tan hondo el noble estoico que sentía ganas de morir mirando en torno suyo?

Esta enorme tristeza, este arraigado pesimismo, arranca de la falta de un elevado ideal colectivo, de uno de esos ideales que, unificando la vida de un hombre y la de un pueblo, les dan aquella personalidad sin la cual no es la vida, aun con riqueza, más que vaciedad y tristeza. Ese pesimismo arranca de

apatía, una apatía que produce á las veces arranques de furia.

El ideal religioso lo perdió la clase dirigente, la clase europeizada, mejor dicho, afrancesada, de Portugal. «La trivialidad del catolicismo liberal, sin fe, era la religión del príncipe (de Don Pedro IV, el del Brasil) é iba á ser la de la nación nueva», dice Oliveira. Es decir, perdido no se ha perdido, se ha transformado. Hoy es la trivialidad del cientificismo, más ó menos alcanesco. El pobre Teófilo Braga, tan simpático y noble carácter como insoportable escritor y horrendo... *poeta* (?), es un símbolo. Venga ó no á cuento, ha de sacar á colación á Augusto Comte. Y es un trabajador incansable, que ha dado á su patria obras por cuantía de cerca de dos metros de profundidad.

«Ideas no se encuentran... sino las que esos hombres bebieran en los libros franceses más vulgares y triviales.» Esto es hoy aquí tan verdad como lo era cuando Herculano lo escribió hace medio siglo. El libro terrible y triste de Oliveira Martins, de que os vengo contando pasajes, leed lo que dice de la ciencia desordenada de las clases medias portuguesas.

Sí, esta pseudociencia, este cientificismo progresero es peor, mucho peor que ese fatídico ochenta por ciento de analfabetos sobre que tanto declaman los científicos afrancesados portugueses. «La fortuna de los ricos, la suerte de los pobres, van guiadas por una cosa peor aún que la ignorancia—la ciencia falsa, pedante siempre.»

«¡Y luego, la idea del progreso que trae el *brazileiro* enriquecido! Para éste será, sin duda alguna, una sentencia casi evangélica

aquella grotesca frase de Fontes, el fanático por las vías de comunicación como él mismo se llamaba, cuando exclamaba en un raptó de progresería: « ¡ por encima del caballo de diligencia está el tranvía ; por encima de éste, la locomotora, y por encima de todo, el progreso ! » Oliveira Martins comenta esta frase geodónica, digna de Mr. Homais, añadiendo: parece inventado y no lo es.

No, no lo es. Yo me he encontrado con alguno de esos *brazileiros* progresistas que volvían á gastarse sus pesos en la nativa aldea del Miño, ¡ y había que oírle ! Y lo que él decía de una manera que por lo ingenua y sencilla resultaba simpática, eso mismo dicen, aunque con otras palabras, los que en liceos y academias bebieron de la fuente de la Ciencia, así, con letra mayúscula. Uno de éstos me habló con encomios ponderativos, y para halagar mi amor patrió, de los trabajos de Ramón y Cajal, cuyo tratado de histología estudiara, pero... en francés. Sí, porque en castellano corría riesgo de que con la lengua se le pegase algo de nuestro espíritu berberisco é inquisitorial, soberbio y desdeñoso.

La ciencia es aquí uno de los últimos ídolos.

Y algunos de estos científicistas que por sobre España se dan la mano con los científicistas franceses—lo cual no quiere decir que entre nosotros no los haya—, ¡ con qué noble simpatía nos compadecen á los españoles que no hemos logrado aún sacudir de nuestros espíritus el viejo fanatismo místico ! ¡ Todavía es una cuestión nacional en España la cuestión religiosa ! (Y ¡ ojalá siga siéndolo mucho tiempo !) Aquí, en Portugal, ya no ; aquí han lle-

gado en ese punto á la tan ansiada paz de los espíritus, ó por lo menos así lo creen ellos. Ahora, lo que no se les va en fanatismo se les va en superstición. Porque—y no se alarmen los mentecatos que en dondequiera ven paradojas—el fanatismo y la superstición suelen estar en razón inversa. Bien decía Oliveira: «Cuando un escéptico tiene supersticiones—contradicción sólo aparente, y por lo demás vulgar, del espíritu humano—, no reacciona, obedece;—no resiste, cae. Cuando atacan á un místico, le fortalecen con un coraje trascendente.»

El otro día, leyendo en uno de los diarios de más circulación de Portugal el anuncio de una echadora de cartas—no me acuerdo si era una madama—, pensaba que, si se pudiese estudiar el curso de ese negocio, se vería que rendía más en Lisboa ó en Oporto que no en Madrid ó en Barcelona. Los españoles, en el fondo, creemos menos en los milagros; ni aun en los de la ciencia. Y no es por escépticos; es porque aún tenemos alguna más fe en nosotros mismos. No esperamos en la vuelta de ningún Don Sebastián. El futuro Mesías ha de salir de un laboratorio, me decía una vez Guerra Junqueiro. ¿No es esto sebastianismo científico?

Cuando me encuentro en España con algún español jeremiaco, pesimista, aporuguesado, que se complace en ponderar y exagerar los males de la patria y en no ver el evidente y grandísimo adelanto de los últimos años, le digo siempre: váyase una temporada á Portugal. Aquí, sí, están algunos muy satisfechos con el estado del cambio, y con eso de que su

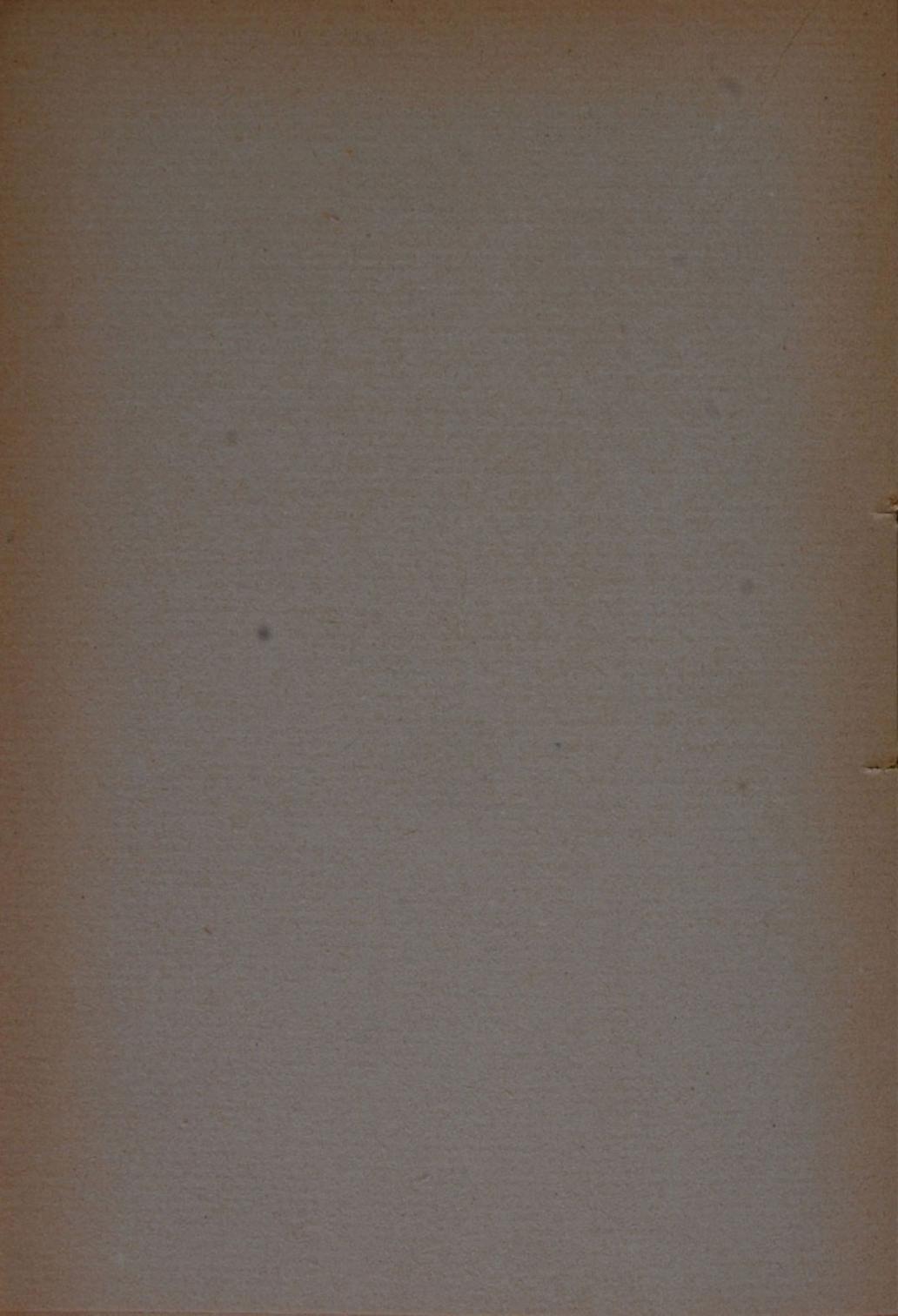
dinero se cambie á la par con el nuestro— estos días oscila entre 890 y 900 reis el duro—, y hasta con algún premio á su favor, y esto á pesar de hallarse su Hacienda mucho más averiada que la nuestra; pero yo digo siempre á eso: no es sólo dinero, ni es principalmente dinero lo que cambian los pueblos.

Y ¡qué pasta para un pueblo hay todavía aquí! ¡Qué vitalidad la de esta gente! Y ¡qué prolíficos, cielo santo! Como que hoy su principal exportación es la exportación de hombres, de ganado humano, como ha dicho uno de ellos. Y de hombres duros, resistentes, sufridos. Decía Spencer que lo primero es hacer del hombre un buen animal; mas como esto de animal es especie del género viviente, lo primero es hacer de él un buen viviente. Y eso son aquí, buenos vivientes, con robusta vitalidad de plantas, como la de estos pinos que enraízan en las arenas de sus costas. Y luego sumisos. Sumisos hasta cuando se rebelan. «El sentimiento innato de rebeldía (que no se debe confundir con el de la independencia)—dice Oliveira—, esa *vis* íntima de los celtas sumisos de Irlanda y de Francia, existe en el niño...» Tienen la cólera del ciervo ó la del carnero, que les lleva á actos de violencia frenética. Cuando el borrego se irrita, arremete con el primero que encuentra, y luego todo sigue lo mismo que antes. Así se explica el regicidio y sus consecuencias. Rebeldía, sí; independencia, no. Aquí, como en Galicia, puede florecer el anarquismo, pero no el sentimiento de libertad. Y la anarquía es la servidumbre.

Al terminar Oliveira Martins su doloroso y triste *Portugal contemporáneo*, después de pin-

tar el estado de las clases dirigentes, añade: « y hasta hoy, forzoso es decir que el pueblo no descubrió aún medio de libertarse de ellas », y concluye diciendo: « ni descubrió el medio, ni demostró ganas de hacerlo. ¿ Duerme y sueña? ¿ Le será dado despertarse aún á tiempo? » Unas páginas antes, y hablando de la invención de la fiesta del 10 de Diciembre, en que estalla la retórica anticastellana, escribió: « de ahí vino á encenderse en el corazón del pueblo pasivo, y en provecho de la intriga política, un odio arcaico, absurdo, tal vez responsable de futura sangre inocente detramada, si un día los vaivenes del equilibrio europeo hiciesen que España nos conquistara ». Leo estas líneas y las que le siguen—estas otras creo no deber traducirlas ahora al castellano—, y me pongo á pensar en la agorera suerte de esta nación tan poco naturalmente formada, y á la vez agólpanseme á las mentes dolorosos pensamientos sobre lo que en nuestra España está hoy ocurriendo. ¡ Portugal y Cataluña! ¡ Qué mundo de reflexiones no provoca en un español el juntar estos dos nombres!

Espinho, Julio de 1908.



LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO EN PORTUGAL

Es muy frecuente oír á los portugueses que es el suyo un pueblo irreligioso; que aquí, en Portugal, los problemas de religión no interesan de veras á nadie. Paréceme que en esto, como en otras cosas, padecen una ilusión.

En pocas partes hay una linde tan profunda como la que aquí hay entre la población rural, entre el genuino pueblo portugués campesino y las clases cultas, ó seudocultas, que habitan en las ciudades. La cultura de estas clases es extranjera, mejor dicho, francesa.

No deja de tener una significación profunda el hecho de que el poema oficialmente nacional de Portugal sea un poema henchido de todos los lugares comunes del Renacimiento internacional europeo. Digan lo que quieran los portugueses, en *Os Lusíadas* apenas si se transpara el primitivo espíritu campesino portugués. El poema de Camoens brotó del deslumbramiento causado por los viajes á Oriente, de aquellas tan gloriosas cuanto malhadadas odiseas. Y en tanto el escritor popular aquí—en cuanto puede hablarse de escritores populares

en un país en que la gran mayoría son analfabetos—, no es Camoens, sino Camilo Castello Branco con su ingente bagaje de novelas de una sentimentalidad morbosa, pero fuerte.

Los portugueses, procedentes de esas clases cosmopolitizadas de las ciudades, de Lisboa ó de Oporto, los que se formaron en los libros de moda de la ciencia fácil de exportación, los que en el fondo se avergüenzan de su patria, ésos son los que dicen y repiten que aquí no hay cuestión religiosa ni interesan á nadie los problemas religiosos. Y ellos, en tanto, creen en los milagros de la ciencia.

El clero... De esto no puede hacerse caso. Hay aquí en el pueblo un cierto anticlericalismo, como lo hay en Galicia. En los cantares gallegos de Rosalía de Castro, que parece era hija de un cura, se advierte esa nota. Pero ello tiene que ver poco ó nada con lo religioso.

La religiosidad portuguesa, lo mismo que la gallega, lo que alguien llamaría, no sé con qué fundamento, religiosidad céltica, hay que ir á buscarla por debajo de las formas regulares y canónicas de la religión oficial. Por debajo de ella palpita y vive aún cierto naturalismo que tiene mucho de pagano y no poco de pan-teísta.

Hay aquí siempre latente una cierta religiosidad pagana, diferente de la religiosidad castellana, que nos recuerda más bien la de los pueblos semitas.

El Cristo español, me decía una vez Guerra Junqueiro, está siempre en su papel trágico: jamás baja de la cruz donde, cadavérico, extiende sus brazos y alarga sus piernas cubiertas de sangre; el Cristo portugués anda por costas y

prados y montañas, jugando con la gente del pueblo, se ríe con ellos, merienda, y de vez en cuando, para llenar su papel, se cuelga un rato de la cruz.

No es, sin embargo, la religiosidad portuguesa tan riente y alegre como esta no muy reverente parábola del imaginativo poeta podría hacer creer. Aquí hay el culto á la muerte; sólo que, en vez de ser trágico como en España, es elegiaco y tristón.

Aquí hay culto a la muerte, al olvido, á la paz última. Eran muchos los que en el tiempo de oro, en la edad de gloria, pensaban como Fernando de Magallanes, el gran navegante, que, si les faltaba todo, quedaríales la sierra á que retirarse, siete varas de paño y unas abogallas para cuentas del rosario. Son muchos los que como Joao de Deus, el poeta más intensamente portugués, le dicen al ruiseñor aquello de: « ¡ Oh ruiseñor, á ti te nace el día al ponerse el sol; muéstrame el cementerio la luz que te alumbra, oh ruiseñor ! »

*O rouxinol! a ti nasce-te o dia
ao por do sol;
mostreme a campos a luz que te alumia,
o rouxinol!*

¿No fué acaso Herculano el que habló del plácido sepulcro, rodeado de esperanza?

Recorriendo estas tardes las estradas que desde este pueblecillo parten al interior, entre los pinares de espaldas al mar, me he encontrado de trecho en trecho—y lo mismo me ha ocurrido en otras regiones portuguesas—con unos mojones ó estelas en que se levantaba un altarcito

con una tosca pintura representando las benditas ánimas del Purgatorio. Y allí, muestras de piedad popular en flores ó en luces.

El culto á las ánimas del Purgatorio es aquí mucho mayor que en lo que de España conozco.

He oído decir á algún gallego que también en Galicia juega un gran papel eso de las ánimas y de los difuntos, y que de leyendas y supersticiones referentes á ellos consta en gran parte la religión popular gallega.

Uno de esos que haya leído algo de lo mucho que últimamente se ha escrito sobre los orígenes de las religiones, aunque sólo sea en esos libros de vulgarización científica ó pseudocientífica, cuando no sectaria, no dejaría de extenderse aquí en baratas consideraciones sobre la teoría de que fué el culto á los muertos antepasados lo que inició las religiones primitivas. Y desde luego citaría á Spencer, que es en este caso lo obligado.

Algún otro de esos tocados todavía de volterianismo, y que por dondequiera ven la malicia de los más avisados embaucando á los más lerdos, no dejaría de repetir las baratísimas ironías de que ha sido blanco la creencia en el Purgatorio. Porque la cosa es clara; diría: el Purgatorio es una invención de los curas para lucrarse con ella; es el principal capítulo de ingresos para la Iglesia y el Clero; es su viña, su mina.

Y hay, sin embargo, por debajo ó tal vez por encima de estas explicaciones tan cómodas, la de los que presumen de ciencia y la de los que presumen de listos, hay algo más profundo y más real.

Hablaba yo un día con cierto calvinista ri-

gido, fanático, y, sobre todo, nada imaginativo, y empezó el hombre á tronar contra la creencia en el Purgatorio todo un rosario de vulgaridades. Y yo, que no creo en tal Purgatorio, tuve que atajarle diciéndole:

—Señor mío, es mucho más fácil execrar el fanatismo ajeno que dominar el propio, y dos de las más preciosas cualidades que todo sectarismo destruye son el sentido crítico y la capacidad de ponerse en el caso de los demás; cualidades que acaso son una sola. Usted, con una fe en la predestinación de que ahora no hemos de tratar, cree que así que un hombre muere se salva ó se condena irremisiblemente, sin que los vivos puedan hacer ya nada por las almas de los muertos, cuyo destino depende de Dios y de ellas mismas, de la fe que tuvieron. Sí, ya sé que usted recuerda á sus muertos y guarda su memoria, y acaso los pone como ejemplos á los vivos; pero por ellos mismos, por sus almas, usted no cree poder hacer cosa alguna. Su religión de usted es radicalmente individualista; es, permítame que se lo diga, feroz é implacablemente individualista.

El catolicismo, no. El catolicismo tiene un sentido más social, más colectivista. No es el individuo aislado; es la comunión de los fieles la que se relaciona con Dios por Cristo. Los méritos son trasferibles: uno padece y reza por otro, tiene en el cielo cada cual quien por él ruegue, y cada cual á su vez puede ofrecer sufragios por sus difuntos. De aquí el culto á los santos, de aquí el culto á las ánimas del Purgatorio, de aquí el valor de los medianeros.

¿Y no cree usted, señor mío, le dije, que es un gran consuelo eso de poder hacer algo por

nuestros muertos y que nuestros vivos puedan hacer algo por nosotros luego que muramos? La pobre viuda puede hacer más que llorar á su difunto marido y venerar su nombre y su memoria; cree poder aliviar sus penas. Y si usted me dice que para explotar este sentimiento de solidaridad entre vivos y muertos se inventó el Purgatorio, yo le diré que fué el sentimiento mismo ese el que lo creó. No fué inventado para explotar el sentimiento, sino que lo explotan porque el sentimiento lo creó. Los mineros no inventan la mina.

Así una familia no termina en la tierra; así, hay una íntima comunión entre los vivos y los muertos, una comunión más real—en la creencia, se entiende—que la de las tradiciones y el que vivamos de lo que nos legaron. Así, nuestro Vicente Wenceslao Querol pudo hablar del «místico lazo en que va unida, parte de una familia por el cielo, y parte por la tierra».

No pude reducir á juicio más sereno á mi amigo el calvinista, en quien el fanatismo religioso había ahogado la comprensión poética.

Y ahora aquí, en este rincón de Portugal, al ver los altarcillos de las ánimas por sus estradas ceñidas de pinares, me acuerdo de todo eso y del hondo sentido de la solidaridad religiosa entre vivos y muertos.

Leyendo en las *Poesías* de Herculano las «Tristezas do desterro», me encuentro con estos hermosos conceptos poéticos:

*Quando nos luz o sol do céu da patria,
Embora sobre nós verta a desdita
Torrentes de amargura, ha un consolo:
E o altar e a oração. Ao desterrado*

*Nem sequer isso resta. O templo alheio
 É como ermo de Deus; como que param
 Nesse craneo de marmore arqueado
 Do gigante edificio as tristes preces
 Em lingua estranha proferidas. Gelidas
 E duras sao do pavimento as lageas
 Para quem sabe certo nao o escutam
 Mortos que muito amou; que nesse tecto
 Vai bater froxa uma oraçao discorde
 Entre mil oraçoes.*

Sí, ni el altar y la oración son para el desterrado consuelo; el templo ajeno está como yermo de Dios y se detienen en ese cráneo de mármol arqueado del gigante edificio las tristes preces proferidas en lengua extraña. ¿Y por qué? ¿Es que Dios no entiende en todas partes las lenguas todas? Es que son heladas y duras las losas del pavimento para quien sabe que bajo ellas no le escuchan los muertos á que tanto amó, para quien sabe que la lengua de aquellos muertos no fué la lengua del vivo desterrado que sobre sus sepulturas reza en lengua á ellos extraña.

En Portugal, como en España, como en todas partes, se estava enterrando en el recinto mismo de los templos; pero cuando aquí, en Portugal, se mandó enterrar en cementerios, fuera de las iglesias, la resistencia fué mayor que en otras partes. Y aun hoy mismo, ¡qué diferencia entre un cementerio de aldea portugués y un cementerio de aldea castellano! El castellano parece un corral.

Allá en mi pueblo, Bilbao, aún se levanta el cementerio de Mallona, donde duerme mi padre su último sueño, encima del pueblo, domi-

nándolo. Desde el puente del Arenal, verdadero corazón de la fuerte villa, hija del agua, se ve el cementerio, se columbran sus cipreses. Pero ese cementerio va á ser amortizado, las cenizas que en él reposan se trasladarán al nuevo, á más de dos leguas de la villa, separado de ella por montañas, lejos, muy lejos. Los vivos expulsan á los muertos, los destierran, los alejan. Acompañan el cadáver hasta una estación de ferrocarril, allí lo meten en un vagón y lo expiden adonde no perturbe la fiebre de los vivos sedientos de negocios. ¿No es esto melancólico?

Una de las cosas más dignas de visitarse en Oporto es el cementerio; hay en él tanto arte como en el Museo de bellas artes de la ciudad. Cierto es que en éste hay bien poco que ver, si se exceptúa la magnífica escultura del Desterrado de Soares des Reis.

Y este Desterrado ¿no sería inspirado acaso por los profundos versos de Herculano? Aquella hermosamente trágica figura que sentada sobre una roca parece llorar sobre el mar, nos recuerda la lágrima que, huída de los ojos turbios de Herculano, fué devorada por el Océano, para ir luego en la ola incierta que rueda libre, peregrina eterna, á depositarse en la tierra natal.

*Essa lagryma acceita: é quanto pode
Do desterro enviar-te um pobre filho.*

¿Y no es la tierra misma un destierro para las almas, según la creencia? Y al salir del destierro, ¿dónde mejor que en el templo podría ponerse el cuerpo que lo albergó y que acaso si-

que albergándolo? Tal vez el alma purgue sin salir del cuerpo mismo á que animó y que está pudriéndose y haciéndose tierra. Esta es, creo, la idea oscura que, aun sin darse cuenta de ello, abriga el pueblo.

Allí, en el templo, al pie del altar, bajo las preces de los vivos, estaban acaso las almas de los muertos más seguras. Allí tal vez no podrá ir el demonio á cogerlas. Y viene el duro, el austero Hercuľano, y grita:

Tremei! Do altar á sombra

Tambem ha mao-dormir de somno extremo.

¡ Terrible imprecación! También á la sombra del altar hay mal dormir de sueño extremo; ¡ temblad! Y temblorosos vierten preces y lágrimas sobre las losas que cubren los cuerpos—¿quién sabe si también las almas?—de los que fueron.

Cuando vuelvo de estos paseos por las estradas ceñidas de pinares, cuando vuelvo de ver los altarcillos de las ánimas, alguna vez he presenciado el incendio del ocaso por entre los erguidos troncos de los pinos. Parecía el pinar un templo de negras columnatas, con su bóveda de verdura por entre cuyos desgarrones se descubre la otra bóveda azul, la eterna. Apresuro el paso y llego desde una altura cualquiera á ver ponerse el sol en el océano.

Es el océano vasto cementerio, sobre todo para Portugal. ¡ El mar, ésa es la «campa», ése es el cementerio de esta desgraciada patria de Vasco de Gama, de Juan de Castro, de Alburquerque, de Cabral, de Magallanes, de todos los más grandes navegantes del mundo, de esta

patria del infante Don Fernando, del rey Don Sebastián, que allende el mar murieron. En ese inmenso cementerio vivo, que viene murmurando *fados* á besar las playas de este

jardim de Europa, beira al mar plantado,

en ese inmenso cementerio descansa la gloria de Portugal, cuya historia es un trágico naufragio de siglos. Y este murmullo del océano, estas quejumbres que vienen de su seno cuando el sol en él se acuesta, ¿no son acaso las voces de las pobres ánimas portuguesas que vagan errantes en sus olas? ¿No piden sufragios á los vivos? ¿No es aquí el mar el Purgatorio?

Sí, aquí el Purgatorio es el mar; un purgatorio de aguas traidoras, no de fuego; sus olas son sus llamas. El mar, que fué la gloria de Portugal; el mar, que le ha dado eternidad en la historia humana, el mar le ha devorado, el mar le ha metido

*no gosto da cobiça e na rudeza
d'huma austera apagad e vil tristeza,*

como cantó, de acorde con el mar, Camoens.

¡Apagada y vil tristeza! Esto es lo que se ve hoy aquí. Y viéndolo se le ocurre á uno pensar si las ánimas serán las que descansan bajo tierra, en los templos ó junto á ellos, y en el seno del mar, ó no serán más bien las que habitan en los cuerpos de los que vemos por aquí trajinar y buscarse el pan de cada día. Portugal es hoy un purgatorio poblado de ánimas.

LA PESCA DE ESPINHO

La costa portuguesa en este distrito de Aveiro, al Sur de Oporto, es de una triste monotonía. Una larga playa baja, de fina arena, y cadenas de dunas coronadas á veces por los pinos, que llegan á mirarse en las aguas. Trechos hay, como este de Espinho, en que el mar avanza, ó, mejor, la costa se hunde. A este pueblecito se le está tragando el mar, y muy de prisa.

El canal tiene aquí, por otra parte, algo de campesino; parece como que se ruraliza. Sus lindes se confunden en muchas partes; penetra en la tierra por lenguas de agua. Hacia Estarreja suelen verse velámenes de barcas cruzando un maizal, y en éste, al pie de los árboles, junto á los bueyes, remiendan y arreglan las redes de pesca las mujeres. El campo y el mar verdes, como que se abrazan y mezclan bajo el cielo azul, ofreciéndonos la más fiel imagen de este Portugal campesino y marinero que con los leños de sus bosques aró los más remotos océanos. Y estas sus largas odiseas,

por mares d'antes nunca navegados,

empezaron, sin duda, por las pesquerías. A los pescadores fué á quienes enseñaron á marear los genoveses, maestros en el arte de los rumbos.

Hay algo de dulce y de manso en este mar, que, aunque á menudo bravío, viene blandamente á besar la tierra y á mezclarse con ella, que no le opone erguidas rocas ni abruptos acantilados. Desembocan en él ríos mansos como el Vouga, y recueida uno el atrevidamente poético rasgo de Tomás Ribeiro cuando, en su lamentable *D. Jayme*, decía que el mar viene á ahogar su sed angustiosa en el sabroso néctar de los ríos portugueses.

*O mar na terna lida porfiosa,
cansado de correr largos desvíos,
vem aposar á sede angustiosa
no saboroso nectar de teus rios.*

En esta parte de la costa portuguesa, junto al labrador vive el pescador. Aquél siembra el lino y hace las cuerdas de las redes con que éste pesca, le provee de las maderas para sus barcas.

Aquí, en las arenas de esta playa de Espinho, se ven descansar, de proa al mar, las barcas pescadoras. Recuérdanme lo que debieron ser las naves con que los aqueos arribaron á Troya, las naves homéricas. Son, de hecho, como ejemplares sobrevivientes de una especie ya en otras partes extinguida.

Tienen, en efecto, algo de primitivo estas barcas sin quilla, fondo planó como el de las chalanas con su apuntada proa al modo de las góndolas, y en ella una cruz de remate. Vién-

dolas en tropa, cual extraña bandada de aves
 en reposo, diseñarse sobre el cielo, acuérdase
 uno de aquellos

*esqueletos de galeras
 que foram descubrir mundos é mares.*

Hay algo de solemne en la suprema sencillez
 de esta visión para quien lo mira con ojos que
 recorrieron la historia trágicomarítima de este

Jardim da Europa á beira-mar plantado.

Luego son puestas las barcas en movimiento.
 Llénanlas con las redes, y, haciéndolas resba-
 lar sobre rodillos, las empujan á las espumosas
 olas, playa abajo. Los tostados dorsos van
 apretando contra los costillares de las barcas.
 Dejan sujeto en la arena el cabo de una de las
 dos cuerdas de la red. Montan en cada barca
 unos treinta tripulantes, media docena para
 tender la red y demás menesteres, y diez ó doce
 á cada uno de los dos grandes remos. Pues dos
 tiene cada barca, como dos aletas, con un gran
 ensanchamiento central que hace de estrobo. Y
 allá van, bogando á alta mar, para arrancarle
 su sustento, brillando al sol sus bronceadas
 espaldas, cogidos del remo, como los galeotes,
 dándose cara media á media docena de hom-
 bres en cada uno de los dos remos.

Aléjanse de uno á dos kilómetros—en in-
 vierno más, pues en verano la sardina se acer-
 ca á la costa—, y antes de char la red rezan
 todos piadosamente. En otro tiempo, los tri-
 pulantes de las diversas barcas se peleaban
 por el sitio en que habían de tender la red, y

volvían algunos descalabrados de la refriega.

A las tres horas de haber salido, vuelven, trayendo el cabo de la otra cuerda. Y es un espectáculo emocionante, y á las veces solemne, ver á las barcas de levantada proa esperar, con el cuello erguido, olas favorables y embestir luego á la arena entre cascadas de espuma y gritería de los que las esperan. Y luego, á tirar de las dos cuerdas de la red para recogerla. Tiran desde la playa con parejas de bueyes.

Esto de sacar las redes con parejas de bueyes es lo que más carácter da á la pesca en Espinho, asemejándola á una labor agrícola y prestando asidero á la imaginación para cotejar con la labor de los campos en esta región en que, como digo, el mar parece se ruraliza.

En otro tiempo sacaban las redes á brazo, y los que del campo bajaban á esta penosísima labor, estaban exentos del servicio militar. Bien decía el que dijo: «Bendigamos al que primero domó el caballo; pues, si no, la mitad del género humano estaría llevando á cuestas á la otra mitad.» (Y á pesar del caballo, algo así sucede.)

Durante cosa de dos horas tiran, pues, de cada una de las dos cuerdas de cada red unas diez parejas de buyecitos rubios, de larga y abierta cornamenta, ocho tirando á la vez y dos de reveza. Y allá los veis caminar pausados por la fina arena que se les hunde bajo las hendidas pezuñas, mansos y sufridos, aguijados por estas mujeres descalzas con su ceñidor á medio vientre y su sombrerito de labradoras, un rodete. Ese ceñidor, una faja que se ponen sobre el vientre, bajo la cintura, es característico de las mujeres del Aveiro; sírveles acaso de apoyo

en sus esfuerzos. Y el sombrero responde á la costumbre de llevar las cargas sobre la cabeza.

Y allá van los bueyes, arando el mar—y así le llaman, *lavar o mar*—, uncidos con estos curiosos yugos del Norte y Centro de Portugal. No tiran con la testuz como en Castilla, sino con el cuello y la cruz de las espaldas, sobre las cuales se inclina el yugo, una pieza cuadrangular, de madera de alcornoque, llena de dibujos y tallados decorativos, en cuyo centro se destacan á menudo las armas de Portugal pesando sobre los bueyes.

Tales yugos son una de las cosas más curiosas que hay que ver por aquí. Varían sus motivos ornamentales, de trazado geométrico casi siempre, y en los que el señor Joaquín de Vasconcellos quiere ver un reflejo de la decoración romántica de las portadas de los templos. En Oporto vi el otro día que ha empezado á formarse una colección de estos yugos, lo cual es muy plausible, pero tiene á la larga un peligro, y es que, empezando á coleccionarse yugos en un museo, se acabe por construir nuevos modelos de ellos con destino á él.

¿No se hace acaso, con ocasión de un centenario, sellos para los coleccionistas? En cuanto el hombre da en coleccionar algo, ya este algo tiende á hacerse artificial y destinado á colecciones, sin que falte quien suponga si habrá un oculto dios marino entretenido en fraguar nuevos tipos de diatomeas para los que las coleccionan, ó un dios Silvano fabricando nuevos insectos para los entomólogos. ¿No se hacen acaso tipos de perros para los *aperrados*?

Y, entre tanto, los buyecitos rubios, cabizbajos al peso de sus ornamentados yugos, sopor-

tando las armas de Portugal, siguen playa arriba, trillando la arena y tirando de las cuerdas de la red.

Cuando ésta aparece ya á la vista, aflorando las cercanas olas sus flotadores, empieza un vocerío rítmico y se van reuniendo hombres y mujeres. El vocerío éste tiene, como el que levantan al botar al mar las barcas, algo de rítmico, en efecto. Oyéndolo, y oyendo sobre todo el canto con que acompañan el remo, he llegado á sospechar si el *fado*, ese melancólico y quejumbroso canto portugués, que parece pedido de limosna al Todopoderoso, nació al compás del golpe del remo sobre las olas del *saudoso* mar.

Por fin aparece la red sobre la arena, arremolínanse en su torno, y al abrirla chispea al sol la plateada masa, palpitante más que de vida, de agonía.

Y es un espectáculo trágico el de aquel montón de vidas expirantes que se agitan al sol, junto á las olas de que salieron, al rumor del *fado* eterno del mar. Traen sustento de vida á los hombres, y una vez más se nos aparece como un vasto cementerio ese océano donde acaso se inició la vida y en cuyo seno palpita poderosa. ¿Pero es que estas arenas mismas, lecho de muerte, no son en su mayor parte, acaso, restos de caparazones de seres en un tiempo vivos?

La arena misma, ¿no es un vasto cementerio? ¿No lo es el mar?

Y como hombre que lee, lleva, quieras que no, un pedante dentro, recordaba yo las teorías de Quintón sobre la cuna de la vida y cómo del mar salimos. ¿Volveremos al mar?

Métense hombres en la masa palpitante, hun

diendo en ella sus bronceados pies, y á paladas, separando acá y allá algún pescado, van llenando los *rapicheles* ó *redaños*, especie de cestos de red en que dos hombres para cada uno llevan la cosecha á tenderla en la arena, donde se hace el cernimiento por mujeres.

No puede ser mayor la analogía con una labor agrícola. Los bueyes sacaron del mar la mies del pescado, apareció en la arena como en la era la parva, y ahora viene el aventarla.

Sentadas en la arena van las mujeres haciendo el apartado. Lo más de lo que sacan es *espadilla* mezclada de cangrejos, y no vale más que para abono de las tierras; de veinticinco á treinta mil reis la redada, es decir, de 130 á 160 pesetas.

Si es sardina, llega á valer hasta 300.000 reis, esto es, unas 1.600 pesetas.

Y como cosa extraordinaria, de esas que se recuerdan diciéndose, «en tal día de tal año...» se habla de alguna redada que valió un *conto*, mil duros.

Las gentes que del interior de Portugal y de España vienen á baños, escudriñan maravilladas la cosecha del mar, admirando las extrañas cataduras de tantos peces que nunca vieron, por lo menos vivos. Son de oír los comentarios de los de tierra adentro.

La multiformidad de la vida es un espectáculo de interés inagotable, y un placer de los más puros ver al natural, y en vivo, lo que acaso se vió en estampa, sin acabar de dar crédito á su existencia.

Hacen la selección de la pesca, y luego se subasta allí mismo, en la playa, y en el momento de la subasta aparece el hombre fatídi-

co de uniforme, el odiado ministro del Estado, el implacable representante del Fisco. ¡Lo que cuesta ser nación, y nación pobre!

En una charla que tuve con uno de los pescadores, las dos palabras que más se le venían á los labios eran las de contribución y la de hambre. Por dondequiera les persigue el Fisco, forma la más concreta que para ellos toma el Estado.

Parte de la pesca va á la fábrica de conservas, y allí se les ve descabezando y destripan-do sardinas, cuyos sanguinolentos despojos quedan en la arena para las gaviotas, parte va á la venta al detalle y una parte mayor en carretas celtas para abono de los campos. Los cangrejos no tienen otro destino. Y aquellos mismos bueyecitos rubios, de larga y abierta cornamenta, que tiraron de la red, llevan á los campos, en unos carritos del más antiguo tipo, en unos carritos célticos, de ruedas macizas, haciendo una sola pieza con el eje, y con dos aberturas para aliviarlas del peso, el abono sacado al mar.

Así vuelve la muerte á dar vida, y así devuelve el mar á la tierra algo de lo mucho, de lo muchísimo que de ella los ríos llevan á su seno. Y luego veis en el campo, junto á un maizal, ó junto á un linar de donde salen las redes, un montón de cangrejos ó de espadillas, pudriéndose al sol para enriquecer la tierra.

Días pasados estaba yo en la playa viendo sacar las redes á la hora en que iba el sol á acostarse en sábanas de niebla sobre las aguas. Me aparté un poco del sitio donde vaciaban la red, para mejor gozar de la puesta del sol.

Una puesta de una solemne majestad reli-

giosa. Al ir á acostarse entre las leves brumas del ocaso, iba cambiando de forma el globo de fuego, como bajo el toque de los dedos de algún invisible alfarero. Era, en efecto, como cuando la masa de arcilla va transformándose dentro de un tipo general de vasija, al toque del alfarero. Luego empezó á hundirse en las aguas, y cuando parecía flotar sobre éstas un pequeño lago de oro encendido, recorríanlo de extremo á extremo vagas sombras. Cruzaban el cielo, sobre las olas, algunas gaviotas avizorando los despojos de la cosecha, y en la arena tendidas las parejas de bueyes, mientras los hombres subastaban la pesca, rumiando aquéllos, afanándose éstos, veían indiferentes, sin mirar, la puesta del sol en el seno del Océano. En sus grandes ojos mansos, ojos homéricos, se ponía también el sol en un mar tenebroso.

¡ Hermosa evocación ! El sol muriendo en las aguas eternas y los peces en la arena, los hombres mercando su cosecha marina, el mar cantando su perdurable *fado*, los bueyes rumiando lentamente bajo sus ornamentados yugos, y, allá á lo lejos, las oscuras copas de los pinos empezando á diluirse en el cielo de la extrema tarde. Y junto á los pinos, en la costa, unos cuantos molinos de viento, sobrevivientes también de una especie industrial que empieza á ser fósil, moviendo lenta y tristemente sus cuatro brazos de lienzo.

Esta contemplación de la puesta del sol marino brisado por la canción oceánica, es una de las más puras refrigeraciones del espíritu ; pero, al detenerme así á mirarle con interés, temo que saque de entre las olas un brazo de luz y, exten-

diéndomelo, exclame quejumbroso: *dez reisinhos, senhore!*

No he presenciado, gracias á Dios, tormenta alguna que haya cogido á los pescadores en el mar, pero me dicen que es imponente espectáculo. Las mujeres chillan y lloran—aquí el canto es lloro y el lloro chillido—, acuden á la ermita de Nuestra Señora de la Ayuda y allí, de rodillas ante el templo cerrado, mezclan ruegos con imprecaciones.

¡Cuán diferente el espectáculo de la pesca aquí y en la costa de mi tierra, en la brava costa cantábrica! La botadura al mar de estas barcas seculares y la salida de las traineras de Bermeo, v. gr., son dos cosas que apenas se parecen. Como no se parece aquella costa de ásperas rocas á esta de blanda arena.

Del siglo XII al XVI progresó la industria pesquera en Portugal. De las colmenas de pescadores salieron los navegantes, y las grandes navegaciones acabaron con las pesquerías. A mediados del siglo XIV, las ciudades de Lisboa y Oporto celebraban con Eduardo III de Inglaterra un tratado para el derecho recíproco de pesca en ambos países durante cincuenta años. Eran tiempos en que iban á la pesca de la ballena.

A principios del siglo XVI se acusa la decadencia, como efecto de los grandes y gloriosísimos viajes. De ochenta barcas de pesca que había en Vianna en 1580, no quedaba ni una sola en 1619: todo lo arrastró la navegación al Brasil. Lo único que estas navegaciones les trajo para la industria pesquera fué el ir á los mares del Norte á pescar bacalao, lo cual perdieron luego, recobrándolo posteriormente.

Iban los navíos portugueses en el siglo XVI á pescar bacalao en Terranova, y según el *Treatado das ilhas novas*, escrito por Francisco de Sousa en 1570, cuando esos navíos fueron entre 1520 y 1525 por primera vez allá, se perdieron sin que se supiera de ellos sino *por vía de biscainhos que continuam na dita costa á buscar e á rescatar muitas cousas que na dita costa ha*. Hay quien dice—el P. Carvalho en su *Chorographia portuguesa* por lo menos—que los portugueses descubrieron Terranova; en mi tierra se oye decir que los balleneros vascos llegaban allá antes del primer viaje de Colón á América.

¡Qué tristeza infunde, después de recorrer con la memoria la espléndida historia de las glorias marinas de Portugal, la patria de los más grandes navegantes, fijar la vista en estos pobres mansos buyecitos rubios tirando playa arriba las cuerdas de las redes, sumisas sus astadas testuces bajo los ornamentados yugos en cuyo centro brilla el blasón, un tiempo resplandeciente de gloria, de Portugal!

Espinho, Agosto 1908.

BRAGA

Estando en Portugal, hay que ir á Braga ; es uno de los deberes del turista, ineludible en el que quiere escribir sobre lo pintoresco de esta tierra. ¿No quedábamos en que lo pintoresco?... bueno ; sigamos.

Y á Braga fuí, á la antiquísima Braga, á la Bracara Augusta de los romanos, de la que dicen llegó á tener 275.000 habitantes, sin contar los esclavos. A Braga, que fué corte de los reyes suevos más de siglo y medio, allá por el VI, destruída por Almanzor, reedificada en 1050 por Don García. Los descubrimientos marítimos portugueses del siglo XV llevaron la vida al litoral, y Braga, la capital del Miño, entró en la decadencia en que hoy vive.

Todas estas noticias pueden verse, es claro, en cualquier diccionario enciclopédico ; pero yo las tomo de la *Guía do viajante en Braga*, de Azevedo Cotinho, librito ligero y despretencioso con que el autor quiso darnos *um cicerone succinto nas informações, para nao provocar ó aborrecimento ao viajante con impertinencias massudas*, es decir, latosas. ¿Conseguiré yo no

aburrir á mis lectores con impertinencias *massudas*—linda palabra—también?

Y allá fui, atravesando tierras de esa mimosa provincia del Miño. Verdura por todas partes; las vides enlazadas á los chopos entre maizales, más allá suaves lomas cubiertas de pinos, y á lo lejos las colinas expirando entre niebla. Tierra de verdura y de niebla, tierra sin huesos.

Iba por el camino leyendo en *A Voz Pública* la recepción que el público hizo al orador Dr. Antonio José d'Almeida en cierta reunión. Veré si logro traducirlo. «Al ardiente crepitar de las palmas jústase triunfal clamor de ovación. Vibran las voces en gritos en que estremecen fiebres de entusiasmo. En un dominador impulso, como si una corriente eléctrica galvanizase á la asistencia entera, toda ella se yergue de pie, hombres y señoras, mandándole la tempestad amorosa y viva del aplauso que estalla en las palmas, que grita en las bocas, sube como lava de volcán de las entrañas del propio ser, de los fundamentos de la personalidad.» Apenas lo he traducido. Y os hago gracia de cuando el orador abre *las compuertas de la palabra sonora y grande* que brota admirable y rutilante *de la boca de oro del tribuno*.

Ya estoy en Braga. La entrada por el arco de la Puerta Nueva me hace esperar otra cosa. Y me encuentro con que la antigua Bracara Augusta de los romanos, completamente modernizada, carece de carácter. Es una ciudad agradable y trivial. Lo que no es trivial, rara vez agrada á primera vista.

Sus largas calles, sus plazas, sus *rocíos*, sus casas con azulejos; una de tantas ciudades de

provincia. No, no tiene ese aire solemne y señorial de las viejas é incomparables ciudades castellanas, las de más carácter de la Península toda. Si os gusta lo agradable, lo mimoso, lo alegre, visitad esto, Andalucía, Galicia; pero si alguna vez os abrió los ojos la poesía de los siglos, id á Toledo, á Avila, á Segovia, á Salamanca, á Zamora, á las pequeñas ciudades y villas castellanas y leonesas, revestidas de la austera nobleza de sus piedras seculares. Cierto es que no son para el gusto de los especieros enriquecidos; mas esto mismo las realza.

¿Y qué hay que visitar en Braga? La catedral desde luego, la del arzobispo primado de las Españas. Dicen algunos historiadores que la catedral bracarense fué en su origen dedicada á la diosa Isis y mandada edificar nada menos que por Osiris, rey de Egipto; pero es tradición constante que la fundó el apóstol Santiago, aún en vida de la Virgen, á la que la dedicó. Pero de esta primitiva sede, dedicada á Isis por Osiris ó á la Virgen por Santiago, no queda ni rastro. La actual diz que se empezó á mediados del siglo XI. Sufrió varias reedificaciones, y lo que hoy se ve es casi todo del siglo XVIII portugués, es decir, lamentable.

«Pervirtiósese por tal arte el gusto entre nosotros desde mediados del siglo pasado especialmente—escribía en 1843 Almeida Garrett—; los estragos del terremoto grande quebraron de tal modo el hilo de todas las tradiciones de la arquitectura nacional, que en Europa, en el mundo tal vez, no se halle un país donde, al par de tan bellos monumentos antiguos como los nuestros, se encuentren tan villanas, tan ridículas y absurdas construcciones

públicas como casi todas las que desde hace un siglo se hacen en Portugal. En los reparos y reconstrucciones de los templos antiguos es donde este pésimo estilo, esta ausencia de todo estilo, de todo arte, más ofende y escandaliza.

No se puede caer más bajo en arquitectura de lo que caímos después que el marqués de Pombal nos *tradujo* en vulgar y arrastrada prosa los *rococos* de Luis XV...»

Y esto es hoy más verdad aún que cuando hace sesenta y cinco años lo escribió el famoso vizconde. En esta mezquina catedral de Braga quedan aún, al exterior, tales ó cuales restos del siglo XVI para allá, algunas portadas, estropeadas rejas, reliquias de lo que fué. Pero la fábrica actual es de la más perfecta insignificancia, la nave de un decorado de salón de baile. No falta, por supuesto, la consabida talla por la cual dan los consabidos ingleses la también consabida compensación en oro. ¡Y aquel oro! ¡Y aquellos órganos!

En un rincón de la catedral, retirado modestamente, el sepulcro en cobre dorado del infante D. Alfonso, hijo del rey Don Juan I, fallecido en Braga—el infante—á los diez años de edad, sepulcro hecho en Flandes. Ese Don Juan I, el maestre de Aviz, fué célebre sobre todo por sus hijos—uno de los más hermosos libros de Oliveira Martins, según Menéndez Pelayo, el mejor de los suyos, es *Os filhos de Don Joao I*—D. Duarte, D. Fernando, el mártir de Ceuta; D. Pedro, el que corrió las siete partidas del mundo; D. Enrique el navegante. Y este pobre D. Alfonso, muerto á sus diez años, ¿qué hizo para merecer esta sepultura? Nacer hijo de rey. Hizo más, y fué no hacer

nada de malo ; su memoria está limpia de toda mancha.

En esta capilla adjunta á la catedral, en un sepulcro—todo son aquí sepulcros—de una trivialidad evidente yace «el arzobispo D. Gonzalo Pereira, abuelo del condestable de Portugal D. Nuño Pereira, del cual procede el emperador Carlos V y en todos los reinos de cristianos de Europa ó los reyes ó reinas de ellos ó amos, etc.» Así reza la inscripción—en portugués, por supuesto—con el etcétera. Y este etcétera debe de ser la punta del misterio. Después de haber dado al mundo ese nieto del cual proceden todos los reyes ó reinas de los reinos de Europa, ¿qué significa el misterioso etcétera? ¿Quiere realmente decir *et caetera*, ó quiere decir lo que cuando un escritor lo pone á seguido de sus títulos todos?

En la iglesia de la Misericordia, junto á la catedral, una lamentable talla representando la multiplicación de los panes. En estos días ha ido un diputado de la nación á Salamanca á comprar dos millones de kilos de centeno para conjurar el hambre. La iglesia de la Santa Cruz llena de dorados barrocos, todo en curvas. Esta gente portuguesa gusta mucho de la línea curva. San Juan del Soto es una nota pintoresca, con sus trechos de verdura cubriendo la piedra. Al verme tomar notas junto á él, un joven que estará harto de verlo se detiene á mirarlo un momento. ¡Estos extranjeros!...

Aquel torreón que se ve allí alzarse solitario, es lo que más venerable aspecto presenta. Es el resto del castillo de la ciudad, mandado construir por el rey Don Dioniz para servir de atalaya. Hoy es la cárcel pública y lo están

demoliendo, pero mientras hacen otra. Sudarios de verdura cubren á trechos las ruinas. Tras de una doble reja, unas pobres mujeres trabajan algo y charlan con los soldados de la guardia. Desde unas rejas más altas, unos desgraciados agitan unas bolsitas colgadas de un cordel y piden limosna quejumbrosamente, mientras el centinela se pasea ante las bolsitas con su fusil sobre el hombro izquierdo. Siento herida mi dignidad humana, y en vez de echar una moneda en alguna de aquellas bolsas apresuro el paso para no oír la quejumbrosa melopea.

Se les priva á los desgraciados de las más caras libertades, pero no la de pedir limosna. Hasta presos siguen siendo mendigos para que así se les endulce algo la vida. Esto es algo tan terriblemente sintomático, que no quiero comentarlo más; podría parecer que me ensañaba.

Me detengo un momento en la calle de los Vizcaínos—rua dos Biscainhos—y pienso: ¿si supieran estos pobres vecinos que está aquí un vizcaíno auténtico! ¿Qué querrá decir tal nombre para ellos? Es una calle curva; á un lado parrales tras una tapia.

Visito unas iglesias más, todas iguales y todas insignificantes, subo las setenta y dos escaleras de Nuestra Señora de Guadalupe, á gozar de una espléndida vista de verdura, y luego á callejear, á *flanear*, como decimos con un galicismo que expresa algo muy castizo español.

¡Qué encanto este de recorrer á la ventura calles por una ciudad que no se conoce! Perderse y volver al mismo sitio, descubrir que

este callejón lleva á aquella plazuela que ya vimos, satisfacer así á poca costa el instinto del descubridor de nuevas tierras. (Estamos en Portugal.) Con frecuencia el loro: Brasil fué de Portugal, y hoy Portugal es casi del Brasil.

Yo no sé en qué consiste; pero, en esta tierra portuguesa, casi todos aquellos con quienes cruzo me parecen antiguos conocidos: tienen caras que he visto en alguna otra parte, caras plácidas, sonrientes. Los mendigos me parecen también conocidos viejos.

Paso por un mercado cuyos puestos se extienden bajo unos sombreros morales, y me detengo á preguntar á un hombre cómo se llaman aquellos árboles: *mourangueiras*, me responde, y se quedará pensando: ¡estos señoritos...! Los yugos de las parejas de bueyes que voy encontrando son más erguidos, más ligeros, más elegantes que los del Aveiro. Una colección de tales yugos será, sin duda, interesantísima. Gracias que Dios me dió muchos hijos y no sobra de rentas, que si no doy en coleccionista de cualquier cosa.

Del arte popular decorativo de Portugal, lo que aún queda es la ornamentación de los yugos, y si alguien ve en esta observación intenciones de simbolismo, le diré que todo es simbólico.

Cruzan muchachos con un mazo de libros bajo el brazo, más aún que en España, ¡pobrecillos! Gramática francesa, gramática inglesa, gramática alemana... ¡pretensiones! Y cruzan muchachas.

Una de las cosas que hay que ver en una ciudad son las muchachas, sin duda alguna. Y

las *raparigas* del Miño tienen que ver, digan lo que quieran los españoles de las portuguesas. Porque es frecuente oír en España que los portugueses son buenos tipos, pero las portuguesas no. Sin embargo, no opinaba así lord Byron, y voto con lord Byron. Tiene la portuguesa algo que sólo se expresa con una palabra portuguesa también, y es *meiguice*, blandura, una especial dejadez, algo á las veces de agitanado. Hay en ella algo de oriental, y no pocas veces se transparenta sangre no europea. No es la rígida majeza de la española. Y he de confesar que nada me es más antipático que el tipo de una de esas chulas provocativas que van barriendo las miradas de los hombres por las calles de Madrid. Si no llevan navaja en la liga, merecen llevarla. La moza de rompe y rasga me rompe y me rasga el gusto. Esta mujer portuguesa, en cambio, parece nacida para la caricia y para el rendimiento. Me explico la lírica erótico-patética de este pueblo.

¿Y qué va á hacer uno en estas calles? ¿Seguir á una muchacha bonita cualquiera? Los portugueses—hace decir Juan Chagas á una periodista fancesa—*sont très suiveurs*. Y los españoles también. Lo son más por ociosidad que por otra cosa. Cuando no se tiene que hacer, ¿qué más da ir por un lado que por otro? Y ya de navegar á la ventura, sin rumbo, ¿no es mejor navegar teniendo por estrella del Norte las estrellas gemelas de unos ojos vivos?

Me detengo en una fotografía. ¡Qué interesantes estos muestrarios! Aquí está la pareja de novios con ojos asustados y con sus trapiños de cristianar; aquí la muchacha que hizo

su primera comunión; aquí la joven romántica á espera de un novio—tal vez alguno se enamora por el retrato—; aquí D. Juan Tenorio, conquistando en efigie; aquí el grupo de la familia numerosa, haciendo ostentación de prolicidad y retando á los malthusianos; aquí la señorita disfrazada de campesina; aquí el canónigo de gala, con un crucifijo y un libro sobre una mesa, entre otros adornos de carácter... Esto es un mundo.

Por esta calle abundan las tiendas en que se venden paramentos para iglesias, estampas, medallas, etc. Un viajero de juicio rápido concluiría de este y otros detalles que estaba en una ciudad levítica. Es lo que dice un borracho á una vieja, que esta Braga es la ciudad de las beatas. Y luego no he visto en los comercios las consabidas postales con los retratos de los prohombres republicanos—Alfonso Costa, Bernardino Machado, Antonio José d'Almeida, Juan Chagas, Guerra Junqueiro—ni el del regicida Buiça, y he visto retratos del difunto rey, el asesinado, del rey actual, del Papa, de Juan Franco. En una tienda dos magníficos retratos, con grandes marcos, del ex dictador. Estoy convencido, por supuesto, de que antes de una docena de años se restablece, en gran parte al menos, la buena fama de Franco en este pueblo extremoso y apasionado.

Me paro á ver arracadas en las platerías ó *ourivesarias*. ¿Por qué habremos dado en decir *orfebre* y *orfebrería*, cuando tenemos *orive*, que en algunas partes de España se usa? Pero algo noto que falta en estas calles de Braga, tal como yo me había imaginado á la ciudad arzobispal. ¿Qué es ello? Ahí, sí, fal-

tan frailes. «Desde el punto de vista artístico, el fraile hace mucha falta», escribía en 1843 Almeida Garrett, añadiendo: *nas cidades, aquellas figuras graves e serias com os seus hábitos talares, quasi todo pictoresco e algunos elegantes, atravessando as multidões de macacos e bonecas de casaquinha esguia e chapelinho de alcatruz que distinguem á peralvilha raça europea—cortavam a monotonia do ridiculo e davam physonomia a população.* Recordando esto, pienso que es acaso la expulsión de los frailes de Portugal lo que ha acabado, juntamente con los *brazileiros*, de descaracterizar á Braga. Porque Braga debió de tener en un tiempo carácter.

Voy á dar al paseo, lindo paseo, un paseo provinciano de esos en que hacen conocimiento los novios. Al cabo de él se levanta en raquítica y mezquina estatua la figura de Don Pedro V, el Hamlet portugués, aquel *saudoso* monarca que pasó dejando un rastro de melancólica poesía.

¿Quién será aquel filósofo sentado allí al pie de aquel tilo? ¿Me pondré al habla con él? No, no sea que me estafe; quiero decir, no sea que me resulte, no un filósofo, sino un simple holgazán. Pero, ¿es que los filósofos son algo más que unos holgazanes? Los portugueses no son, según confesión propia, filósofos, es decir, metafísicos, lo cual no quiere decir, claro está, que no sean holgazanes. Y, ¿quién será aquella señora joven, rubia, la del sombrerito de la cinta azul? ¿Por qué tan sola? ¿En qué piensa tan melancólicamente? Cuando una señora joven está sola en un paseo, si no tiene aire melancólico es algo peor.

¿Y aquel señor anciano, de aspecto patriarcal, el de la sotabarba blanca y el sombrero de paja negro—no de paja negra, por supuesto—, que parece un marino retirado? Ahora se levanta, adelantándose á aquellas dos señoras, la vieja y la joven; se descubre, y con un noble gesto les ofrece asiento, como si estuviera en su casa, en un larguísimo banco donde cabe una compañía de soldados.

Y ellos, á su vez, serán á decirse: ¿quién será ese señor de las grandes gafas y el chaleco cerrado, con facha de extranjero en todas partes, que toma notas en un cuadernito? ¿Qué apuntará? Lo que menos sospechan, de seguro, es que hago cuentas del coste de la expedición. Además, nos ven tomar notas sin figurarse que viajamos *para* contar lo que vemos, y no lo contamos porque lo hemos visto. ¿Viajar por placer? No, no se viaja por placer. Se viaja para decir que se ha estado acá ó allá, ó para huir de cada sitio en que se está; el monomaniaco de los viajes lo es por topofobia, huye de todas partes. El viajar no es natural. Los niños no pasean yendo á un lugar determinado, sino que juegan corriendo en derredor de un punto. El obligarles á hacer una legua les cansa más que dejarles correr cosa de tres leguas en un jardín. Y los mayores necesitan de la caza—aquí del atavismo—para recorrer el campo.

Es el anochecer, y en estas ciudades provincianas, al que se encuentra solo á la caída de la tarde, la melancolía le agarra. Me voy hacia casa, es decir, hacia el hotel. Desde el hotel de mi cuarto de dos días veo media luna, las torres—que parecen torres de torneado de eba-

nistería—sobre el cielo agonizante, el torreón cuadrado de la cárcel, la apuntada copa de ese hermoso abeto y las torres gemelas, como coronas reales, de la catedral. Es lo mejor que tiene ésta, visto así, á distancia y á la caída de la tarde. Pero me voy entristeciendo. Solo, en ciudad extraña, sin conocer á nadie, sin recuerdos que me ligen á lo que veo, á estas horas del desfallecimiento de la naturaleza, el ala aquilina de la Esfinge me trae á que me roce el corazón el eterno cantar del anonadamiento. Y luego este Miño verde, mimoso y riente que encuentran otros tan alegre, me parece triste, hondamente triste, triste como la caricia de una esclava.

Al amanecer del otro día me asomé al balcón cuando la ciudad iba emergiendo de la niebla, repicaban las campanas y gorjeaban los pájaros en el paseo. Levantó algo la niebla y me encontré con el cielo mismo de mi tierra vasca, un cielo bajo, humilde, humano.

Este día subí al Bom Jesus do Monte, pero esto ya os lo contaré aparte.

Y luego de haber bajado del Monte me eché sobre la cama á leer *La loca del Candal* (*A doida do Candal*), del portuguesísimo novelista Camilo Castello Branco. ¡Y cómo me hizo presa en el interés la tal novela!

Al salir me detuve á leer un anuncio de *Os mysterios da Parreirinha*, novela de actualidad que Pedro Reinal empezó á publicar en el folletín de *O Paiz*, desde el primero de este mes de Agosto. El anuncio termina así: *um mar de lodo! um mar de pús! um mar de lama!* (fango), *um mar de sangue!*

Tan mal efecto me hizo ver bajar á los sir-

vientes del hotel cuando iba á marcharme y pedí la cuenta, que no les dí propina alguna. ¿Que hice mal? Peor hice en no dársela á los presos, á los de la bolsita. Pero si va uno á dar aquí limosna á todos los que expresa ó tácitamente se la piden... Quedarían pensando: ¡roñoso español!

Llegué á la estación con cerca de cuarenta minutos de anticipo. Es que el *flanear* cansa, es que el estar tantas horas en una ciudad donde á nadie se conoce...

En el tren seguí leyendo á Camilo, mientras el coche corría por tierras del Miño. Llegué á Oporto, á la estación de Campanhá, y mientras esperaba al tren que había de traerme á Espinho, allí, en un rincón, bajo una mala luz, devoraba las páginas de *La expósita (A engeitada)*. ¡Este Camilo!...

Cuando pasen unos años me quedará de Braga una neblinosa memoria, la de una ciudad agradable, espaciosa, ceñida de verdura, con templos vulgarísimos, con calles banales, con bonitas muchachas y donde devoré novela y media de Camilo.

Ahora me queda contaros del Buen Jesús del Monte, que es la razón de ser de Braga para el turista.

Espinho, Agosto de 1908.

O BOM JESUS DO MONTE

Quedábamos en que os hablaría del Buen Jesús del Monte, de Braga, que es la atracción de esta ciudad, lo que lleva á ella los turistas. Otra vez va á servirnos de cicerone nuestro ya amigo Azevedo Coutinho con su librito *Guia do viajante em Braga*. Nos basta éste sin tener que acudir al libro que el mismo autor dedicó en especial al Buen Jesús del Monte. Estamos aún muy tiernos para habérmolas con especialismos. Contentémonos con datos enciclopédicos, pues que llevamos prisa. El mundo es grande y la jornada chica.

De Braga al Buen Jesús—tres kilómetros—se va en un tranvía de vapor que no ahorra el humo, y luego se sube en un funicular ó elevador que podrá tener unos doscientos metros. Su mérito consiste en que fué el primer elevador que se construyó en la Península, *merce do arrojo e genio emprehendedor do sor. Manuel Joaquin Gomes, que deixou o seu nome ligado á este importante melhoramento, inaugurado festivamente as 11 horas de manhã do dia 25 de março de 1882*. Son palabras textuales de nuestro Azevedo Coutinho.

En dos minutos, merced á la obra genial y arrojada del señor Manuel Joaquín Gomes, llegamos á la vasta explanada en que se asienta el santuario del Buen Jesús de Braga. Está rodeado de hoteles, y el santuario mismo es en más de un respecto otro hotel más. Los hoteles de Braga tienen en el Monte sucursales mejores acaso que las matrices. Y allí tiendas de objetos... lo que es de suponer.

El santuario se comenzó en 1784, siendo concluído en 1811. Desde el pie de la escalinata, de que hablaré luego, ofrece un cierto aspecto teatral no desprovisto de efecto; pero por dentro es de la característica trivialidad de casi todos los templos portugueses: de pastaflora. Está rodeado de estatuas, una de Longuinhos, *hecha de una sola piedra*, y que ha merecido figurar en postales. Es un ex voto.

Allí, en la explanada, me encontré con un español de gorrita y pantalones blancos, que era una delicia. Lamentábase de las horas que para sus comidas han establecido los portugueses, y se lamentaba también de que hablen en su endiablada y *pobre* lengua—él no la conoce; ¡cuánto mejor hablar en castellano! Decididamente tenemos que conquistarlos para enseñarles á comer y hablar. Mayormente cuanto que el haberse separado de España fué una picardía, según el español de la gorrita y los pantalones blancos.

En derredor del santuario y de los hoteles, un jardín, no un bosque. Oigamos á nuestro buen Azevedo Coutinho: *Aquella exuberancia de vegetação; aquelles verdes a mesclarem-se n'um conjuncto harmonioso; a agua limpida crystalina, á jorrar abundantemente nas casca-*

tas; a Arte e a Natureza em fim, reunidas, formam aquella deliciosa estancia tao cheia de pittoresco para os «villegiateurs», como de recordações religiosas para os dèvotos. No sabría yo describirlo más adecuadamente.

Allí sus cascadas, su gruta con las estalactitas y estalagmitas artísticamente colocadas como los cabellos de una doncella en la cabeza calva de una señora de edad; allí el estanque con su puente rústico y sus botecitos; allí el kiosco, rústico también; allí... ¿Para qué más? Realmente, se encontró allí el hombre con una vegetación exuberante y la alindó y domesticó. Hay avenidas asombrosas de variedad de árboles—robles, australianas, eucaliptos, alcornoques, etc.—, y entre ellas glorietas con bancos y mesas de piedra. Una cosa para encantar á los honrados comerciantes portugueses que van allá á pasar el domingo, á los brasileños y hasta á los ingleses. Que por cierto no faltaban la tarde que pasé yo allí.

Tuve la debilidad, dos días después, de expresarme en este mismo tono respecto al Buen Jesús, delante de una portuguesa. ¡Nunca lo hubiera hecho! Con una mujer hay que procurar discutir lo menos posible, y si es de estética, nada, absolutamente nada.

¡Qué difícil de educar es el sentimiento de la naturaleza! Hay que convenir, por otra parte, que el Buen Jesús es bonito—lo bonito es enemigo de lo hermoso—y es, sobre todo, cómodo. Los honrados burgueses, á los que les sube allá el genial y arrojado elevador, no van á subir por su pie, ó montados en un caballo, á lo alto de la sierra de la Estrella ó al Marão. Yo recordaba una ascensión al Marão desde

Amarante, y recordaba á Gredos, y recordaba, sobre todo, aquella austera, noble, huesuda y solemne Castilla, que es todo menos un jardín.

Jardín, sí, jardín. No está mal aquello de *jardim da Europa á beira*—mar plantado.

Y no es que todo Portugal sea jardín, no. Queda en él todavía mucho del bosque bravío, quedan descarnadas peñas, quedan sierras bravías, sobre todo hacia la parte de España. Pero no es eso lo que buscan los que hablan de la lindeza de este suelo mimoso. Aquí, en el Buen Jesús, se administra discretamente algo de naturaleza á los burgueses, pero sin exageración.

Y recordé la Arrabida, el valle del Sur *saudoso e bello* que cantó Herculano el fuerte, y aquello de

*caveira da montanha, ossada immensa
é tua campa o céu: sepulchro o valle
um día te será.*

Sí, eso echaba allí de menos, calaveras de montañas, osaturas inmensas, cuyo cementerio es el cielo. Echaba allí de menos

*essas penhas, que, lá no alto das serras,
nuas, crestadas, solitarias dormem,
parecem imitar da sepultura
o aspecto melancholico e o repouso.*

¿Pero vamos á cortar así la digestión de los buenos burgueses portuenses recordándoles el reposo de la tumba? No, el Bom Jesus es un paisaje dominguero, de vacaciones. Pero volvamos los ojos á la Arrabida y digamos con Herculano:

*qual pomposo jardim de veme illustre,
chamado rei, ou nobre ha de contigo
compararse, oh deserto? Aquí não cresce
em vaso de alabastro á flor captiva,
ou arvore educada por mão de homem,
que lhe diga—«es escrava» e erga um ferro
e lhe decepe os troncos. Como é livre
a vaga do oceano, é livre no ermo
a bonina rasteira ou freixo altivo!
Não lhes diz—nasce aquí, ou lá nao crecas
humana voz.*

Ahora falta saber lo que respondería el gusano ilustre llamado rey ó noble, ó rico comerciante, que busca naturaleza con hoteles, naturaleza domesticada y enjaulada.

Del Bom Jesus subí al Sameiro por el atajo. Cuando me encontré en lo alto, fuera de las sombrosas avenidas, entre robles bravíos que se alzaban espaciados en un suelo de helecho, argoma y brezo, y acá y allá algunos berruecos, respiró mi corazón. Creí encontrarme en la cima de alguna de las montañas de mi tierra vasca, adonde no han llegado aún los hoteles ni los funiculares.

El Sameiro tiene delante del santuario que en 1870 se erigió allí á la Inmaculada Concepción una buena campa. Pero campa en castellano, no en portugués: en portugués significa cementerio. ¡Buena campa para una romería!

En derredor del santuario—que nada tiene de particular—andaban, con sus maletitas en las manos, unas monjitas muy lindas y muy elegantes, con unos trajes como de jardín de ópera, zapatitos blancos y medias negras. Y si, según Almeida Garrett, el efecto de los frailes

era en el campo mayor que en las ciudades, pues caracterizaban el paisaje y poetizaban la situación más prosaica de monte ó de valle, vi claro que aquellas monjitas allí, en la cima del Sameiro, al pie de la estatua de la Concepción, parecían puestas adrede. ¿Andaría en ello la mano de la Compañía? ¿Serían empleadas de los hoteles?

Dentro del santuario vi unos campesinos con sus largos bastones y un manojo de cohetes. Al salir de orar fuéronse á la campa y dispararon al cielo media docena de cohetes; eran de promesa. Y esto de prometer á la Virgen media docena de cohetes en su honor, es algo eminentemente portugués. Le es difícil á un español—no siendo, acaso, un gallego—imaginarse el grado de perfección á que aquí llega el arte pirotécnico. Eso de los fuegos artificiales es cosa elevada aquí, en Portugal, á la dignidad de una de las bellas artes. En ella y en la decoración de los yugos parece haberse refugiado la inventiva artística portuguesa. Si bien es cierto que hace poco tuvieron un pirotécnico trágico que tiró á romper el yugo.

Me aparté del santuario y allá, en una altura, descubriendo á un lado todo el valle de Braga y del otro peladas y bravías cimas, encontréme entre vacas, ovejas y dos pastorcillos. ¿Los habrían puesto allí los dueños de los hoteles? ¿Serían empleados de la Compañía? Recordé la Suiza de Tartarín.

Bajé del Sameiro al Bom Jesus por el camino, bordeado de australias, y no por el atajo. Se va gozando la vista de Braga, espectáculo realmente humano.

Y ahora tengo que hablaros de los ex votos,

de las ofrendas. Los hay en el Bom Jesus, los hay en el Sameiro.

Esto de los ex votos me atrajo siempre, y santuario adonde llegue y los haya, me detengo en pasarles revista. Son la forma más ingenua de la piedad popular. En mi vida olvidaré el efecto que me produjo entrar en Nuestra Señora de las Víctorias, de París, á los pocos días de haber visitado la iglesia de Araceli, en Roma. En ésta, ingenuos ex votos, piernas y manos de cera, muletas, trenzas de pelo, cuadritos trazados por tosca é inexperta mano; en el templo de París, cubiertos los muros de inscripciones, en paralelogramos iguales todas, á modo de epitafios de un cementerio. Es la piedad reglamentada y geometrizada, por libro mayor y libro de caja; es algo que deja fría el alma. Y recuerdo que de vuelta al hotel, me desahugué en mi cuaderno de viaje.

Aquí en el Bom Jesus y en el Sameiro me puse á recorrer los ex votos. Están en el lugar en que se venden objetos sagrados, cera, libritos de devoción, sermones, etc. Son los consabidos cuadritos al óleo con el enfermo en la cama y la aparición del Cristo ó de la Virgen; son las también consabidas fotografías, apagadas ya por los años. Allí están los cirios de ofrenda y entre ellos uno enorme, que me dicen pesó 105 kilos. ¡ Cuántas abejas para haber cosechado toda esa cera! ¡ Y cuántas flores! *Sic vos non vobis mellificatis, apes...* (Esta observación de cuántas abejas habrán sido menester para fabricar tanta cera, no anda lejos de aquella otra de los que á la vista del mar exclaman: ¡ cuánta agua!)

Pero, entre tantos ex votos, hay dos que por

distintos conceptos llamaron mi atención: uno en el Bom Jesus; otro en el Sameiro.

El del Bom Jesus es un cuadrito con una flor y unas hojas ajadas y un cartelito que reza así: *Em 14 de março de 1874 retirei do Sur. Bom Jesus do Monte uma camelia com a promessa de lh'a restituir, caso elle permittisse que eu coltasse um dia a esta terra, de minha volta do Brazil. E como elle o permittiu, n'esta dacta (sic) l'ha devolto como prova de fe é religiao, Braga, junho de 1895. Maria Emilia Santos Major.* Y allí está ajada la camelia que guardó durante veintiún años en el Brasil la pobre expatriada.

¿Puede haber en punto á ex votos nada más delicado, nada más poético? Aquella camelia representó durante veintiún años para la pobre emigrante portuguesa los recuerdos de la infancia, fué la perpetua *saudade* de la patria: Portugal, el Miño, Braga. ¡Quién sabe de cuántas malas tentaciones pudo librarle la marchita camelia!... Y la patria estuvo representada para ella—al fin era mujer, y mujer portuguesa—en una flor, y no en un trapo, aunque éste no se aja tan pronto como aquélla, y en una flor cogida al pie de un santuario del Buen Jesus. La religión y la naturaleza habíanla santificado.

He visto á algunos extranjeros—últimamente á un sueco—que viviendo en país extraño tienen en su cuarto de estudio ó de trabajo una pequeña banderita de su patria, sobre la mesa de labor. Esto se lo han enseñado en la escuela; pero á María Emilia Santos Major, ¿quién sino el corazón le enseñó á llevarse fuera de la patria la camelia portuguesa? Y está bien, está

muy bien este Portugal, este jardín de Europa verá al mar plantado, representado por una flor, por una camelia. Camelia hoy Lien ajada, tristemente. Con su acostumbrado acierto, Carducci, en el hermosísimo canto que dedicó á la muerte de Carlos Alberto, el *italo amleto*, que acabó en Oporto sus días, nos habla de la villa del Douro, junto al «fresco río de camelias».

Dejemos ya, aunque con *saudade*, la ajada camelia de María Emilia Santos Major, y vamos al otro ex voto que llamó mi atención.

Este es en el Sameiro, y consiste en un cartel, pero sin flor alguna, ajada ó sin ajar. Es Antonio José da Silva, devoto de Nuestra Señora del Sameiro y morador en la calle del Conselheiro Eduardo Villaça, núm. 85, el cual nos dice—aquí extracto su relación—que soltaba extraños gritos de noche, estaba tullido de la pierna y el brazo derechos á temporadas y que en cielo sereno y limpio anunciaba *con precisión matemática* una mudanza de tiempo, y principalmente la tormenta, *a trovoada*. Esta preciosa facultad se la habían de envidiar muchos, y más ahora en que parece hay tantos que buscan la meteorología por ciencia infusa. ¡Vaya una consideración de que hubiera gozado allá entre los pescadores de la costa de mi tierra vasca este meteorólogo tullido de pierna y brazo derechos!

Aunque es posible que hubiesen indagado si su ciencia infusa, instintiva, procedía de Dios ó del demonio. Al fin y al cabo, el vicario de Zaraúz, meteorológico también de ciencia infusa, es un ministro del Señor. (Eso para que digan por ahí los impíos que la iglesia y la ciencia están reñidas una con otra...) Y he

observado, además, que esta enfermedad de la meteorología es epidémica y contagiosa.

Sigamos con Antonio José da Silva, el cual nos cuenta luego que habiendo ido al Sameiro curó—curó de los gritos, del tullimiento del lado derecho y de la meteorología. Y añade estas líneas que quiero dejar en su original, para mayor solemnidad: *esta é a verdade. Expliquem-la os sabios estas coisas com quizerem, falem em suggestoes e no mais que lhes lembrar. Estao no seu campo, come eu estou no dever de agradecer á Nossa Senhora este singular favor.* ¡Singular buen sentido el de este devoto! No se mete á increpar á los sabios, ni les pone uno de esos epítetos más ó menos infamantes tan del uso de nuestros devotos—impíos, soberbios... malandrines ó follones—, no les insulta, no les compadece, no les desprecia; límitase á decir, con una prudencia y una tolerancia admirables, que están en su campo al querer explicar por la sugestión la cura del tullimiento y la meteorología infusa.

Y termina: *Devo-lhe isto e o faço publico para me mostrar agrededido. Braga, maio de 1907.* Ha aquí un ex voto razonado, digno y propio de principios del siglo XX. Esto se llama dar á la ciencia lo que es de la ciencia—la explicación racional del caso—, y á la fe lo que es de la fe—la gratitud á Nuestra Señora. De este devoto Antonio José da Silva debían aprender cuantos andan buscando ya conflictos, ya armonías entre la razón y la fe, la ciencia y los dogmas religiosos.

En otro respecto este ex voto es tan típico, tan interesante como el de la camelia de María Emilia. El uno representa la delicada poesía,

poesía femenina y de flores, del pueblo portugués; el otro su buen sentido, la moderación de su fe religiosa.

Pero he aquí que me cruza las mientes una sospecha perturbadora, y es si el cartel éste será realmente de Antonio José—acaso no sepa escribir—ó se lo habrá escrito un canónigo de la ilustre catedral bracarense, primada de las Españas; uno de esos canónigos que tan bien nos hubiera presentado Camilo. Y si es así, si en el cartel anda la mano de algún canónigo bracarense, ¿quién nos dice que debajo de esa serena y noble repartición de derechos entre la ciencia y la fe no se esconde veneno volteriano? El lector habrá oído, de seguro, que el clero portugués es muy liberal. Pero no hagamos suposiciones maliciosas, contentándonos con admirar y aplaudir el buen sentido de Antonio José da Silva, el meteorólogo curado. Yo, por supuesto, me quedo con la camelia. Es más poética, y además de mejor buen sentido aún. Y es natural que así sea, pues el supremo buen sentido es la poesía, digan lo que quieran los honrados burgueses que gustan de estanques y grutas de escenario. Y dijo aquel hidalgo portugués que se llamó Almeida Garrett, el de la inmortal—¿por qué no habíamos de decir como los portugueses *inmoridera*, *inmorredoura*?—tragedia *Frei Luiz de Souza*, « los filósofos son mucho más locos que los poetas, y además tontos, lo que aquellos otros no son ». Y los honrados burgueses que suben en elevador á ver la gruta y aledaños tienen más de filósofos que de poetas, créedmelo.

Bajé del Bom Jesús á pie, por las escaleras monumentales, flanqueadas de templetos.

Por todas partes inscripciones con versículos de la Biblia, y el agua que va bajando por una serie de fuentes. Cinco de ellas representan los cinco sentidos corporales, y el agua sale de la boca, de las narices, de los ojos, de los oídos de unas toscas esculturas en relieve figurando personas humanas y con pasajes bíblicos alusivos á cada sentido: cosa de un mal gusto evidente. Lo único algo tolerable es el sentido del tacto, una cruz, sin figura alguna humana, de la que brotan tres chorros de agua de los sitios correspondientes á los clavos de manos y pies, y arriba la leyenda: *ejus fluent aquae vivae*. (Joan. 7, 38.) En otra fuente brotan cinco chorros de las cinco llagas, representadas en un escudo como se las suele representar, como si fuesen cinco racimos de uvas.

Hay que convenir en que esta monumental bajada—y subida—del Buen Jesús del Monte de Braga es, además de amenísima y muy frondosa, instructiva también. Eso de los cinco sentidos entra en la instrucción religiosa, porque ya en el Catecismo de la doctrina cristiana se nos enseñó lo de «ver con los ojos, oír con los oídos, etc.», aunque haya impíos que digan con mefistofélica sorna que no ven tenga eso que ver con la instrucción religiosa del cristiano más que el enseñarle que el olivo da aceitunas y la encina bellotas. Pero veo que me voy contaminando del volterianismo portugués. Qué démonos con la camelia ajada de María Emilia.

Espinho, Agosto de 1908.

GUARDA

Entre los diez y siete lugares de Portugal que merecen ser visitados, según reza en el mapa excursionista que en los vagones de primera de los trenes ha hecho fijar la Sociedad Propaganda de Portugal—cuyo lema es *pro patria omnia*—, no figura Guarda. Pero siempre que había yo pasado por la línea de Beira, ya al ir, ya al volver, habíanseme ido los ojos tras de aquella ciudad que allá en lo alto, sobre la montaña, levantaba sus torres contra el cielo. El que la Sociedad ésa no nos la recomiende era razón de más para que me escociera el visitarla. Y allá fuí, de vuelta de Lisboa, á quedarme un día.

¿Guarda, Guarda, de qué? Oigámosle á Tomás Ribeiro, en su lamentable *Don Jaime*. Dice: «No cimo de monte inhóspito—junto da nevada *Estrella*—, se ergue uma cidade e n'ella—que vamos, leitor, entrar.—E *fría*, ventosa é húmida—*feia*, denegrída e forte—que o reino, contra a má sorte—era obrigada á *guardar*—. Por isso é guarda ó seu nome—pois sempre voltada á Hespanha—, de pé na sua montanha—á espía no seu lidar—. E hoje, ro-

tos os muros— veterano sem guarita—, ja sem farda e sem marmita—mas sempre firme a guardar!»

Y allí pasé un día, todo un mortal día, en esa Guarda fría, ventosa, húmeda, fea, denegrida y fuerte, que vigila España. Tiene razón la Sociedad Propaganda de Portugal.

Pero cuando se llega á un sitio hay que sacarle el jugo, sobre todo nosotros los forzados del cálamó. Es cosa terrible esto de ver algo para escribir de ello más bien que escribir porque se ha visto. Pero el oficio... y, una vez allí, no iba á perder el viaje.

A ratos tuve momentos de desfallecimiento y llegué á decirme: ¡si tuviera aquí un amigo!... pero rechacé al punto la tentación. Viajar en compañía no es viajar, pues quita al viaje su más íntimo encanto: la soledad. ¡No conocer á nadie! ¡No ser conocido!

Y allá me fuí, en aquella destemplada tarde otoñiza, á vagar por las calles de Guarda. Pronto las recorrí casi todas, pues es una pequeña ciudad, de unos 6.000 habitantes. A trechos, los canónigos, embozados en sus mantos negros, con sus bonetes, engullidos por las negras puertas de aquellas viejas casuchas; luego, estudiantes del Liceo, rapazuelos de once años, en pelo, con sus levitas y sus remendados manteos negros, imitando á los de Coimbra. Me paro en el escaparate de una tienda de todos géneros donde también se venden libros; entre el *Bobo* de Herculano y una traducción de *La Feria de las Vanidades* de Thackeray, la *Historia de un beso* de Pérez Escrich. Parece mentira la popularidad de que este novelista, olvidado ya en España, goza en Portu-

gal. Es, sin duda, porque les hace llorar, y Portugal tiene sed de lágrimas.

Voy á ver la puesta del sol ; un incendio volcánico entre montañas de ceniza. Y luego me envuelve la melancolía otoñal de una villa desconocida. Pensando en cosas melancólicas voy á comer, que es una brutalidad fisiológica independiente del alma, según Camilo.

Por fortuna, los últimos días de Noviembre son muy cortos y pude acostarme á las siete, con una novela de Camilo á la cabecera de la cama. No sin antes dar un paseo por la villa y pararme ante la imagen del rincón del arco para pensar: ¡de qué tragedias calladas habrás sido mudo confidente!

Y luego, ¡qué encanto el que le despierte á uno el sol en un silencio puesto de relieve por lejanos y apagados toques de corneta militar, por campanadas de la iglesia próxima! Incorporarse y leer otra vez Camilo. Leer Camilo es viajar por Portugal, pero por el Portugal de las almas.

Salí á ver la Catedral, por fuera más de ver que por dentro. Tiene, sin embargo, su adusto carácter de fortaleza, y desde la terraza un hermoso panorama. Todo el anfiteatro de montañas de la sierra de la Estrella, y al otro lado tierras de España.

Uno de mis desencantos fueron las farmacias. Son nuevas, modernas, hasta elegantes. Yo soñaba con ver la vieja botica del padre de Tomasa, la heroína de *O filho natural*, de Camilo, que acabo de leer, y en esa botica el tierro practicante enamorado.

¡Estos personajes camilescos!... Los llevo tan grabados como los de Dickens; sólo que

éstos están pintados á la flamenca, botón por botón y pelo á pelo, y los otros á cuatro brochazos; pero en vida no les ceden.

Fuí á ver el Liceo, un Liceo nacional donde se cursan los cinco primeros cursos, con unos 150 alumnos. Cosa deplorable, pobrísima, de la que lo mejor es no hablar.

¡Qué material de física y de historia natural! En una mezquina conserjería, junto á un brasero, estuve esperando un rato. Entraron unas muchachitas; luego un rapaz como de unos catorce años, con su manteo, y bajo el brazo un fajo de tomitos de la *Bibliothèque Nationale*, de esos que se venden á 25 céntimos de franco tomo. Le vi *Le Sage*, *Mirabeau*, *Rousseau*... Se puso á hablar con las muchachas y hablaban de lindas poesías.

El portero me dijo que «os quintanistas falam muito bem ja o francez». Mejor que francés hablarán amor... Al salir del Liceo dejé mi tarjeta.

En esas pequeñas ciudades no hay nada como el diario local, sobre todo si es de combate. Y *O Combate* se llama uno de los de Guarda: un diario republicano cuyo lema es: *Pela Justiça, pela Verdade, pela Equidade.*»

Lo tomé con ansia, dispuesto á exprimirle el jugo. Y en verdad que era jugoso el número con que acerté á topar. Veámoslo:

Comentaba la frase del rey: «Eu mesmo trabalho» (yo también trabajo), y decía: «A razão de un conto de reis por día vale la pena.» (Un conto de reis son 5.000 francos.) Copiaba luego de un colega de Oporto, que entre los manifestantes monárquicos de esta ciudad, con motivo de la visita del rey á ella, se distinguió

un cura «reconocidamente jesuíta». Esto del jesuitismo es uno de los dos cocos de Portugal; en dondequiera sueñan con jesuítas. Y sigue *O Combate* con otros amenos comentarios antimonárquicos y con juegos de palabras, como el de que una caja de fósforos cuesta *dez reisinhos* (diez reyecitos).

Había un suelto delicioso en que, á propósito de no sé qué «casos oficiales de atrocidades inauditas» en Guatemala, decía que «parece corre aún en aquel pueblo toda la sangre hedionda de los inquisidores españoles de los siglos pasados y presentes», y para justificar esto de presentes recordaba lo de Alcalá del Valle, que fué leyenda de esas que hincha el anarquismo internacional. El español es el otro coco. Y luego venía un trozo de prosa henchida de retórica republicana, recordando á Nerón, á Calígula, á Torquemada, Dreyfus y la Isla del Diablo, Montjuich, Alcalá del Valle, Siberia, y, para que no se diga, también Timor.

Había también ¿y cómo no? su parte de... poesía. En una sección titulada *Halos*, el director del periódico, José Augusto de Castro, publicaba un soneto, el número XXII de la serie, dirigido á las excelentísimas señoras de Guarda; soneto en que les levantaba un *lindo* monumento, irguiendo la imagen santa de ellas y juntando estrellas, perlas y rosas.

Luego, el relato de una fiesta escolar en Seixo Amarello y discursos de dos alumnos dirigidos al maestro Isidoro Pedro Cardoso. Los discursos parecen arrancados de una novela de Camilo, y es de saber que estos formidables discursos de los oradores camilescos nada tienen que envidiar á aquel otro famoso discurso

de los comicios agrícolas que figura en *Madame Bovary*, de Flaubert.

Y en seguida venía lo bueno, que era un comunicado desde Sabugal, fechado en 27-11-908 y firmado Joaquim Martins. (Estos detalles vienen á que se vea que quiero ser prolijo y documentado. Y no se me negará que, aunque escribiendo de cosas contemporáneas, soy en ellas erudito.) El cual comunicado empieza de esta solemne manera: «todo silencio; como el gran criminal refugiado en el bosque, donde la menor sombra ó el más vago ruido le amedrenta. Silencio vergonzoso que viene denunciando un pedir tregua para que no vaya á levantarse la cortina que nos esconde asuntos criminosos, tal vez de la más alta significación. El asesino, después de consumir el atentado que llevó á efecto con gran premeditación, termina su obra, pónese en huída, y hermánase con el remordimiento; pero las entrañas ferinas siguen insaciables de sangre. Así el señor presidente de la cámara...» es decir, lo que en España llamamos el alcalde.

Díganme ahora si este prelude es solemne. Empieza con aquel solemnisimo «todo silencio»—¿lo habrá tomado de alguna novela de Pérez Escrich?—y luego viene lo de hermanarse con el remordimiento y lo de las entrañas ferinas. Y todo ello es metafórico, altamente metafórico, pues no se trata de asesino alguno, sino sólo del pobre señor presidente de la cámara.

El resto del comunicado es de la misma fuerza cómica inconsciente. Háblase en él de quien «le escalpe las heridas llenas de pus repugnante» al señor presidente de la cámara

municipal de Sabugal, por nombre—¡quede para siempre en la picota!—José Fernandes Simoes Junior. Y todo ello, según puede adivinarse, por haber cambiado de partido y caciquear.

Un diario de una de estas ciudadillas perdidas entre campos y aldehuelas, es un tesoro de humorismo. Su lectura desopila el hígado—y empleo aquí una expresión muy pintoresca que he aprendido en Portugal, donde aún se usan muchas por el estilo.

¿Qué iba á hacer en aquella Guarda, en aquella terrible Guarda, sino comentar el diario local republicano? Los compañeros de mesa que me veían tomar notas del modestísimo periódico, se dirían: ¿quién será este sujeto y para qué tomará esas notas? ¿Y no es acaso uno de los encantos en los viajes el de intrigar á los que nos ven y, si es posible, hacerse pasar por personaje misterioso?

Y otra vez á correr las calles y ver á aquellos estudiantillos que, dejando en el suelo sus remendados manteos, se ponen á saltar al burro, agitándoseles los faldones de las levitas. Sueñan acaso en Coimbra, en la hermosa Coimbra, henchida de leyendas estudiantiles. Y yo también, al verlos, me acuerdo de Coimbra, y de los días que, hace ya unos años, pasé en ella, en aquella encantadora Coimbra, donde resbala el Mondego entre los chopos sollozando las estrofas que Camoens dedicó á Inés de Castro y murmurando cantos de Joao de Deus.

¿Qué tendrá este Portugal—pienso—para así atraerme? ¿Qué tendrá esta tierra, por de fuera riente y blanda, por dentro atormentada y trágica? Yo no sé; pero, cuanto más voy á él, más

deseo volver. He llegado á creer si no será que estos extremos occidentales se han dado de manos espirituales con los extremos orientales, los de la India, y han llegado al triste meollo de la sabiduría, á la comprensión de la vanidad final de todo esfuerzo. Parece como que allí pesa la lúgubre sabiduría del Eclesiastés. En ese pueblo triste, tristísimo, la gente se divierte, sin duda, pero se divierte como si dijera: comamos y bebamos, que mañana moriremos.

Pensando en cosas de éstas tomé al fin el coche que había de bajarme del pueblo á la estación. Ansiaba llegar á ésta é iba contando, reloj en mano, los minutos de kilómetro en kilómetro. ¿No os ha ocurrido alguna vez yendo en un tren poner os á recitar la numeración, para ir haciendo tiempo, ó á contar los postes del telégrafo según van pasando? Otros hay que en casos tales rezan el rosario.

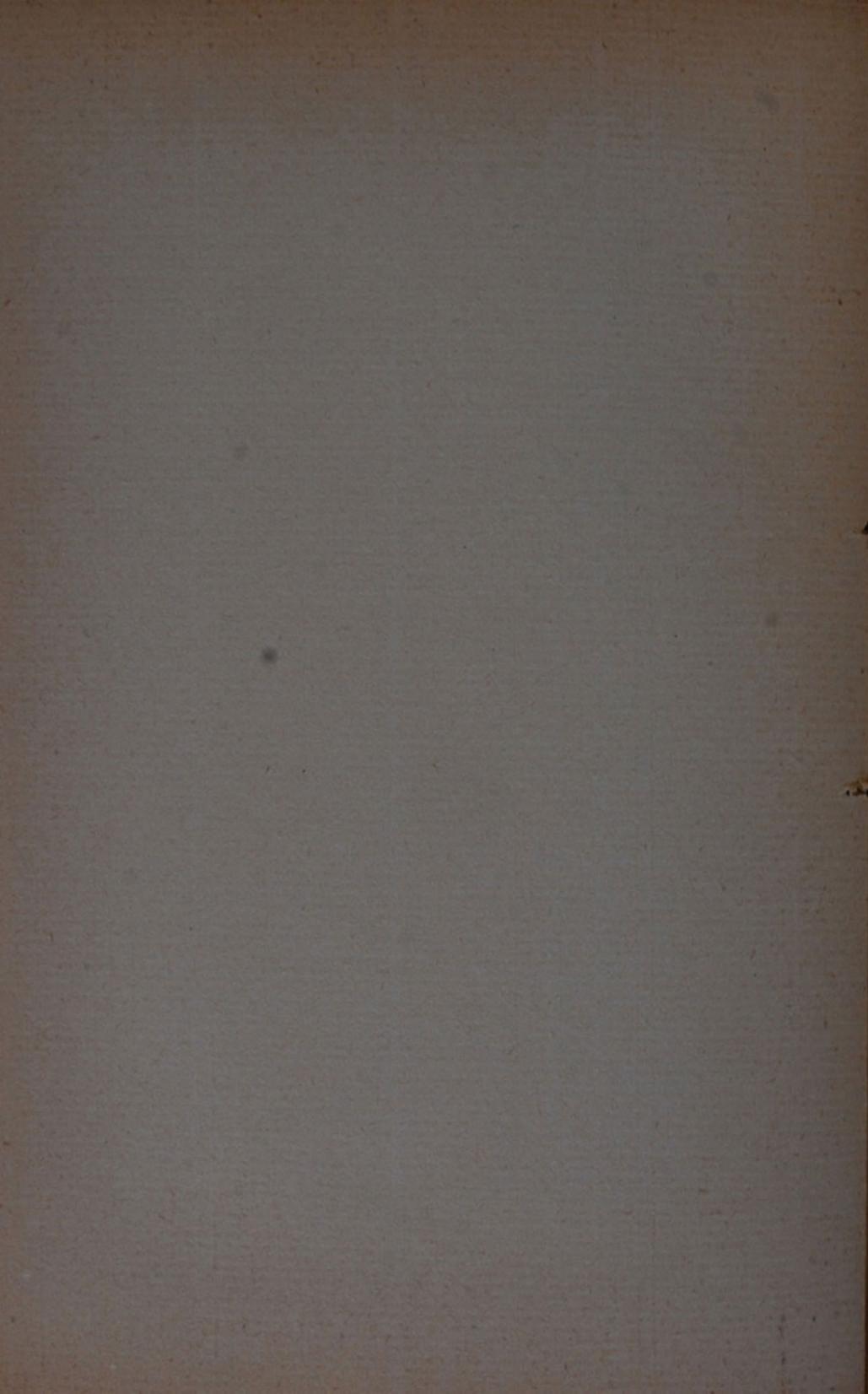
Cuando me hube acomodado en mi vagón, y mientras el tren esperaba á salir, volví á mirar á Guarda, encaramada en su montaña; esa Guarda que tantas veces atrajo mis miradas. Ahora sé ya cómo es por dentro. ¿Lo sé de veras?

Siempre me han atraído esos lugares y villas que desfilan á nuestros ojos según va el tren ganando tierra, campos adelante. Son los más de ellos pueblos sin historia, donde á nadie conocemos. Yo no sé si será que en mí, como en casi todos los hombres, duerme el nómada, el peregrino andariego y errante, y despierta de cuando en cuando. ¡Ver pueblos! ¡ver nuevos pueblos, ver los más posibles! ¡Poder decir: también ahí he estado! Porque, en resumidas cuentas, el fruto mayor que de mi visita á Guar-

da he sacado, es el poder decir alguna vez, cuando de Guarda se hable ó se la mente: también la he visto.

Leyendo á Camilo atravesé la frontera, que por esa parte no se señala ni por río ni por montaña, ni por demarcación alguna natural. Atravesé la frontera; á los dengosos acentos de la triste habla portuguesa sucedieron los recortados de la recia habla castellana. Ya de noche, pasé junto á Ciudad-Rodrigo, que es la guarda española de la frontera, y que aún conserva las murallas—unas ridículas é inofensivas murallas—de que en la Guarda portuguesa no quedan sino menguadísimos restos.

Salamanca, Diciembre de 1908.



UN PUEBLO SUICIDA

Esta tarde, otra vez más en Portugal, contemplaba el hermoso monumento á Eça de Queiroz. La grave inspiración de Teixeira Lopes ha logrado dar una muy íntima expresión al rostro del terrible psicólogo, del hombre implacable para las flaquezas de su tierra.

Aquel hastiado, aquel escéptico, se inclina para mirar con mirada escudriñadora la imagen de la Verdad, sobre cuya «fuerte desnudez» quiso echar «el manto diáfano de la fantasía». (Esta su frase figura al pie del monumento.) Pero la fortaleza de la desnudez parece como que rompe y deshace el manto de la fantasía. No la hay aquí para velar siquiera la verdad.

Poco después de haber contemplado la figura sugerente del autor de *A cidade é as serras*, desde el corazón mismo de esta ciudad de Lisboa, desde el pie de la estatua de Don Pedro IV, el que otorgó la carta y se fué al Brasil, contemplaba las pétreas costillas de las ruinas de la iglesia del Carmen destacarse sobre el cielo del ocaso. Y mirando ese agorero monumento, recordación del famoso terremoto de que salió el Portugal contemporáneo, el

del marqués de Pombal, pensaba qué terremoto íntimo, moral, amenaza á este pueblo. E iba relacionando las amargas ironías de Eça de Queiroz, el que no creyó en su pueblo, ó por lo menos no creyó en la ciudad portuguesa, yendo á buscar á Portugal en las sierras, lejos del contacto de la civilización, relacionándola con uno y otro terremoto.

Después he comprado tres diarios: *O Paiz*, *A Lucta* y *A Época*. Abro *O Paiz*, y en el artículo de fondo se nos dice que hay en la vida de los pueblos ciertas crisis sordas y en estado latente, que apenas esperan sino un momento oportuno para denunciarse con retumbante fragor en la aparente limpidez y serenidad del ambiente, y añade que el alma nacional portuguesa está atravesando una de esas crisis. En este mismo artículo, y aludiendo á la nación, se dice que «sobre el cuerpo inerte de un moribundo deben todos arrodillarse». Es un artículo que respira muerte. Y luego, en una *interview* con un monárquico, se habla de bancarrota y de intervención extranjera. Dejo *O Paiz* y tomo *A Lucta*. Esta, para no hablar de Portugal, habla del kaiser. Y el artículo de entrada de *A Época* se titula: «El problema de la felicidad». En él, un señor P. E. discurre sobre los aforismos de Fontenelle, viniendo á parar en que el secreto de la felicidad está en un egoísmo inteligente. Y concluye recomendando el contentarse cada cual con lo que tiene. «Sucede—dice el articulista—con la felicidad lo mismo que con los géneros del uso casero; más vale contentarse uno con lo que posee que ambicionar ó procurar obtener lo que le agradaría, pero no puede alcanzar.»

¡Qué horrible doctrina!, me digo guardando el diario en el bolsillo, y me acuerdo de Alcazarquivir y el rey Don Sebastián, del terremoto de esta ciudad de Lisboa, de Don Pedro V, el Hamlet portugués, y de su maestro Herculano, cuya soberbia tumba contemplé esta misma tarde en los Jerónimos, y, por último, vuelve á cernerse ante mí la enigmática y triste sonrisa de Eça de Queiroz.

Entre tanto van y vienen las gentes de esta ciudad cosmopolita; parecen contentas, ríen, gesticulan, acuden á sus negocios ó sus distracciones. Y un satisfecho podría decirse al verlas: «Este es un pueblo como todos los demás; aquí no pasa nada». Y, sin embargo, Portugal, esta misma tierra, es un pueblo triste.

Es, sí, un pueblo triste. Y de aquí el encanto que para algunos tiene, á pesar de la evidente trivialidad de sus manifestaciones exteriores.

Portugal es un pueblo triste, y lo es hasta cuando sonrío. Su literatura, incluso su literatura cómica y jocosa, es una literatura triste.

Portugal es un pueblo de suicidas, tal vez un pueblo suicida. La vida no tiene para él sentido trascendente. Quieren vivir tal vez, sí, pero ¿para qué? Vale más no vivir.

Se suicidó Antero de Quental, el de aquellos terribles y lapidarios sonetos en elogio de la muerte, de la muerte «hermana del amor y de la verdad», «funérea Beatriz de mano helada, pero única Beatriz consoladora»; de la muerte, «hermana coeterna de mi alma»; de la muerte, en cuyo seno inalterable pensaba dormir «en la comunión de la paz universal». «Crimen grande será tal vez llamarte—

decía—; mas no soñar contigo y adorarte. No-ser que eres Ser único absoluto...

«Este hombre fundamentalmente bueno—decía de Antero de Quental su amigo Oliveira Martins—, si hubiese vivido en el siglo VI ó en el siglo XIII, sería uno de los compañeros de San Benito ó de San Francisco de Asís; en el siglo XIX es un excéntrico más, de ese corte de excentricidad que es indispensable, porque á todos los tiempos les fueron indispensables los herejes.»

Antero, con sus hermanos *Obermann*, Thomson, Leopardi, Kierkegaard—no más intensos en la desesperación que él—, duerme para siempre. Su corazón, libertado ya, duerme su sueño en la mano de Dios, en su mano derecha, eternamente.

Se suicidó Antero. Se suicidó también Soares dos Reis, el gran escultor portugués. Mirad aquella su estatua del Desterrado, inspirada en unos versos de Herculano—á quien su estoicismo le salvó de la absoluta desesperación—, y decidme si aquel pobre náufrago no va á arrojarse de nuevo al mar.

Se suicidaron Antero y Soares dos Reis. Se suicidó también Camilo Castello Branco, el gran Camilo, el escritor aquí más popular, el de los terribles sarcasmos, el que vivió y luchó solo, manteniendo contra todos enhiesta la bandera del ultrarromanticismo. En un artículo que Camilo escribió para ilustrar un retrato de Laura de Valclusa, después de decir la muerte de ella, añade que el Petrarca tuvo la insolencia de sobrevivirla veinte años, agregando que los sonetos son un gran purgante de las pasiones excesivas, pues se sabe que

algún sonetista haya muerto de hambre, pero de amor ninguno. Y esto que en otro que no fuese portugués, y sobre todo que no fuese Camilo—en Eça de Queiroz mismo, entre sus paisanos—, no pasaría de ser una *boutade*, un golpe de ingenio, en Camilo es algo más. Es como decir: este Petrarca, al saber la muerte de la inspiradora de sus sonetos debió matarse; ¿no lo hizo? ¡Es un farsante!

Se suicidaron Antero, Soares dos Reis, Camilo... se suicidó también Moucinho de Alburquerque, en quienes muchos esperaban ver resurgir alguno de los héroes antiguos de la epopeya camoeniana. Este mismo año se han suicidado dos ó tres personas conocidas, entre ellas Trindade Coelho. Y decidme: lo de Buiça, el regicida, ¿no fué un suicidio en rigor? No hace muchos días han publicado los diarios su testamento, recientemente encontrado. En ese documento, de una sencillez admirable, decía: «Mi familia vive en Vinhaes, adonde se les debe participar mi muerte ó mi desaparición, en caso de que ocurriesen. Mis hijos quedan pobrísimos: no tengo que legarles más que mi nombre y el respeto y compasión por los que sufren. Pido que los eduquen en los principios de libertad, igualdad y fraternidad en que comulgo, y por causa de los cuales quedaría, por ventura en breve, huérfanos». Este es su testamento, escrito cinco días antes de su muerte y del regicidio. Y decidme también: este último, ¿no fué en rigor un suicidio? ¿No creéis que es algo más que una *boutade* lo que alguien dijo de que el rey Don Carlos fué un suicida, que Buiça le suicidó?

Leed ahora una carta que hace un mes me escribió uno de mis amigos portugueses.

Refiérese en ella á mi anuncio á él de que pienso publicar un libro sobre Portugal. Traduzco aquí la carta, dejándola tal y como ella está, sin suprimir nada. Dice:

«Amigo: No imagina el placer que sentí al saber que usted, espíritu superior, iba á componer un libro sobre las cosas de mi tierra, de esta mi tan desgraciada tierra de Portugal.

Desgraciada—es la palabra. El pesimismo suicida de Antero de Quental, de Soares dos Reis, de Camilo, hasta del propio Alejandro Herculano (que se suicidó por el aislamiento—como los monjes), no son flores negras y artificiales de decadentismo literario. Esas extrañas figuras de trágica desesperación irrumpen espontáneamente, como árboles envenenados, del seno de la tierra portuguesa. Son nuestras, son portuguesas; pagaron por todos, expiaron la desgracia de todos nosotros. Diríase que fué toda una raza que se suicidó.

En Portugal llegóse á este principio de filosofía desesperada:—el suicidio es un recurso noble y una especie de redención moral. En este malhadado país, todo lo que es noble se suicida; todo lo que es canalla triunfa.

Llegamos á esto, amigo. He aquí nuestra desgracia. Desgracia de todos nosotros, porque todos la sentimos pesar sobre nosotros, sobre nuestro espíritu, sobre nuestra alma desolada y triste, como una atmósfera de pesadilla, depresiva y mala. Nuestro mal es una especie de cansancio moral, de tedio moral; el cansancio y el tedio de todos los que se hartaron de creer.

¡ Creer !... En Portugal, la única creencia aún digna de respeto es la creencia en la muerte libertadora. Es horrible, pero es así.

Europa nos desprecia; la Europa civilizada nos ignora; la Europa mediocre, burguesa, práctica y egoísta nos detesta, como se detesta á gente sin vergüenza y, sobre todo... sin dinero. A pesar de eso, en Portugal aún hay mucha nobleza moral; aún hay, por lo menos, nobleza moral bastante para morir, y aún existen cosas bien dignas de simpatías.

Su libro ha de rehabilitarnos un poco, seguramente. Usted, que es hombre de pasión y sentimiento y ve las cosas de la vida á través de la lógica afectiva, ha de ser, naturalmente, llevado á defender calurosamente á un pueblo esencialmente sentimental. Tan sentimental, que se dejó dominar por la emotividad despótica de un alienado con el delirio de la tiranía.

Bien sé; la lógica efectiva, muchas veces enturbia la visión nítida y precisa de los hechos; mas, en compensación, permite presentir y comprender ciertas cosas que sólo pueden ser comprendidas por la inteligencia del corazón. Su libro, amigo, sobre las cosas y desventuras de mi tierra, visto á la luz fría de la lógica utilitarista, podrá contener muchas interpretaciones erróneas, muchos modos de ver falsos; pero contendrá también, con certeza, algunas verdades que sólo pueden ser adivinadas y comprendidas por los espíritus afectivos.

Dice usted que todo lo que ha pasado y está pasando en Portugal es el desarrollo de una especie de tumor social...

Será, será. Será la muerte misma. Hay quien

diga que el tumor es apenas un absceso que después de supurar nos permitirá vivir aún largos días de desahogo y bienestar. (Aún hay también optimistas en Portugal.)

Yo, por mí, no sé, no sé; en buena verdad, amigo, no sé hacia dónde vamos. Sé que vamos mal. ¿Hacia dónde? Hacia donde nos lleven los malos vientos del destino. ¿Hacia dónde? Vamos... Cuando pienso que sobre nosotros pesa la herencia trágica, secular, de una ignorancia pútrida y de una corrupción criminal, mi espíritu se ennegrece y me siento adentrado de un pavor indecible, tal vez absurdo. Y más que saber si vamos hacia la vida ó hacia la muerte, me preocupa saber si moriremos noble ó miserablemente. Bien ve, amigo; la vida, trátese de la vida de un hombre, trátese de la vida de un pueblo, es una cosa bien pequeña, bien despreciable. Lo importante es el uso que se hace de esa vida. Un minuto de vida bien empleada, vale más que una eternidad de la vida inútilmente vivida. Y en Portugal (¡vea la profundidad de nuestro mal!) hay almas tan sucumbidas que dicen que tanto da morir de un modo como de otro. Esta insensibilidad moral es peor que la muerte, ¿no es verdad?

A las veces, en horas de desánimo, llego á creer que esta tristeza negra nos sube del alma á los ojos, y entonces tengo la impresión intolerable y loca de que en Portugal todos tenemos los ojos vestidos de luto por nosotros mismos.

Es claro, yo soy portugués y, por lo tanto, hijo de un pueblo que atraviesa una hora indecisa, crepuscular, de su destino. Es posible,

pues, como acontece á casi todos los enfermos, que yo no tenga la comprensión clara de nuestro estado. Y como acontece aún á casi todos lo enfermos, mi espíritu tiene intercadencias de abatimiento y entusiasmo, de fe y desánimo, de creencia y desesperación.

Eso quiere sencillamente significar que, cuanto yo digo de las cosas y desdichas de Portugal, lo digo como portugués. Repito. Portugal atraviesa una hora indecisa, gris, crepuscular, de su destino. ¿Será el crepúsculo que precede al día y á la vida, ó el crepúsculo que antecede á la noche y á la muerte? No sé, no sé, no sé...

Ha meses aún, cuando Portugal atravessaba los días terribles de la dictadura de Franco, creía yo que íbamos á resurgir. En esa ocasión publiqué unos artículos fervorosos de optimismo y creencia. Hoy, sin embargo, hay una tranquilidad pútrida que me asusta de veras. Ni aun falta por ahí quien diga que *esto* no es ya un pueblo, sino el cadáver de un pueblo.

No :é, no sé...

Esta carta, interminable como la desventura, le dirá, amigo, el estado de mi espíritu en este momento. Es posible que yo me engañe (¡ojalá!) y que esto sea debido un poco al estado depresivo de mis nervios dolientes. Además, lo reconozco, acerca de los males de mi tierra no hablo como médico, hablo como enfermo.

Y porque hablo como enfermo es por lo que esta carta ya va demasiado larga y fastidiosa. Es que todos los enfermos gustan hablar mucho de sus enfermedades, y es ésta mi única disculpa.

Perdóneme y créame siempre, etc.»

Y todavía, después de la firma, Manuel Laranjeira, me añadía en postdata:

«P. S. ¡Tantas cosas que desearía decirle aún en respuesta á su carta! Mas, ¿qué quiere? Cuando me pongo á hablar de mi pobre tierra y, sobre todo, de las desdichas de mi pobre tierra, soy así (¡como los enfermos!), me olvido de todo lo demás. Perdóneme.»

Después de repasar y transcribir esta carta, tan profundamente reveladora, aquí, en el triste cuarto de un hotel, me acuerdo de la tranquilidad pútrida y hasta de las risas—no muchas; esto es más triste, mucho más triste que Madrid, hasta aparentemente—de la muchedumbre de estas calles de Lisboa. Y para distraerme, en estas largas noches de fines de Noviembre, tomo una novela del portugués, de Camilo, *A mulher fatal*. En la «Introducción» discurre amargamente sobre la risa y dice, entre otras cosas, que raciocinar es reir y que el colmo de la sabiduría humana es ver los reversos de las tragedias sociales, pues allí está por fuerza la comedia. Y distingue luego la risa del animal filósofo de la carcajada plebeya del bípedo implume sin carta de filosofía alguna. La carcajada plebeya es el *espasmo cínico*, la risa *sardónica*, el reir de los que comieron el famoso ranúnculo de Cerdeña. Y agrega Camilo: «Ahora, entre nosotros, los que sueltan carcajadas no comieron ranúnculos; es gente embuchada con fréjol blanco y oreja de cerdo. Esa hedionda deformidad caracteriza estupidez casi siempre malévola: corresponde al retozo, si la risa es meramente bruta, y al coceo cuando es bruta y mala». Cita

luego á los grandes reidores, desde Demócrito y Aristófanos hasta Byron y Heine, y añade que es preciso haber llorado para inmortalizar la risa en el libro, en la estrofa, en la sentencia ó en la palabra. Habrá, pues, qué decir también— agregó—: *Si vis me ridere dolendum est tibi primum.*

Y sigue Camilo, el suicida Camilo, discurrendo sobre la risa en Portugal para decir que á nadie se le ocurrió inscribir á alguno de los satíricos portugueses en la pléyade de los que riendo castigaron. «El espíritu portugués— dice— nunca espantó á nadie. La brutalidad carnífera, sí. Lo asevera el docto y piadoso obispo Amador Arrais: «Espántase el mundo y tiene envidia de nuestra ferocidad». Esto se escribió de buena fe, en el siglo XVII, entre la Inquisición y la piratería portuguesa en el Oriente.»

Me quedo pensando en el espanto y la envidia del mundo por la ferocidad portuguesa. Y pienso que este pueblo que moteja de duro y áspero al castellano, es mucho más duro, mucho más áspero que él.

La blandura, la *meiguice* portuguesa, no está sino en la superficie; rascadla, y encontraréis una violencia plebeya que llegará á asustaros. Oliveira Martins conocía bien á sus compatriotas. La blandura es una máscara. El lenguaje de la Prensa sobrepaja aquí en violencia á todo lo más violento que se escriba en España. Allí no habrían podido escribirse nunca páginas como las que Fialho d'Almeida dedicó en *Os Gatos* á la muerte del rey Don Luis y á la proclamación de Don Carlos, el que luego fué muerto por Buiça. Y en la lite-

ratura, nuestros más fogosos escritores tienen que ceder en fuerza á los de aquí. Este es un pueblo no sólo sentimental, sino apasionado, ó mejor dicho, antes apasionado que sentimental. La pasión le trae á la vida, y la misma pasión, consumido su cebo, lo lleva á la muerte. Hoy, ¿qué le queda?

Dentro de unos días, el 10 de Diciembre, celebrarán las fiestas de la restauración de su nacionalidad, de haber sacudido la soberanía de los Felipes de España. Al día siguiente volverán á hablar de bancarrota y de intervención extranjera. ¡Pobre Portugal!

Lisboa, Noviembre de 1908.

ALCOBAÇA

Llegué desde Lisboa á la estación de Vallado, ya de noche, y de Vallado á Alcobaca me llevó un desvencijado cochecillo. Distraje el frío y la soledad imaginándome lo que sería aquel camino envuelto entonces en tinieblas: ¿por dónde vamos?

Y fué en un hermoso amanecer de fines de Noviembre, en verdadero veranillo de San Martín, cuando salí á ver el histórico monasterio de Alcobaca, cenobio de bernardos en un tiempo.

Doraba el arrebol del alba las colinas, yendo yo derecho al monasterio, la fachada de cuya iglesia atraía mi anhelo. Esta fachada, severa, pero poco significativa, se abre á una gran plaza tendida á toda luz y todo aire. Al entrar en el templo, me envolvió una impresión de solemne soledad y desnudez. La nave muy noble, flanqueada por sus dos filas de columnas desnudas y blancas; todo ello algo escueto y algo robusto. Allá en el fondo un retablo deplorable, con una gran bola azul estrellada y de la que irradian rayos dorados. Las naves laterales semejan desfilade-

ros. Y me encontraba solo, y rodeado de majestad, como bajo el manto de la historia.

Vagando fui á dar á la sala de los Reyes. Los de Portugal figuran en estatuas, á lo largo de sus paredes. En el centro, un papa y un obispo coronan á Alfonso Henriques, el fundador de la Monarquía, arrodillado entre ellos. Hay en la sala un gran calderón, que el inevitable guardián-cicerone, que acudió al oír resonar en la soledad pasos, me dijo haber sido tomado á los castellanos en Aljubarrota. Me asomé á su brocal; estaba vacío.

De esta sala pasé al claustro de don Dionis, hoy en restauración. Hermoso recinto, nobilísimo y melancólico. El agua de la fuente canta la soledad de la historia entre las piedras mudas de recuerdos, y un pájaro cruza el pedazo de cielo limpio, de caída de otoño, cantando ¿quién sabe á qué? Las piedras se miran en la triste verdura del recinto.

Y luego pasé á ver el otro claustro, más vivido, más casero, el llamado del Cardenal, donde hoy hay un cuartel de artillería. Todo el antiguo convento de monjes bernardos me lo enseñó un sencillo campesino con uniforme de soldado de artillería. El pobre mozo sólo veía allí el cuartel, sin saber nada de monjes. «Aquí hacemos el ejercicio, aquí es el picadero, aquí...», etc. En la puerta de lo que fué antaño biblioteca, decía aquello de los proverbios *viam sapientiae monstrabo*, te enseñaré el camino de la sabiduría. Y me la enseñó un recluta portugués, pero estaba vacía y no era camino, sino sala. Quería luego enseñarme, ¡claro es! las piezas, los cañones, pero renuncié á verlos.

Me volví á la iglesia, ahora con el guardián. Mostróme el altar en que se representa la muerte de San Bernardo, escena algo teatral, que parece de un gran nacimiento de cartón, de esos de Navidad; pero no sin su efecto. Un fraile pétreo llora eternamente, llevándose el blanco manto á los ojos, no sé si la muerte de su santo padre San Bernardo ó la trágica historia de Inés de Castro. Porque enfrente de este altar cierra una pobrísima verja de madera la capilla en que descansan por fin los restos de la infortunada amante de Don Pedro I.

Me llevó el guardián ante los túmulos de Don Pedro, de Inés y de sus hijos, y le pedí que se fuera, dejándome solo. En mi vida olvidaré esta visita. En aquella severísima sala, entre la grave nobleza de la blanca piedra desnuda, á la luz apagada y difusa de una mañana de otoño, las brumas de la leyenda emborzaronme el corazón. Una paz henchida de soledades parece acostarse en aquel eterno descansadero. Allí reposan para siempre los dos amantes, juguetes que fueron del hado trágico. Como aves agoreras veníanme á la memoria los alados versos de Camoens al contemplar el túmulo de la

*miserá e mesquinha
que, depois de ser morta, foi Rainha.
Es porque el puro amor
que os corações humanos tanto obriga*

quiere, áspero y tirano, bañar sus aras en sangre humana.

Descansan en dos pétreos túmulos Pedro el duro, el cruel, el justiciero, el loco tal vez, y la linda Inés, y descansan de tal modo que, si

se incorporaran, daríanse las caras y podrían otra vez más beberse uno á otro el amor en los ojos.

Seis alados angelillos guardan y sostienen la yacente estatua de Inés, y otros seis la de Don Pedro; á los pies de ella duerme uno de los tres perrillos que hubo allí en otro tiempo, y á los pies de él un gran lebel, símbolo de la fidelidad. La tumba de él sostienenla leones; la de ella, leones también, pero con cabezas de monjes. En las tablas del sepulcro de Inés, la pasionaria, la esclava del amor, escenas de la pasión de Cristo, del que perdonaba á la que mucho pecó por haber amado mucho; en la tabla cabecera la Crucifixión, y en la de los pies el Juicio final, en cuyo cielo hay una mujer. Las tablas del sepulcro de Don Pedro nos enseñan el martirio de San Bartolomé. El, Don Pedro, con cara plácida, con cabello y barbas á la asiria, sostiene su dura espada sobre su pecho.

Y pesa allí aire de tragedia.

Allí está lo que queda de aquel Don Pedro I de Portugal, un loco con intervalos lúcidos de justicia y economía, como de él dijo Herculano; aquel hombre para quien fué una manía apasionada la justicia y que hacía de verdugo por su mano. El, el adúltero, odiaba con odio singular á los adúlteros: ¿sería el remordimiento? Allí descansa de sus justicias, de sus nemródicas cacerías; allí descansa, sobre todo, de sus amores. Allí descansa el tirano plebeyo, á quien adoró su pueblo. «Cuando volvía en barcos de Almada á Lisboa, la plebe lisbonense salía á recibirle con danzas y trebejos. Desembarcaba é iba al frente de la tur-

ba, danzando al son de las trompetas como un rey David. Tales locuras apasionábanlo tanto casi como su cargo de juez. Ciertas noches, en el palacio, perseguíale el insomnio; levantábase, llamaba á los trompeteros, mandaba encender antorchas, y helo por las calles, danzando y atronando todo con los berridos de las trompetas. Las gentes, que dormían, salían con espanto á las ventanas, á ver lo que era. Era el rey. ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Qué placer verlo tan alegre!» (Oliveira Martins. Historia de Portugal, libro II, capítulo III.)

¿No recordáis la historia trágica de sus amores con Inés, que Camoens más que otro poeta ha eternizado? Allá hacia 1340 fué la linda Inés de Castro, la gallega, á Portugal, como dama de la infanta Constanza, la mujer de Pedro, el hijo de Alfonso IV. Y fué la *mujer fatal*, que diría Camilo. El hado trágico les hizo enamorarse; aquel amor «ch'a null'amarato amar perdona», como dijo el poeta de la *Divina Comedia*. Tuvieron frutos de los trágicos amores; intrigas de corte y de plebe hicieron que el rey Alfonso mandara matar á su nuera, pues viudo de Constanza, Pedro casó luego en secreto con Inés, que fué apuñalada en Coimbra.

*As filhas de Mondego a morte escura
 longo tempo chorando memoraram;
 e por memoria eterna en fonte pura
 as lagrimas choradas transformaram;
 o nome lhe poseram que inda dura
 dos amores de Igués, que ali passaram.
 Vede que fresca fonte rega as flores,
 que lagrimas sao a agua e o nome amores.*

Y cuando luego fué rey Pedro, cuenta la leyenda que mandó desenterrar á Inés y coronarla reina, y habiéndose apoderado de sus matadores los torturó bárbaramente, viendo desde su palacio, mientras comía, en Santarem, cómo los quemaban. Y esto podéis leerlo en el viejo y encantador cronista Fernán Lopes, que nos lo cuenta todo homéricamente, con una tan animada sencillez que es un encanto.

Nos lo cuenta todo menos lo de la exhumación y coronamiento, que parece ser leyenda tardía. Pero muy bella. Y en el fondo, de una altísima verdad trascendente.

Esa pobre Inés que reinó después de morir... ¡Y de morir por haber amado con amor de fruto, con amor de vida! ¡Qué reino y qué reina!... Reina, sí, reina en el mundo de las trágicas leyendas, consuelo de la tragedia de la vida; reina con Iseo, la de Tristán; reina con Francesca, la de Paolo; reina con Isabel, la de Diego.

En aquellos mismos días en que visité en Alcobaça la tumba de Inés, leía *A mulher fatal*, de Camilo Castello Branco; de Camilo, el que nos ha dado en sus novelas toda el alma trágica, fatídica, patética, de Portugal. «Acúsome—dice Camilo en ese libro—de haber hecho llorar con mi fantasía á muchas personas incapaces de verter una lágrima balsámica sobre una llaga de miseria verdadera.» Sí, Camilo hace llorar: sus libros parecen escritos con lágrimas de fuego, que escaldan. Y la historia toda de Portugal, ¿no hace acaso llorar? ¿No es algo plañidero?

En un rincón de la capilla de Inés y Pedro descansan los restos de los tres hijos del trá-

gico amor fatal, y sus tres sarcófagos de piedra, sencillos, toscos, son relicarios henchidos de recuerdos. ¡Pobres mozos! En la misma capilla duerme su eterno sueño Doña Beatriz, la mujer de Alfonso III, y Doña Urraca, la de Alfonso II. La que no está allí es Constanza, la pobre Constanza, la infortunada esposa de Pedro, á la que fué á servir de dama Inés y á la que le arrebató el corazón de su Pedro. ¿Ella, Inés? No, que fué el Hado. Oigamos al viejo cronista Ruy de Pina, que en su crónica del rey Don Afonso el cuarto nos dice con su homérica sencillez que «el infante D. Pedro, hijo primogénito heredero del rey Don Alfonso de Portugal, estuvo casado con la infanta Doña Constanza Manuel... y de ella, en vida del rey Don Alfonso, su padre, tuvo dos hijos y una hija, á saber: el infante D. Luis, que fué el primero, y éste, siendo mozo, falleció en el bautismo, del cual Doña Inés Pérez de Castro fué comadre del rey Don Pedro, siendo infante, y de la infanta Doña Constanza, y esto se hizo por cuanto Doña Inés andaba en casa de la dicha infanta por doncella suya y parienta y sentíase ya que el infante Don Pedro le quería bien y por evitar entre ellos otra afección».

¿No lo adivináis ya todo? Se hizo á Inés madrina del hijo de Pedro, su amante, y de Constanza, su amiga, para crear por religión un incesto entre ellos. De esta circunstancia ha sacado hermosísimo partido Eugenio de Castro en su bellissimo poema *Constança*. Y en la *Monarquía lusitana* (parte VII, libro X, capítulo VI) se dice que alentó la confianza de los amantes al ver que las forzosas consecuencias

del parto habían de tener á Doña Constanza presa en la cama.

¡Desdichada Constanza, pero mucho más desdichada Inés! Al fin aquélla reinó en cierto modo en el mundo y en vida; Inés, la del amor fatídico, no pudo reinar sino después de muerta, y muerta á manos violentas. Aquí podrían decirse las palabras con que termina el *Frei Luiz de Sousa* la clásica tragedia portuguesa: «Dios aflige en este mundo á quienes ama. La corona de gloria no se da sino en el cielo».

Con pesar me despedí de la pétrea caja que encierra los despojos de lo que fué la belleza de Inés de Castro, la de trágica memoria. Y allí queda, entre las blancas piedras bernardinas del monasterio levantado á recordación de la independencia de Portugal. Sólo que el severo monumento, desnudo, solitario, silencioso, recuerda, más que la independencia de la patria, la independencia del amor. Portugal, que, como Inés, ha amado mucho y ha amado trágicamente bajo el yugo del destino, ¿no reinará también después de morir? La desgraciada amante ¿no es un símbolo prefigurativo, un augurio, de esa tierra linda, linda como Inés, víctima también de fatídicas pasiones?

Con pena, con pena de soledad dejé aquella capilla de amor fatídico, y, cruzando el templo, volví á ver la luz del cielo. Sonreían con sonrisa otoñal las colinas, sonreía Alcobaça, un pueblo blanco de caserío, verde de campo, riente, florido, abierto, campesino y noble, industrial é histórico. Su río es un río de fábricas, empretillado y rumoroso, de esos que mueven artefactos.

Volví al hotel—el hotel alcobaçense—pensando en Inés. Sobre una mesita, en el comedor, encontré la *London Opinion* y *La Revue des voyages*. Para que se diga...

Recorrí, ahora de día y en un ómnibus, el camino que la noche antes había recorrido á oscuras en el desvencijado cochecillo. Un camino delicioso de campo, más abierto que los del Miño y más jugoso.

Y otra vez en el tren, en ese odioso tren, en uno de esos insoportables vagones de ferrocarril. Para desquitarme iba pensando en lo que serían los viajes por esa encantadora tierra portuguesa, toda mimo, en aquellas diligencias de campanillas retintinantes de que nos habla Antonio Nobre en una de sus más íntimas poesías. «Día y noche, aurora á aurora, por esa loca tierra afuera, llena de color, de luz, de sonido...» Y pasaban molinos de viento, eras, solares, antepasados, ríos, claros de luna, paisaje etéreo y dulce, al cual confesaba Nobre deberle todo lo que era, después del vientre que le llevó.

«La posta va subiendo una ladera y los aldeanos, á lo lejos, alerta, miran pasmados, con la boca abierta, y la gente sigue dejándolos solos. ¡Qué pena da ver á los que quedan! Pobres, humildes, no significan nada; se quitan el sombrero con respeto; otros, pasando á nuestro lado, decían: «Alabado sea Dios». «Alabado sea», decía yo. Y blanda caía la tardecita...» Una parada en seco, el grito de un mozo anunciando una estación me cortaban el ensueño en que me llevaba Nobre. Y el tren volvía á partir y yo volvía á soñar.

La subida de Novellas, el gordo y rubio Ca-

banellas, el reposo en la posada de servilletas blancas, mermeladas, el cuco de la sala dando la hora. Y luego «caía la noche; yo iba fuera viendo una estrella que habita allá arriba, en el firmamento portugués; y ella trazaba mi hado: «serás poeta y desgraciado»; así dijo y así fué». Y todo lo demás que Nobre nos cuenta hasta que llega á su casa.

Y en casa le esperaba su abuela, que abrazándole exclamaba: «¿Qué es de tus ojos, de tus brazos? ¡Válgame Dios, cómo viene!» y otras mil dulzuras. Entraba en su cuarto, ¡todo tan bueno allí, tan sobrado! ¡Qué leche! ¡Y el agua, Jesús! ¡Y las sábanas! ¡Rico olor á lino! «Vaya, duerme, que vienes cansado; ¡no te adormezcas con la luz!» Pero se acostaba mudo y triste—la abuela le añadía: «Reza también el rosario, ¿oyes?»—, bailándole dentro versos, y sacaba á escondidas un libro que llevaba en el seno, y leía, leía á Garrett...

También yo, al llegar á Figueira da Foz y caer sobre una de aquellas duras camas portuguesas, pero no en mi casa abolenga, sino en un hotel, me puse á leer, mas no á Garrett, sino á Camilo. Y así como Nobre se dormía con la idea de aquella tía Dorotea de que habla Julio Diniz, yo me dormí con la idea de aquel pobre Carlos Pereira, uno de los pobres esclavos del Destino, de que nos habla Camilo. Y con el recuerdo de la fatídica Inés de Castro, cuyos despojos dejé durmiendo en Alcobaça.

BARCELONA

He pasado recientemente tres semanas en Barcelona, ciudad que da mucho que hablar, mucho que pensar y algo que sentir en España toda, no mucho, porque parece que nos vamos volviendo insensibles.

Es Barcelona, sin duda, una hermosa ciudad, y no pocos barceloneses pretenden hacer de ella la Ciudad—así, con letra mayúscula—, la *civitas*, algo orgánico y vivo en su unidad específica y algo ciudadano, asiento de civilización—voz derivada de *cives*, ciudadano—como opuesto al espíritu rural, que hay en Cataluña quienes lo simbolizan en Vich, la vieja ciudad rural y episcopal, de alma carlista.

Esta división que algunos intelectuales barceloneses establecen en dos Cataluñas, la Cataluña rural ó pirenaica, la del tradicionalismo y el espíritu reservado y suspicaz, y la Cataluña ciudadana ó mediterránea, la del progresismo y el espíritu al ierto é imperialista; esta división—responda ó no á realidad alguna—me recuerda aquella antinomia sarmentiana entre la civilización, simbolizada en la ciudad, en

Buenos Aires, y la barbarie, que campeaba libre por la campiña, con las montoneras gaucescas.

No me atrevo á decir si esa oposición no es más aparente que real, y si los fenicios de la costa catalana no tienen mucho más de lo que ellos se creen, del alma irreductible de los almogávares de la montaña.

Sea de ello lo que fuere, es innegable que Barcelona es una hermosa ciudad, á lo menos por fuera, en su atavío y ornato de ropaje. Un ensanche espléndido, con calles y avenidas realmente suntuosas y realzadas por fachadas magníficas, de un lujo deslumbrador. (Aquí los epítetos consagrados son inevitables, pues se trata de una hermosura también consagrada.) El Ayuntamiento da cada año un premio al arquitecto que ha construído la fachada que un Jurado estima más monumental y artística. Y hay, sin duda, junto á verdaderos absurdos arquitectónicos y extravagancias en piedra, casas que recrean la vista. Fachadas no faltan en Barcelona, y hasta podría decirse que es la ciudad de las fachadas. La fachada lo domina todo, y casi todo es allí *fachadoso*, permítaseme el voquible.

Y en esta espléndida ciudad, de magníficas fachadas, que parecen construídas para asombrar y deslumbrar á los visitantes y huéspedes, el tifus hace estragos por falta de un buen sistema de desagüe. Y ello se comprende: las fachadas se ven desde luego, el alcantarillado no.

He aquí un rasgo que parece simbólico y que explica mucho de lo que en Barcelona ocurre.

Trabajan allí mucho, es verdad, pero vo-

cean más que trabajan; valen, sí, pero sería un negocio redondo comprarles por lo que valen y venderles por lo que creen valer. En la ciudad de Barcelona se cree uno á veces hallarse en un vastísimo arrabal de Tarascón, y se cree oír en catalán, lengua tan hermana de la lengua provenzal, el grito de combate de los buenos tarasconeses: *fem du brut*, es decir, hagamos ruido.

La especial megalomanía colectiva ó social de que está enferma Barcelona, les lleva á la obligada consecuencia de la megalomanía, á un delirio de persecuciones también colectivo y social. Y así hablan de odio á Cataluña, y se empeñan en ver en buena parte de los restantes españoles una ojeriza hacia ellos, hacia los catalanes—más bien los barceloneses—, estimándolo acaso hijo de envidia. Y tal odio no existe. No existe el odio á Cataluña, ni á Barcelona, ni existe la envidia tampoco. Lo que hay es que los españoles de las demás regiones han estado constantemente ponderando y exaltando la laboriosidad é industriosidad de los catalanes—son los demás españoles los que han hecho el dicho de: «los catalanes, de las piedras sacan panes»—, y con esto les ha recalentado y excitado esa nativa vanidad que con tanta fuerza arraiga y crece bajo el sol del Mediterráneo. Y esa vanidad, esa petulante jactancia y jactanciosa petulancia que se masca en el aire de Barcelona, hace que las gentes sencillas y modestas—el castellano, á vuelta de otros defectos, es sencillo y es modesto hasta en su altivez—, al encontrarse en aquel ambiente de agresiva petulancia, se sientan heridas y molestas.

Ya el viejo *Poema del Cid*, obra del si-

glo XIII, hablando del conde de Barcelona, dice en su vero 960 :

El conde es muy felón y dixo una vanidad.

Y esto es lo que se observa hoy en la ciudad condal: mucha noble y grande realidad estropeada por la *folonería*; por la jactancia, que está de continuo profiriendo vanidades.

Es un empeño ahincoso y tenaz de convencerle al visitante de cuantas grandezas creen atesorar, y, sobre todo, de hacérselas ver en términos de comparación. El recuerdo de Madrid asoma á cada paso, y hasta el de París. Me ha ocurrido, al censurarles algo de la ciudad, oír que barceloneses me retrucaban: ¿es acaso mejor en Madrid? Digan lo que quieran, se preocupan demasiado de Madrid, y demasiado también del concepto que de su ciudad se forme el forastero, como si no fuere muy firme la fe que en su hermosura incomparable parecen tener. En Bilbao, mi pueblo, que tiene también no poco de jactancioso, no preocupa tanto la opinión de los forasteros, y es que la jactancia de mis paisanos los bilbaínos se acerca al orgullo, y la de los barceloneses á la vanidad.

Esta jactancia, atizada sin duda por adulaciones interesadas de forasteros, es compañera de un ensimismamiento pernicioso y fuente de toda clase de injusticias de juicio. Quéjense con frecuencia los barceloneses, y en general los catalanes, de que en el resto de España no se les conoce y por falta de conocerlos se les juzga injustamente, lo cual es cierto; pero no es menos cierto, sino mucho más, que ellos conocen el resto de España peor aún que éste los conoce á ellos, y que, por no conocerlo, lo juz-

gan mucho más injustamente que el resto de España les juzga á ellos. He oído en Barcelona, y no á uno ni á dos, sino á varios, y á personas de ilustración y cultura, juicios tan peregrinos como disparatados respecto á Castilla y á la vidacastellana; juicios tan exactos como los que en Europa se harían en el siglo XIII respecto al Catay, ó como los que aun hoy se hacen con frecuencia en esta misma culta é ilustrada Europa, y por personas de lectura y conocimientos, respecto á esa Sud América.

Por término general, no se han enterado en Barcelona, los que más vocean sobre la decadencia de España, de los progresos agrícolas, industriales y de toda clase que de año en año se realizan en las regiones no catalanas, en Castilla misma, y muy en especial en el litoral cantábrico, del cual, más que del litoral mediterráneo, ha de venir lo más de la renovación española. Estaba de ello persuadido, y mi último viaje á Barcelona me ha corroborado en esa mi persuasión.

Porque el costero cantábrico—el gallego, el asturiano, el montañés, el vasco—no hace tanto *brut*, tanto ruido, ni pregona tanto lo que hace, ni se pavonea tan jactancioso, sino que trabaja en silencio y en tenacidad y sin avaricia.

Y aquí entra el segundo vicio capital que estropea las buenas, bonísimas cualidades, de esta gente catalana: la avaricia. El Dante, aquel austero y vengador gibelino que marcó á cada pueblo con su estigma, el Dante les retrató en un verso más conocido que el verso del *Poema del Cid* antes citado, y verso también del siglo XIII. En él habló de la *avara pover-*